

BOLETIN

DE LA

Sociedad Geográfica de Lima



24 SEP. 1973 I.C.H.

SUMARIO

<p><i>Estudios de etnografía y medicina salvaje.</i> — Por el R. P. Fray W. Fernández (conclusión) 237</p> <p><i>La infección por hemogregarina hominis.</i> — Por el Dr. Raúl Picón y Reyes 269</p> <p><i>La Provincia de Chancay,</i> apun-</p>	<p>tes históricos y geográficos, por el Dr. Jenaro E. Herrera 277</p> <p><i>Demarcación Política del Perú,</i> informes de la Comisión Técnica de la Sociedad Geográfica 287</p> <p><i>Impresiones de un viaje aéreo de Lima a Iquitos.</i> — Por Benjamín Romero (con fotos) . . 305</p>
---	---

TOMO XLV

TRIMESTRES TERCERO Y CUARTO DE 1928

LIMA—PERU

Handwritten signature or initials.

Boletín de la Sociedad Geográfica

Tomo XLV. — Trimestres tercero y cuarto de 1928 — (2a. parte)

SOCIOGEOGRAFIA

TERCERA PARTE

ADAPTABILIDAD DE LOS INDIGENAS DE LAS SELVAS PERUANAS A LA VIDA CIVILIZADA

ARTICULO PRIMERO

La sociedad salvaje de nuestro Oriente: dificultades para su ingreso
a la vida social

El ambiente vegetal y animal. -- Vamos a buscar al indio salvaje en su morada oriental.

Pasaremos las cejas de montaña, donde viven algunas partidas de estos indios; lugares donde ora hace fresco, ora existe un aire templado y ora hace calor, según la altura del lugar y las condiciones topográficas del terreno.

Iremos a los llanos amazónicos, donde persiste el calor todo el año, fluctuando la columna del Centígrado alrededor de los 30 grados

Penetrando en la selva habitada, nos hallamos con un bosque de vegetación exuberante, sintiéndose casi siempre en la proximidad el manso murmullo de las aguas, que forman la inmensa red fluvial de aquellos campos de muy escaso desnivel, en plano inclinado hacia el Oriente, y por lo mismo hacia el Océano Atlántico.

En el seno umbroso del bosque nos encontramos con una choza, morada de una familia perteneciente al lugar. La choza forma parte, aunque no lo parece, de un conjunto de chozas esparcidas por el llano, favorecidas de iguales condiciones para la vida; y los moradores de estas chozas se comunican entre sí por veredas muy estrechas, que sólo ellos saben recorrer, de día y de noche, sin extraviarse: los civilizados se perderían allí irremisiblemente.

Los moradores de estas chozas no necesitan salir de aquel lugar para subsistir tranquila y holgadamente. — Que ¿de qué viven? — Se hallan rodeados de vegetales y animales suficientes para no morir de hambre, vestirse y curarse.

He aquí la enumeración de algunos de esos ejemplares del reino vegetal y animal. De la yuca, **manioth**, tiene dos clases. Pueden cosechar arroz, maíz, maní o **arachis hipogea**, sandías o **indicus molo-pepo**, coca o **erithroxylon**, tabaco, algodón, piña o **bromelia ananas**, marañón o **anacardium**, palta o **persea gratisima**, caimita, papaya, chirimoya o **cherimolia tripétala**, anona, naranja, sapote, ciruelas, ají o pimiento, llacon o **polimnia sonchifolia**, patatas, frejoles, achiote o **bixa orellana**, palillo o **campomanesia cornifolia**, camote o **batata edulis**, caña dulce, tomates, zarzaparrilla, yarina o **phitelaphas macrocarpa**, vainilla, granadillas, matico, huaco, o **mikania guaco**, barbasco o **yaquinia armilaris**, huitoc o **genipa oblongifolia**, sitica o **cecropia peltata**, chambira o **astrocarium**, chonta o **bactrix ciliata**, camona, caña brava o **ginerium sagittatum**, la llamada canela o **nectandra**, chamairo, copal y palo de balsa.

De entre los animales, útiles o dañinos, le acompañan y rodean gallinas, patos, puercos, perros, dantas o **tapirus americanus**, huan-ganas o jabalíes, monos comestibles, la vaca marina, el paiche, tortugas por millones, peces, boas, tigres, jaguares, culebras, hormigas, mosquitos, aves.

En este ambiente animal y vegetal vive el indio. En años anteriores ha tenido aspiraciones colectivas y relaciones internacionales con sus congéneres; aún hoy en día algunas agrupaciones, como la jibara, las conserva vivas y tenaces; pero las más de aquellas agrupaciones han entrado en un período de vida familiar, sin ambiciones, y contentas con vivir y perpetuarse en la selva solitaria.

Las características raciales. — A pesar de la tendencia que siempre han tenido los indios al aislamiento y a la vida familiar, y a pesar de que nuestros indígenas orientales ocupan una área inmensa, entre las arterias fluviales del Ucayali, Marañón y Amazonas; conservan hereditarios e indelebles ciertos caracteres que los unen entre sí y los distinguen de las demás razas, aunque con algunas excepciones.

El talle. — Todos los indios peruanos, generalmente hablando, son de mediana estatura; casi ninguno puede ser llamado propiamente alto, y por lo contrario abundan los pequeños.

El color. — El color dominante de la raza indígena americana es el cobrizo, oscuro y tostado: su cara ancha, de lineamientos marcados. Esta regla ha tenido excepciones muy apreciables en la tribu Quedpi, Pana, Cuniba y Mayoruna, especialmente en las mujeres y niños, entre las cuales se hallan personas tan blancas como las de Europa, y de rostros bellos con facciones contorneadas. Estas bellas cualidades desaparecen por la acción del clima y por la continuación de los baños en el río.

El cabello es negro y duro, y sólo las mujeres de algunas naciones lo tienen rubio y delgado. En su longura es variada la costumbre entre diversas tribus, pero generalmente les llega casi hasta los hombros a los varones, y lo traen más largo las mujeres de algunas tribus.

La nación llamada de los Encabellados, por otro nombre Ancutemas, debió su sobrenombre al esmerado cuidado que tuvieron de su cabellera; pues se peinaban todas las tardes, hacían trenzas y las envolvían con un tejidillo en la cabeza. Era gala de esta nación dejar a sus tiempos suelto y bien peinado el cabello sobre las espaldas y algunos hasta la cintura. (1).

(1)—Véase toda esta descripción en Chantre y Herrera, *Historia de las Misiones de la Compañía de Jesús en el Marañón Español*, L. II, Cap. II y ss.

La nariz en estos indígenas suele ser chata, gruesa y ensanchada, siguiendo el aire que domina en sus caras anchas, con líneas salientes. Suelen atravesar en la ternilla de la nariz un palito del tamaño de una pluma de escribir.

Su dentadura es sana y proporcionada, los dientes notablemente blancos; y la conservan entera y con blancura marfilada hasta la vejez, cuando no la dañan mascando yerbas de zumo negro o coca.

Algunas naciones estiman como adorno y toman como moda teñir los dientes y los labios de negro; al efecto mascan yerbas y tallos cuyo zumo, mezclado con ceniza que introducen en la boca, y saturado de saliva, compone una tintura negra, que dura por varios días. Además barnizan cada dos días con la misma tintura labios y dientes; preparando los labios para que se asiente el barniz, con refregarlos con hoja de maíz hasta arrojar sangre. De este modo logran que el barniz brille sobre los labios, agradándoles mucho cuando quedan muy relucientes.

La frente en nuestros indígenas es angosta y las cejas van confundidas con la región frontal. De la costumbre de aplastar las frentes que se tiene uso entre los Cunibos y Omaguas se habló en otro lugar.

Los ojos son pequeños, vivos y sin lagrimales.

Entre los Mainas era fealdad dejar crecer el pelo de cejas y párpados, y los arrancaban con hilos; los Iquitos y Zameos lograban lo mismo con una resina pegada en los dedos que llevaba consigo todo el pelo que se le adhería.

Espejos para la pintura. — Casi todas las naciones del Oriente usan pintarse la cara y el cuerpo. Usan tinturas de varios colores. Los dibujos son también característicos en cada región o familia. Para ejecutar dichos dibujos, han ansiado siempre vivamente poseer espejos, que solían adquirir de los misioneros y viajeros, a cambio de objetos estimados como valiosos por los civilizados. A falta de verdaderos espejos, se industriaban los indios de varios medios: unos del copal derretido en un platillo hondo; otros de las aguas cristalinas. Con la pintura quedan generalmente deformes, a manera de demonios. Las mujeres se esmeran más en la ejecución, guardando en los dibujos más arte, gusto y simetría.

Para las fiestas refinan sus afeites, que suelen ir combinados con adornos: además del palillo atravesado en la nariz, en algunas

naciones atraviesan otro palito en el labio inferior, en dirección a la nariz; pero en las fiestas sustituyen dicho palito con una piedrecita blanca, que queda colgada y con los movimientos del baile dá sus golpecitos sobre la barba.

De la ternilla de las crejas suelen también traer colgados palitos colorados. Otros cuelgan rodajas de notable tamaño. (1).

De la costumbre que los Mayorunas tenían de **clavetear la región** de la barba ha hecho mención al tratar de esta tribu.

El vestido. — El vestido de los Mainas resultaba desnudez, en comparación de la prenda de vestir usada por los Campas, Amuehas y Cunibos, llamada **cushma**, que cubre desde el cuello hasta los tobillos; y más si se compara con las piezas que usaban los Panatahuas, Cholones e Hibitos.

Los Mainas del Huallaga y Marañón, aún entrados en relaciones con el misionero se contentaban con cubrir lo más preciso para la indispensable decencia. Las mujeres no usan sino la **pampanilla**, faja ajustada al cuerpo desde la cintura, y que escasamente llega hasta las rodillas. Algunos se contentan con cubrirse con sartas de pepitas y dientes de monos.

La materia textil variaba según las tribus y regiones: era tejido de algodón o de palma, o también la corteza de un árbol denominado llanchama, que ablandada en agua y golpeada con **macanilla**, toma las cualidades del cuero de un ciervo.

En su desnudez suelen lucir sus **brazaletes**, así en las pulseras como en las piernas. Los tejidos de hilo de algodón de varios colores, formando dibujos propios de la tribu o familia.

No pocas de las tribus adornan sus cabezas con guirnaldas o coronas, de donde se yerguen vistosas plumas, distribuídas con simetría de colores y tamaños.

El ajuar de sus casas se reduce a lo que cabe en un cesto o canasto mediano, que la mujer suele trasportar cuando se mudan de lugar, como se expresa gráficamente el Padre **Chantre y Herrera**. Suele consistir en un par de ollas, algunos platos, una tinaja para agua, un **mate** como vaso para beber.

Comen dos veces al día: como a eso de las ocho de la mañana, y por la tarde antes de cear el sol.

(1)—Padre Chantre y Herrera, *El Marañón Español*. Lib. II, cap. II, págs. 62, 64.

No usan mesas ni manteles: se arriman los hombres en cuclillas a un plato grande o barreñón y las mujeres a otro en lugar separado y sentadas en el suelo, y comen con gran naturalidad y sin melindres: los dedos les sirven de tenedores y de cucharas unas conchitas.

De sobremesa los ancianos se sientan y los jóvenes van a bañarse, separándose los hombres de las mujeres.

El empleo del día resulta tranquilo y muy sosegado para los varones y hacendoso para las mujeres.

El varón cuida de tener su casa **surtida de armas**, que varían según las familias y regiones: generalmente no dejan de tener lanzas, rodelas, arcos, flechas, macanas y en algunos puntos la estólica, arma arrojadiza intermedia entre la lanza y la flecha. Al varón corresponde también surtir la casa de los instrumentos de caza y pesca; lo mismo hacer las sementeras, poniéndolas en condición de que rindan fruto.

La mujer debe tener listo siempre y para toda hora su **masato** en abundancia; pues marido e hijos desde que se levantan correrán a la tinaja y tomarán a pechos su mate de masato o chicha. Deben también las mujeres acarrear los frutos de las sementeras para el gasto del día, que suelen ser yucas y plátanos; además ayudar a los maridos en limpiar las piezas sembradas; y en algunas regiones esto último corresponde sólo a las mujeres. Es exclusivo de las mismas fabricar las ollas de servicio, cazuelas, platos, tinajas, cántaros; y a todas estas vasijas dan un barniz permanente, vistoso y fino, que contribuye a que puedan lavarse con facilidad.

A los maridos suele quedar mucho tiempo desocupado; y así, luego disfrutar de la más placentera ociosidad, que no cambiarán por todas las comodidades que les ofrezca la más adelantada civilización.

A pesar de la condición rebajada de la mujer, el marido no manda sino ruega a su consorte; y ésta no sufre imperios ni ademanes alzados.

Los hijos crecidos andan por su cuenta. Una vez casados, colocan a notables distancias sus respectivos hogares; y muchas veces proceden los más cercanos parientes, cual si nunca se hubieran conocido.

Mudan fácilmente **de lugar**, aún cuando hayan de levantar nueva casa y hacer nuevas sementeras; basta para esto el haberse avencinado otra familia no de su gusto, el tener una hija soltera que cuidar, figurarse que un vecino les mira de reojo, y más aún la muerte de un miembro de la familia.

El hogar. — Nada hay en el hogar de nuestros indígenas del Oriente que pueda elevar el nivel intelectual y moral de sus moradores; antes bien, todo lo que allí sucede los deprime y reduce al nivel de los animales que los acompañan y rodean.

Dejada la choza estrecha del indio solitario, entremos en uno de esos caserones, construido del mismo material y en la misma forma que las chozas, pero de grandes dimensiones. Los adornos de más estimación en aquellas moradas son flechas, arcos y macanas, dando al caserón el aspecto de una sala de armas. Esas armas no hablan sino de guerras y de enemigos, de victorias alcanzadas o derrotas padecidas. Agréganse como trofeos, huesos, calaveras y cenizas de sus antepasados más distinguidos. Suelen beber estas cenizas mezcladas en la chicha, para asimilarse las cualidades de sus héroes.

En el caserón viven doscientos y más indígenas de una misma tribu, parientes, generalmente a las márgenes de un gran río, observando quién sube y quién baja por él; si vienen de buena o mala fe; y en este último caso se alistan a la pelea, teniendo a la mano en sus astilleros sus canoas para lanzarse al río.

Cuanto sucede en aquel hogar lleva una orientación extraviada y fuera de las sanas costumbres.

Los nacimientos: el infanticidio. — Las mujeres próximas al parto, salen precipitadamente al río con sus camaradas; y cuando han dado ya a luz, se purifican esmeradamente y se fortifican con bebidas especiales, con caldo de tortuga y mono. Luego la madre y las parteras examinan si el infante es o no de bonitas formas, o si tiene algún defecto o deformidad; y si fuere esto último lo arrojan al río con la mayor frescura.

Si sus formas son aceptables, vuelven a la casa, y se procede a **dar nombre a la criatura**; y escogen generalmente el nombre de un animal, con la mira de que el recién nacido pueda asemejarse al dicho animal en las acciones de su vida, siendo dominador como el tigre, astuto como la culebra, hermoso como el huacamayo, etc.

El matrimonio no suele exigir más ceremonia que: ¿me quiéres? —**Sí, te quiero.** Pero lleva consigo una ceremonia repugnante como es desflorar a la doncella con instrumento cortante y en presencia de expectadores.

Además, en el gran caserón se realizan todos los actos de la vida, con un cinismo inescrupuloso y despreocupado, a manera de gracejo, y sin que haya persona que reclame respetos al pudor, aún de los menores de edad.

La pintura. — Allí se verifica también cuando precede a las fiestas obligadas de la tribu, especialmente la pintura. Se pintan hombres y mujeres sus caras, piernas, brazos, pechos, de diversos colores; teniendo en mira parecerse cada uno al animal cuyo nombre lleva. Por eso, dentro del dibujo de cada tribu, realizan sus variantes; y cuando adquieren un gran parecido al animal de su predilección, se hallan satisfechos y gozosos.

Este hecho que se realiza entre Panos, Cunibos, Cashibos, Campas y Amuehas, establece entre ellos y los incas un punto de contacto indudable; pues los dibujos incaicos y varias otras culturas peruanas, tienen por motivo más frecuente animales y aves.

El brujo y las apariciones del demonio. — Allí también actúa el brujo a quien tanto temen los indios todos, y por contentarlo se imponen tantos y tan costosos sacrificios. Allí hace sus apariciones el demonio, no pocas veces en figura sensible y para animalizar a sus favorecidos, suele manifestarse generalmente en figura de animales. Nuestros indios lo califican de espíritu malo, pero lo soportan y tratan de amansarlo. Los Machiguengas admiten categorías o graduación entre estos espíritus; a los grandes que aparecen en figura de ciervo o venado los denominan **camagarine**, y a los pequeños que se manifiestan en forma de agutí dan el nombre de **soisoini**. (1).

Los Campas generalmente creen en espíritus buenos y malos. A los buenos llaman **tazorintzi** y a los malos **camagari**, como sus machiguengas.

Allí se realizan los bailes acostumbrados, en los cuales felizmente reina la moderación. Para este acto no faltan en las casas instrumentos músicos acordes, sonajas, timbales y bajones.

(1)—Véase el Padre Pío Asa, *Estudio sobre la lengua machiguenga*, págs. 25 y ss.

Enfermedades, muerte y sepultura. — Vamos a asistir a un caso de enfermedad y muerte, en uno de estos caserones, en la región del Ucayali. Quien nos lo cuenta es el padre Jerónimo Lezeta y se refiere a hechos que él tenía vistos con mucha frecuencia. Dice así: “Son sus enfermedades por lo común, la caracha (sarna), tumores, evacuaciones y calenturas malignas, y estos accidentes no son muy prolongados, pues les dura de once a veinte días, con lo que acaban sus días; se experimenta en ellos mediante su enfermedad, no aquellos sentimientos naturales de todo enfermo, pues ni se quejan ni se afligen, por nada de este mundo, hablan muy poco, y en un todo son muy raros. Tienen por lo común todas estas naciones sus médicos y gustan sus parientes y enfermos que los llamen; éstos a la verdad son gente ociosa y unos bárbaros bufones que los engañan con sus embustes: llegan éstos y reconociendo al enfermo, lo primero que dice es que lo han embrujado y que está de mucha gravedad, y para decir esto hacen muchos visajes con la cara, poniendo la vista en el enfermo y dando vueltas por la casa; haciendo gestos, dice a los circunstantes que está muy enfermo, y esto aunque no tenga sino un mero cansancio, dimanado de su grande ociosidad; por último manda que le den un purgante de caldo de mono y que lo sangren: llega el sangrador muy serio, y tomando los brazos empieza a mordiscones como una fiera; rompe la vena y le chupa la sangre; el paciente grita naturalmente y dicen que es bueno esto aunque esté muy malo”.

“Cuando conocen que ya se muere, o a lo menos que está en mucho peligro, preparan diligentemente todo lo necesario para sus exequias: adornan muy bien una canoa y llenándola de víveres, como para emprender un gran viaje, le ponen sus flechas, arcos y macanas, después se forman en la casa veinte hombres todos desnudos, y en figura de contradanza andan a' rededor de toda la casa dando fuertes alaridos a la manera de perros, hasta que expira, o por mejor decir matan al enfermo: después sus concubinas con otras mujeres agarran al enfermo (que por orden natural podría vivir dos o tres días más, o mejorarse) lo ponen entre sus faldas estando sentadas, y a gritos, sollozos, besos y mordiscones, lo matan ellas mismas”.

“Después forman su conciliábulo y consultan si se enterrará o se echará río abajo: si ha sido buen pescador o buen guerrero, lo echan río abajo. Después de esta función rompen todo lo que hay en la casa, la queman toda por los cuatro extremos, y se van a otra casa a lle-

narse de chicha, y a sus parientes y mujeres del difunto las hacen embriaguen bien y por la mañana se levantan a llorar, y esto antes de amanecer, y esto dura por tres días, y se van a vivir a otra tierra lejos. (1) ”.

Modo bárbaro de morir haciendo veneno. — Nuestros indígenas tienen la costumbre de envenenar la punta de sus flechas, especialmente en casos de guerra. Dicho veneno es activísimo. Para el caso emplean los indios la planta **mirare** o **curare**, género **Strichnos**, loganiacea; agregando el producto del **Cocculus toxicóferus**, menispermacea.

Según se explica Raimondi (2): “El **Strichnos Castelnoeana**, es una planta descubierta hace pocos años por Castelnau en las montañas de Amazonas, a donde se conoce con el nombre de Ramón. Los indios Yaguas y Orejones que habitan dichas montañas, emplean esta planta junto con otra de la familia de las Menispermaceas, el **Cocculus Toxicóferus** que llaman Pani, para preparar el veneno que usan para envenenar sus flechas. Con este fin cortan en pedazos el tallo del Pani y lo cocinan por 24 horas, le añaden la corteza del Ramón rallada, cocinan la mezcla otras 24 horas, para obtenerla de una consistencia viscosa casi como liga”.

El padre Lezeta describe un método horripilante que los indios del Ucaya'li empleaban para confeccionar este veneno. Se explica en estos términos: “El veneno que por providencia de Dios no lo usan para dárselo a nadie, aunque lo usan para las flechas, expondré el modo con que lo hacen: cuando carecen de él, se reúne toda la tribu y nación y hacen grandes comilonas y bebidas, y juntando los ingredientes, que son unas yerbas, preparan una casa abandonada y nombran a dos mujeres ancianas con todos los parapetos de ollas grandes; todos les hacen las exequias como que van a morir en honor del veneno, lloran y se lamentan sobre las infelices mujeres, las que tan contentas y gozosas, no obstante saber de cierto que van

(1)—*Breve Noticia* del Estado de las Misiones de Mamoá en la Pampa del Sacramento, sus progresos y adelantamiento, con un discurso cronológico de sus naciones bárbaras, ríos, costumbres, y el estado en que se hallaban en el año de 1820. Escrita por el Rdo. Padre Fray Gerónimo de Lezameta, Misionero Apostólico del Colegio de Propaganda Fide de Santa Rosa de Ocopa. (Manuscrito, en el Archivo de la Curia Arzobispal, Lima).

(2)—*Elementos de Etnología*, T. II, pág. 55. — *Historia de las Misiones*. T. VI, pág. 215

a morir, todas las abrazan y se despiden, y cerrándolas y tapiando todas las puertas, ponen el aposento como un calabozo; emprenden las dos laboriosas viejas en dar fuego a las ollas, e hirviendo tarde y noche con el bao que exhalan las ollas, quedan muertas tendidas en el sue'lo, y aseguran muchos gentiles que muchas veces las han encontrado en huesos y cenizas. Por la mañana llega la turba y abriendo con furia todas las puertas, ven aquellos espectáculos y con mil ceremonias diabólicas las entierran en el mismo sitio a donde murieron, y luego se reparten el veneno entre todos los de la nación (1)".

Los Huambisas: cuadro vivo de guerras sangrientas, de pereza y voluptuosidad. — Pondremos término a estos rasgos y pinceladas sobre la sociedad salvaje de nuestro Oriente, con el más horroroso que pueda imaginarse, donde se dan cita a un mismo tiempo, la ferocidad, la embriaguez y la lubricidad, en sus formas menos imaginables. Todo eso se halla recopilado en los indios Huambisas, parcialidad de los Aguarunas, que a su vez son sub-tribu de los Jíbaros. Los Huambisas, aunque procedentes de los Aguarunas, han tenido guerras sangrientas con sus progenitores, han alcanzado características propias, y sin dejar de ser Aguarunas y Jíbaros, son algo más por el exceso a que han llevado sus más degradantes pasiones. Son moradores del Santiago y del Morona, hasta las márgenes del Curaray.

La narración que vamos a presentar es de don Manuel Ijurra, incluida en la **Colección** de Larrabure y Correa (2).

"La Huayusa o guayusa es un árbol cuyas hojas prolíficas, sirven para dar fecundidad aún a las personas estériles. Los Huambisas hacen un uso excesivo de dichas hojas, que toman comunmente después de hervidas. Todo el día yacen tendidos en sus hamacas, bebiendo masato, aguardiente y huayusa. Generalmente tiene cada uno de ellos cuarenta, cincuenta y sesenta mujeres y se multiplican con grande exceso. En cada casa hay tres o cuatro padres de familia, sucediendo que entre los hijos y hermanos se producen en proporción los púberes existentes. La pubertad se anticipa mucho en ambos sexos, en razón de la fecundidad que presta la temperatura cálida y húmeda de aquel país que está bajo la influencia inmediata de la zona tórrida; los alimentos sanos y sólidos que nutren contribuyen

(1)—*Breve Noticia*, ya citada.

(2)—T. VI, págs. 355 y ss.

en gran manera a fortalecerlos, siendo en mi opinión la huayusa el principal agente que los conserva robustos y fuertes. La juventud pues, se verifica en los hombres a los once o doce años de su edad, y en las mujeres a los diez años generalmente”.

“Citaré un caso ocurrido con la huayusa durante mi mansión en Mainas. El reverendo padre fray Dionisio López la aplicó a la mujer de Domingo Vásquez, a petición de su marido que deseaba tener descendientes, y que en más de 15 años de matrimonio no había logrado tenerlos, a causa de la esterilidad de su esposa. Tomó ésta algunas veces las hojas de huayusa puestas en infusión, y don Domingo Vásquez llegó a tener un infante. El dicho señor cura, entonces de Moyobamba y hoy de Rioja, ha hecho diferentes aplicaciones de las hojas de huayusa a distintas enfermedades, obteniendo de sus experimentos, siempre muy buenos resultados. El supremo gobierno podría hacer pedir al dicho padre el método curativo que ha observado con esas hojas prolíficas para que los botánicos las clasificasen, y los médicos las aplicasen a sus enfermos”.

“La excesiva crápula y constante lubricidad de los Huambisas, unida a su genial tendencia a la ferocidad, y su ningún respeto a los demás hombres, los ha hecho aborrecibles por algunos de sus vecinos, en particular por los salvajes Aguarunas, que habitan la parte occidental del río Santiago y el N. del río Amazonas. Unos y otros pueden ser considerados como los seres organizados menos racionales de cuantos existen en el globo. Mientras que todos los demás salvajes que conozco tienen por norma de sus operaciones el pudor o la vergüenza, éstos cometen con impudicia actos en público, buscando en la huayusa el incentivo necesario que dé pábulo a la disolución e intemperancia en que viven sumidos. De este modo se abandonan con frecuencia al pillaje y exterminio de familias y pueblos enteros, como ya ha sucedido con las ciudades de Logroño y Borja y los pueblos Santiago y Santa Teresa”.

“La manera de permanecer de noche es muy singular: duermen sentados, exponiendo las plantas de los pies al fuego y con su lanza apoyada en el brazo, mientras que algunas de sus mujeres están sentadas al rededor de la lumbre, calentando las hojas de la huayusa, que en la noche toman siempre con aguardiente en una taza grande

de barro llamada mocahua. Muchos de ellos tienen los pies secos y demás tegumentos de los pies y pantorillas: ellos pretenden que esta costumbre los libra de enfermedades graves que proceden del mal clima de ese territorio y que además la eficacia del fuego contribuye a darles agilidad y fortaleza para emprender grandes marchas o carreras. En efecto, jamás he visto hombres tan ágiles para brincar, ni más incansables para correr. El resto de las mujeres que no se nan al cuidado de la huayusa, están dormidas en sus hamacas, colocadas una encima de otra, a distancia de una vara, y las que pertenecen a las embarazadas, se hallan más próximas al suelo”.

“Siempre deseosos de dominar a sus enemigos, los Aguarunas hacen sus agresiones repentinas constantemente. En la época, tenían preparada una fuerte irrupción contra ellos, y yo fui convidado a asistir con la india Ticuna y el Cocama que me acompañaban. Sin precedente misión parlamentaria, que se acostumbra entre los hábiles Ticunas, me puse en marcha con los hábiles curacas Ambusha y Huachapula que eran los comandantes en jefe de la expedición compuesta de Chinganisas, Patucas, y Huambisas. Estos y los Aguarunas están considerados en 800,000”.

“Llegamos a avistar a los Aguarunas, y en el momento se rompieron las hostilidades, cesando con la oscuridad de la noche, aparentemente, pues unos y otros se buscaban en sus campamentos para matarse traídoramente. Los que querían descansar se habían retirado del centro de su ejército, internándose en el monte lo mejor que pudieron ocultarse; para lo que o se suben a dormir sobre un árbol montados en los atravesaños u horcones y amarrados debajo de los sobacos con la cáscara de un palo, o se cubren con las hojas que hay en el suelo, haciendo excavaciones profundas para que no los encuentren. Al rayar el día siguiente, comenzaron a pelear con tal ardor y energía de ambas partes, que no me alcanzaban las voces para explicar ese valor a toda prueba: baste decir que luchaban brazo a brazo y lanza a lanza, disputándose la victoria con un valor frenético e incomparable. Todos pelean con lanzas, defendiendo el cuerpo con un escudo grande de vara y media de diámetro y de cinco a seis pulgadas de espesor, formado de corcho o alcornoque. Hincan una rodilla en tierra y en lo más reñido de la contienda se levantan para matar a su enemigo si se halla descuidado. En medio de la batalla, y cuando creí que estaba más comprometida, los Aguarunas, a la señal de un silbido, que se repitió millares de veces, se levanta-

ron y echaron a correr con precipitación, pero no con tanta velocidad que los Huambisas no hubiesen dado alcance a varios de ellos".

"Al fin de la carrera ví que los Huambisas por encima de unos palos atravesados a los árboles horizontalmente: era un valladar o trinchera formada de propósito, detrás de la cual habían enterrado hasta medio cuerpo lanzas de tres varas de largo, para que quedasen prendidos sus enemigos al saltar las trincheras de tres varas de altura. Algunos de las tres tribus que he señalado, murieron clavados por esas lanzas enclavadas y también al rigor del brazo Aguaruna, a pesar de la frecuencia de semejantes actos, pues unos y otros siempre están prevenidos con aprestos de traición como el anterior. Dentro de la cerca pelearon como desde las doce hasta las tres de la tarde, y ambas partes contendientes se retiraron de un modo espantoso, los Aguarunas a sus guaridas y los demás tomaron el camino que conduce a las suyas".

"En esa feroz batalla debieron de haber muerto más de cien individuos. Pues los Huambisas traían consigo treinta y cinco retratos o bien sea cutis de la cara que desuellan a sus vencidos, para secarlos y colgárselos después al pecho: el que conserva mayor número de esos pellejitos, es tenido por el más valiente de entre ellos. También llevaban los cráneos de sus víctimas de que los más hacen uso para beber masato o aguardiente".

"Estos son los actos de mayor barbarie que he visto poner en práctica a los salvajes, más crueles y sanguinarios que conozco".

Al tener delante de sus ojos el contenido de este artículo, creo ver en los labios de mis lectores una serie de preguntas: ¿Estos indios están contentos con la vida que llevan? ¿No desean un cambio? ¿No aspiran a otra cosa mejor?

Y la respuesta es, que se hallan contentos donde están y como se hallan; que no aspiran a nada nuevo, que les desagrada toda idea de mudanza.

Dichos indios, allí donde están y tal como se hallan, disfrutan del goce de sus pasiones, como son la pereza, la lujuria y la embriaguez, y en cuanto a los varones el orgullo y la independencia. La misma mujer indígena, a pesar de su condición, no cree mejorar de suerte con la mudanza. Allí donde el crimen y el libertinaje no tiene sanción en nadie, existe la libertad sin límites; y aquellos seres degradados prefieren la libertad, aunque vaya acompañada de la degradación.

He ahí el problema de la civilización del indio de nuestras montañas. He ahí la dificultad de sacarle del abismo de oprobio en que se ha'la sumergido, y del cual no quiere salir.

Busquemos ahora, en el artículo inmediato, la fase favorable del problema.

ARTICULO SEGUNDO

Aptitudes de estos indios para la vida civilizada: actuación histórica aceptable de algunos indígenas

El gobernador de indios, Antonio Talancha. — Es de nombradía en la historia de las misiones de Panatahuas el gobernador de indios, con residencia en Huánuco, don Antonio Talancha. Fué el brazo derecho del padre fray Felipe Luyando, para resolver el problema de la iniciación de aque'las misiones, fracasadas en años anteriores con el padre Gregorio Bolívar, por faltarle un coadjutor de las condiciones de Talancha.

A la sazón Talancha era casado, cristiano de excelente espíritu, afable y amoroso con todos, respetuoso con los sacerdotes, de inteligencia despejada, activo y hábil para dar expediente a los negocios de su incumbencia.

Parte Talancha a prevenir a los Panatahuas. — Así el padre Luyando como las autoridades civiles de Huánuco, creyeron que Talancha era el llamado para que partiese a la tierra de los Panatahuas, con la embajada a aquellos naturales, de que luego iban a penetrar en aquellas tierras unos seres especialmente diputados entre cristianos, para anunciar una doctrina de salvación a los hombres que no conocen al verdadero Dios. Y así fué en efecto, entrando primero Talancha a tierras de Chinchao, y siguiendo en pos de él los religiosos.

Erase un domingo, cuando los misioneros tuvieron la agradable sorpresa de ver a Talancha que venía y se le distinguía sobre una loma, trayendo consigo ciento cincuenta indios Panatahuas.

¿Cómo se resolvieron los Panatahuas para hacer aquella inusitada salida? Debióse el éxito a la destreza de Talancha en pintarles, con llaneza franca e insinuante, la clase de hombres que tenían la generosidad de visitarlos y traerles verdaderos beneficios. Les había hablado con la retórica que los indios entienden, de que los misioneros no venían por el deseo de sustraerles sus mujeres, por que no se casaban, ni por aprovecharse del producto de sus sementeras, pues en sus tierras no les faltaba nada para vivir holgadamente; que eran hombres que aprendían para enseñar y hacer favores; que los mismos grandes de los blancos les besaban la mano; que aquellos hombres extraordinarios adoraban a Dios y mientras tanto los contemplaban los demás en silencio; que amaban y practicaban la justicia, y otras cosas por el estilo, llenas de viveza y sabiduría. Al extremo de que pareció a los indios muy bueno todo aquello, y no quisieron que se adelantasen a llegar a sus tierras, sino que salieron a recibirlos.

Se arrodilla el gobernador Talancha y con él los Panatahuas para besar la mano a los misioneros. — Los misioneros recibieron a los Panatahuas al son de clarines que electrizaron a los indígenas. Luego Talancha se arrodilló a los pies del padre Luyando para besarle la mano, y otro tanto hicieron los Panatahuas, arrojando primero sus flechas al suelo.

Este éxito tuvo la embajada de Talancha, correspondiendo a tan halagadores comienzos la continuación próspera de aquellas célebres misiones de Panatahuas.

Cuando días más tarde se alborotaron un gran número de caciques de las comarcas circunvecinas, y se presentaron armados y en son de guerra; Talancha supo rodearse de un buen número de caciques amigos; manifestando que no sólo era bueno y afable, sino sereno y resuelto; y supo amedrentar a los alzados, ganarles al fin la voluntad, y lograr que el alzamiento parase en abrazos y amistad.

He aquí un tipo hermoso y encantador entre los indígenas de Huánuco que podría servir de modelo de una civilización cristiana muy aceptable (1).

El cacique don Diego Tonté. — No sólo el tranquilo ambiente de Huánuco produce entre los indígenas caracteres muy aceptables,

(1)—Véase la Historia de las Misiones por el Padre Izaguirre, T. I, págs. 91 y ss.

sino que estos existen aún en regiones más abruptas y silvestres. Contemplaremos uno en la zona del Pangoa, que llegó a ser apoyo y consuelo para los misioneros en días de angustia y persecución. Para hacer su retrato consignaremos las palabras que de él quedan publicadas en la Historia de las Misiones ya citada (1).

Lo primero que hallaremos de bueno en Tonté es la firmeza e igualdad de carácter. El indio oriental es tenido justamente por el tipo de la inconstancia; y cuando se trata de describir esta deplorable cualidad del indígena de las selvas, no es fácil la exageración. Sin embargo, esta regla tiene sus excepciones, aunque a su modo y manera. Hay indios que tienen verdadero carácter, que adquieren firmeza de ideas y que mantienen sus designios, siempre en armonía con un fin noble y bien determinado. Los indios de esta categoría son pocos, pero los hay.

Nuestro Tonté era una excelente excepción de la regla. El abrazó muy pronto la religión cristiana y supo amarla con ascendido amor. Recibió con grande estima a los misioneros en su primera entrada a Mazamarique, y les conservó afecto inviolable y a toda prueba. El gran espíritu de piedad del padre Biedma y el fervor extraordinario del padre Izquierdo transformaron en un todo a Tonté, e hicieron de él un hombre y un cristiano. Parcialidades poderosas influyeron en su ánimo para que abandonase la causa de los misioneros y los matase; mas, no lograron doblegar su ánimo fiel y constante. Le persiguieron de muerte sus enemigos por esta causa; y él se contentó con defenderse de sus agresores, sin miedo y con valor. Y si los padres misioneros contaron siempre con camino franco y seguro por Andamarca y Santa Cruz, se debió en buena parte a la conducta digna de Tonté, que con el nombre de don Diego, se hizo acreedor a la confianza de los Padres; y por otra parte hallaron en él un muro infranqueable los malévolos indios, que más de una vez quisieron acabar con los religiosos.

Después de acontecimientos funestos en las misiones, en 1681, entró el padre Biedma a consolar a los cristianos de Santa Cruz, particularmente a Tonté. Este buen cacique le dió un convite, y habló al padre con notable elocuencia: "Si vinieras con harta gente, yo te enseñara gente: allá dentro hay mucha, mucha gente: no os lo enseñó, porque si no luego me dejáis, y ellos me quieren matar. Por cau-

(1)—T. I, págs. 194, 244.

sa de los Padres ando yo huyendo de mi gente; que muchas veces han venido a matarte. Para prueba de lo que os digo, venid y veréis. Y llevó al siervo de Dios con otros a cinco parajes distintos, donde se había mudado sucesivamente. Y vieron en algunos de ellos las casas quemadas, a las cuales sus contrarios habían pegado fuego. En todos los dichos parajes tenía fuertes cercos de palizadas con que resistía los asaltos de sus enemigos. Y llegó a verse tan acosado, que se retiró a la falda de la sierra, donde el temperamento frío le servía de inexpugnable muro, porque los indios de la montaña temen mucho llegar a paraje frío (1).

Así a este tenor fué la conducta de Tonté hasta su dichoso fin.

Ana Rosa, cacique y misionera. — Las líneas que vamos a escribir no van dirigidas a recordar la memoria de un hombre indígena, sino de una mujer que supo adquirir y utilizar un verdadero carácter, con un criterio laudable y santo, y por lo mismo muy ejemplar. Esta mujer tuvo por nombre Ana Rosa.

Ana Rosa era seteba o pana. En los mil esfuerzos que hubieron de hacer nuestros misioneros para dar por segunda vez, por el lado del Huallaga, con los indios del Ucayali, esfuerzos que dieron lugar a hechos de sangre y a heroicos martirios de religiosos y militares; los nuestros pudieron traer consigo dos niñas y un niño, que educados y formados en la piedad cristiana, sirvieran de eslabón para entablar con éxito la conversión de aquellos infieles. La mayor de las niñas llegó a ser una persona muy digna, desde que recibió el santo bautismo y se inició en los deberes cristianos.

Educada con mucho esmero en el convento de Viterbo de Lima, obtuvo una formación adecuada para el fin que deseaban los misioneros.

Llevada a su tiempo a las misiones de Cajamarquilla, con sus dos compañeros también cristianos, sirvió Ana Rosa de guía en una entrada que se hizo al río Cushiabatay o Manoa, donde vivían los Setebos, parientes de la niña, que se hallaban ignorantes del paradero de ésta i de sus compañeros.

Salieron de San Buenaventura del Valle los padres fray Miguel Salcedo y fray Francisco de San José, con Ana Rosa por intérprete, sesenta indios de Valle, veinte de Sion y siete militares europeos. Era esto a fines de mayo de 1760.

(1)—Padre Amich, *Compendio Histórico de las Misiones*, cap. XII.

A los veintiocho días de un buen viaje a pie por las selvas, saludaron gozosos las aguas del Manoa o Cushiabatay, en cuyas riberas descansaron dos días, que se emplearon además en el recogimiento del espíritu, suponiendo que no estaban lejos los infieles y que nada extraño sería haber de dar la vida por la fe, y por ejercitar el apostolado de la caridad con aquellos salvajes, sumidos en las tinieblas de la ignorancia.

Hecho esto, se encaminaron a Yapa-ati, donde Ana Rosa pensaba hallar a sus parientes. Pero Ana Rosa había olvidado las nociones relativas a la topografía de aquellos lugares; y en consecuencia se perdieron luego que entraron en la espesa arboleda. Anduvieron desorientados siete días, no siendo la distancia al pueblo sino de dos días. Llegando por último a Yapa-ati, hallaron el lugar desamparado.

Para dar solución al problema, se repartieron por los contornos los exploradores, buscando indígenas con quien ponerse al habla. Se hallaron algunas cabezas de plátano ocultas en la ribera del río Manoa. Luego se ocultaron en la espesura todos los exploradores, menos Ana Rosa, que se quedó junto a los plátanos, segura de que vendría alguna canoa a recogerlos. Así fué, y Ana Rosa pudo entablar conversación con los indios que venían en la canoa, que eran dos hombres y dos mujeres. Uno de los hombres era Rucato, el futuro mator de tantos religiosos y cristianos.

Ana Rosa les habló con verdadera elocuencia. Descubrió quien era; por qué y cómo salió de la montaña; su estadía y educación en Lima, y su vuelta a aquellas tierras de sus padres, para tratar de la conversión a la fé cristiana de todo su pueblo. Rucato y los compañeros la escucharon con mucho interés, y ellos a su vez le contaron todos los infortunios de su gente durante la ausencia de Ana Rosa.

Mas, cuando la niña agregó que allí en la espesura había padres misioneros, y además indios y españoles, los Setabos echaron a correr; pero Ana Rosa pudo detener agarrando de la cushma, a Rucato. Saliendo en ese momento los padres de la espesura acariciaron al indio, le regalaron con un gran número de herramientas y lograron ganarle la voluntad. Este fué el principio de las célebres misiones del Manoa.

Cuando Rucato, cansado de ser bueno consumó la conjuración de los indios del Ucayali, y envolvió en una matanza general a mi-

sioneros y cristianos; Ana Rosa lloró amargamente los crímenes de su pueblo, y se mantuvo fiel a su profesión cristiana. Gestionó además la vuelta de los misioneros y conservó la esperanza de volverlos a ver.

Y así pasó. Cuando mucho tiempo después, el padre Girbal reabrió aquellas misiones y llegó hasta Sarayacu, tuvo ocasión de apreciar qué clase de cristiana era Ana Rosa. Oigámosle contar el hecho. "Entre las mujeres, una que a mi parecer tendría poco más o menos de 40 años, se aventajó a las otras en los abrazos y expresión de cariño; distinguíase de las otras en el vestido, pues llevaba cubierto todo su cuerpo, con una pampanilla hasta los pies, de la cintura arriba con un coton y a más de esto un rebozo, y hasta la cabeza llevaba tapada, de manera que parecía una monja. Díjome en castellano que se llamaba Ana Rosa, y era la misma que los primeros padres misioneros habían sacado y conducido desde su tierra a Lima, en donde le habían enseñado a leer y ser cristiana; que había estado en el beaterio de Santa Rosa de Viterbo, y que la volvieron a su tierra, para que sirviese de intérprete y ayudase a la conquista de sus parientes y de todos los de su nación. Me llevó a su casa, a la que me acompañaron todos los infieles y en donde me hicieron los mayores obsequios, en seis días que perseveré en dicho pueblo; en este tiempo cuidó Ana Rosa de mi sustento y regalo, cocinándose como pudiera la mejor cocinera de Lima, pues tenía mucha habilidad y aseo. Ella misma me lavó la ropa, me dió la barbacoa en que dormía y era la única que ví en los pueblos de los infieles, pues todos los demás duermen en tierra; advertí que era la curaca de su nación y desde su estrado daba órdenes de lo que tenían que practicar aquellos infieles, que puntualmente eran obedecidos.. Díjome que fray Francisco de San José le había casado y que le vivían dos hijos de su matrimonio, que también se habían casado, pero a uso de los gentiles; y que después que había enviudado no había querido juntarse con hombre alguno, por guardar en cuanto le era posible la ley de los cristianos. Rezaba juntamente conmigo algunas oraciones y la doctrina del catecismo, de la que se acordaba aunque con alguna imperfección, y cada instante me manifestaba las vivas ansias que había tenido y tenía de tener un sacerdote en su nación".

Ana Rosa fué en Sarayacu desde esta fecha una gran auxiliar de los misioneros, no sólo en su condición de curaca, sino convirtiéndose en una misionera.

Murió y fué enterrada en la iglesia de Sarayacu, a cuyo engrandecimiento contribuyó con sus santas costumbres y cristiano celo.

ARTICULO TERCERO

Aptitudes de nuestros indios para la vida civilizada: hechos aceptables de valor social

Declaración de nobleza entre los Omaguas. — Ya llevamos insinuado que existen diferencias sociales entre nuestros indígenas del Oriente. Que cuando se trata de colocar a una joven, ha de ser con persona de su calidad; y entre los Omaguas se celebra oportunamente una fiesta en que se hace declaración solemne y fastuosa de esta prerrogativa. Describiremos el hecho con las palabras del padre Chantre y Herrera, que conocía bien esta suerte de acontecimientos de las apartadas regiones del Amazonas, donde residían los Omaguas a quienes nos referimos.

Dice así: “De más aparato es la función entre los Omaguas, y es mucho mayor la solemnidad con que se ejecuta, y así merece ser explicada con alguna distinción. Los padres del niño o de la niña que pretende la nobleza (la cual se suele dar a dos o tres a un tiempo), previenen un banquete con variedad de peces, abundancia de cacería y gran cantidad de bebida. Hacen su convite a todos los indios del contorno para un día determinado, en que concurren hombres y mujeres vestidos de gala. El padre del niño o niños va recibiendo a los que van llegando; y la madre, con algunas otras mujeres que le ayudan a repartir la bebida, les dá la bienvenida con un pilche de bebida que les pone en las manos, diciendo: **¿Uripa ené?** que quiere decir: **¿vienes tú?**, y equivale a nuestro **seas bien venido**. Toma la bebida el que llega, y corresponde diciendo: **Uri ta — Yo vengo**. Los hombres van tomando sus asientos en dos o tres hileras de bancos prevenidos a lo largo de la casa por uno y otro lado, de manera que por el medio se pueda andar con todo desahogo. Las mujeres se van

acomodando sobre ciertas esteras puestas a los dos extremos, de modo que se mantienen separadas de los hombres”.

“En otra casa vecina a la de la función están dispuestas unas andas enramadas y vistosas, y en ellas se acomodan sentaditas las criaturas cuya nobleza se va a publicar. Los niños deben ir vestidos de una cushma o bata nueva curiosamente pintada; y a las niñas deben de poner las madres una nueva y primorosa pampanilla y una como manta ricamente aderezada, que prendida de los hombros cubre todo el cuerpo. Unos y otros traen en la cabeza una corona o guirnalda de plumas bien distribuídas de varios colores de gusto. Antes de salir los candidatos en sus andas, salen seis u ocho mocitos vestidos de danzantes con cascabeles, y al son de un tamborcillo o pífano van danzando y haciendo sus mudanzas a compás. Detrás de éstos salen cuatro mujeres con mantas largas muy pintadas y unas varas altas emplumadas en las manos. Siguen en sus meneos el tono de otra mujer que va dando golpes con una maza de caucho sobre un remo que mantiene en la mano izquierda a la boca de una tinaja que lleva colgada como tambor. Por último van las andas en que están sentados los pretendientes, y las llevan las personas que piden la mayor o menor carga”.

“Al entrar los niños con este acompañamiento en la casa principal, callan todos y se mantienen sin chistar hasta que den vuelta las andas por detrás de la casa. Entonces, una mujer anciana que venía entre las danzantes, manda parar a los que llevan las andas, y puestas en el suelo, hace saltar en tierra a los que van en ellas. A cada uno de los chicos o chicas toma de la mano su padrino o madrina y la lleva delante del zana o principal, a quien una doncella presenta al mismo tiempo unas tijeras en una palangana. El zana corta con ellas a los candidatos la punta del cabe'lo y las pone en la misma palangana. Hecha esta ceremonia, el padrino o madrina lleva a los chicos a su asiento y les corta de sobrepeine todo el pelo. Sirvese entre tanto, segunda vez, la bebida a los sentados en los bancos, y compuesto ya el pelo son presentados otra vez los niños al zana, que levantándose de su asiento y llevándolos por delante, los va mostrando a los indios: diciendo a cada uno estas palabras: **Aiquiana ene zana**, que quiere decir: **Este es tu señor**. Mientras el zana da la vuelta por todos los asientos y los indios reconocen a sus nobles, los danzantillos se hacen rajas a bailar al son del pífano y tamborcillo, y al

son de la tinaja con la maza y el remo danzan también las mujeres de las mantas largas”.

“Con la presentación de los nuevos señoritos hecha por el principal, se concluye lo sustancial de la función, que llaman **Useiumata**, que viene a ser lo mismo que **hacer publicar**. Síguese inmediatamente la comida, que sirven las mujeres en fuentes grandes, poniendo en cada una lo que corresponde a cuatro o seis de los que están sentados, y van tomando de lo que gustan. Empieza la comida por plátanos y yuca cocida, que es su pan ordinario, como veremos. Luego van poniendo varios platos de cacería y los mejores peces que conocen en aquellos ríos, todo con abundancia y ostentación, conforme a sus estilos. Sírvese frecuentemente la bebida en pilches muy curiosos que, acabada la comida, prosigue hasta que se hace de noche. No se experimenta en esta función de los Omaguas, que desde luego mostraron alguna idea, aunque obscura, de policía, aquellos desórdenes que suceden comunmente en las borracheras de los indios del Marañón” (1).

Actuación de las vírgenes ticunas. — “Una costumbre muy peculiar de los Ticunas los hace singulares entre las demás tribus que conozco. Conservan un cierto número de vírgenes que tienen autoridad suprema; componen el cuerpo soberano del parlamento y sus decisiones son ejecutadas por sus súbditos, bajo la más estricta subordinación. Llámanse adivinas, y sus adivinanzas consisten en servir de intérpretes a los suyos en los idiomas extraños, para lo cual los estudian desde su infancia siendo de la obligación de las madres, emigrar conduciendo sus criaturas a las distintas tribus que el curaca les señala. Consideradas suficientemente instruídas ya comienzan a ejercer su alto ministerio” (2).

Ceremonial de visita entre los Cunibos. — No es costumbre entre los Cunibos saludar ni dar la mano, pero es digno de observación el gran respeto que manifiestan al entrar a casa ajena, así sea ésta de su más próximo pariente. En una visita de consideración se observan estrictamente las siguientes reglas: después de haberse anunciado con mucha anticipación, los visitantes se acercan a la casa y en el umbral esperan a respetuosa distancia; el dueño de casa los autoriza a entrar y les hace sentar en esteras con esta frase sacramental: **Hue lenshi** (ven varón), o **Hue sebi**, si es mujer joven.

(1)—Chantre y Herrera, L. II, cap. VIII, págs. 83 y ss.

(2)—Manuel Ijurra, *Colección de Larrabure y Correa*, T. VI, págs. 351 y ss.

O también: **Hue yusi, hue ti tá** (ven anciano, ven anciana); cada uno contesta con un signo gutural que equivale a todas las palabras de aceptación, de afirmación y también de agradecimiento.

“El dueño de casa reparte abanicos a los hombres y se sienta frente a ellos, mientras su cónyuge cumplimenta en otro lugar a las mujeres, y acto continuo se invitan refrescos de plátano y de maní. Todos guardan el mayor silencio y compostura hasta que pasados los primeros momentos y cuando el último de los visitantes haya bebido, el dueño de casa invita a los recién llegados a conversar; entonces, entrando ya en el período de franca cordialidad, cada uno toma la postura que más le acomoda, echado, sentado, o parado; y hablan principalmente de las ocurrencias de la tribu y de la inaudita perversidad de los hombres (viracochas), a quienes atribuyen todos sus infortunios (1).

El coro de músicos Omaguas. — Los padres de la Compañía de Jesús, conocedores de la eficacia que tiene la música para amansar los ánimos y ganar las voluntades a los indios, formaron coros que solemnizasen las festividades sagradas. De este punto hab'a el padre Chantre en los siguientes términos:

“El P. Bernardo Zurmillen, siendo misionero del pueblo de la Laguna, habilitó a ocho o diez muchachos, para cantar Misas de cantos armoniosos y bien ordenados que a juicio de algunos padres acostumbrados a oír en Europa Misas de buenos conciertos, no tenían en qué ceder a los más armoniosos y arreglados de una capilla de música completa. . . . En el tiempo del arresto de los misioneros se conservaban en la Laguna cantores que, a tres voces, entonaban con armonía, orden y buen gusto todo lo tocante a una Misa bien arreglada, señalándose entre todos un primoroso contrapunto por su elevación y dulzura, que seguían dos tiples de niños muy agradables, a quienes daban mayor gracia, tenor y bajo de cuatro indios bien acordes”.

“En San Joaquín de los Omaguas empezó a florecer la música desde los años de 1723, en que tomó mejor forma el pueblo con la mudanza que de él se hizo. . . . Baste para prueba, que los Yameos, poco antes pacificados por los contornos del pueblo, salían a banda-

(1)—César Díaz Castenada, en la *Historia de las Misiones* por el Padre Izaguirre, T. I, pág. 310.

das de los bosques, por sólo oír cantar á los chicos Omaguas en la iglesia, y después de fundados sus pueblos, repetían viajes a San Joaquín, así hombres como mujeres, por el gusto que hallaban en el canto”.

Los hornos de fundición de los Campas de Metraró. — Está fuera de duda, que si muchos de los indios, por ejemplo los Campas, los Cunibos, los Shipibos, vivieran en centros civilizados industriales, harían por espíritu de imitación obras sin duda alguna maravillosas, aún superando la perfección del modelo.

Para que el lector no se halle tentado de creer que se usa de hipérbole, transcribiremos aquí una página de Raimondi, que relatando una expedición del coronel Cárdenas al río Paucartambo, afluente del Perené, habla de la fundición de hierro por los indios Campas, en los siguientes términos:

“Los expedicionarios han encontrado un camino ancho y trillado, que los condujo a un caserío, donde hallaron un depósito de sal, lo que les indujo a creer que este camino debía ser el que se dirige al célebre **Cerro de la Sal**, de que hablan los misioneros”.

“Siguiendo una senda que parte por la izquierda del caserío, con dirección a un cerro que se halla en frente del campamento se ha encontrado otro caserío formado de mayor número de ranchos (chozas), que el anterior, en el que hallaron un gran edificio de 15 a 16 metros de largo, 12 de ancho y casi otro tanto de alto, en medio del cual vieron un horno de fundición de hierro, de forma cuadrada, que tiene dos varas de alto, y una tres cuartas de ancho por cada lado. Este horno parecía recientemente construído con ladrillos refractarios de media vara de largo y cubierto de una doble capa de adobes, como los comunes”.

“Este horno es alimentado de aire por dos pares de fuelles, situados en dos lados opuestos”.

“En las anteriores expediciones se había reconocido que los infieles Campas del Chanchamayo, saben forjar el fierro, pero no se había creído que fundiesen el fierro directamente del mineral; sino que se procurasen el fierro metálico y con él preparasen todas las herramientas que necesitan”.

“Pero el descubrimiento de una gran cantidad (20 a 30 quintales) de mineral de fierro (oligisto), en grandes trozos, de unas cua-

tro arrobas a poca distancia del horno; y de una cantidad de dicho mineral lavado y molido, mezclado con carbón y pronto para ser fundido; además la presencia de las escorias con granallas de fierro, que he tenido de reconocer aquí en Lima, quitan toda duda de que los llamados salvajes se hallan más adelantados en la industria del fierro, que los mismos civilizados; pues en ningún punto del Perú se funde el fierro, directamente del mineral, ni se reduce el fierro fundido a fierro dulce o maleable; verificando esta última operación los infieles Campas de Chanchamayo, por medio de hornos que difieren muy poco de los llamados **catalanes**".

"Los expedicionarios hallaron también en esta oficina de fundición de fierro, dos fraguas, faltando los yunques, que sin duda se llevaron en su fuga los salvajes, pues existían allí los dos troncos que les había servido de base y además vieron una gran cantilada de carbón de madera, que emplean para la fundición del fierro, dos cueros de vaca muy bien curtidos y depósitos de agua; siendo esta última conducida a la oficina sobre canales de corteza de árbol, sostenidas a una cierta altura del terreno" (1).

Los idiomas orientales. — Uno de los mejores y más hermosos exponentes que tienen las innumerables tribus esparcidas por el Oriente, de su valer antropológico, son sus idiomas, de admirable contextura y de una antigüedad remotísima. Estos idiomas, como campo de estudio, ofrecen un terreno inmenso e inexplorado: no porque no hayan sido conocidos y hablados, todos ellos, por los misioneros de la Compañía de Jesús y de los franciscanos; sino porque los más de sus trabajos no han salido a luz y no se han hecho estudios comparativos.

Los idiomas de nuestro Oriente se podrían clasificar en lenguas matrices y en derivadas. Son matrices conocidas las siguientes: campa, pana, ancuteña o de los encabellados, gae, zamea, jevera, pinche, y tal vez la omagua, aunque ésta puede ser hija o hermana del guaraní. De la lengua pinche se han derivado las ruamaina, uspa, araza y neva; de la jevera la chayavita, paranapura, y cahuapana; de la pana las shipiva, mayoruna, pira, cuniva, cashiva, capanahua, sensi; de la zamea las caumar, cavachi zava; de la gae las semigae, iquita, iginorri y panocorri: de la ancuteña las icaguete y payagua; la omagua ha dado origen a la cocama.

(1)—Raimondi, *El Perú*, T. III, *Historia de la Geografía*, cap. XXVI.

Estas lenguas que a los primeros misioneros y en la época de la conquista espiritual del oriente parecieron desconcertadas cual si fueran partos de la casualidad, son por lo contrario de una construcción gramatical armónica admirable, guardando semejanza con la lengua de los vascos en el norte de España, aunque las matrices se diferencian la una de la otra tanto como el español del alemán (1).

ARTICULO CUARTO

(Conclusión)

**El cultivo espiritual del misionero: comarcas peruanas civilizadas.—
Empresas colonizadoras industriales. — Autocolonización. —
Corriente inmigración colonizadora.**

El cultivo del misionero; comarcas peruanas civilizadas. — Acerca de los puntos que comprende este artículo no haremos sino breves indicaciones, pues un verdadero estudio de los mismos exigiría tratado extenso.

Aunque muchos de nuestros escritores y hombres públicos no se dan cuenta cabal de los frutos de civilización que ha obtenido en el Perú la paciente labor evangelizadora del misionero; pero ello es un hecho para quien vea la estadística de provincias y distritos de nuestra región oriental. Son conquista del misionero las provincias del Pachitea, gran parte de la de Huánuco, las de Huamalíes, Marañón, Huallaga, San Martín, gran parte de las dos de Amazonas, la del Ucayali, de Cajamarquilla y Pataz, gran parte de Huanta y La Mar; con los distritos de Monzón, Chinchao, Panao, Pozuzo, El Valle, Huacrachuco, Pinra, Huancabamba, Chanchamayo, Vitoc, San Ramón, Bambamarca, Buldibuyo, Cajamarquilla, Chilia, Huailillas, Huancaspata, Huayo, Ongon, Parcoi, Pataz, Soledad, Tayabamba.

(1)—Véase Chantre y Herrera, *Las Misiones de la Compañía de Jesús en el Marañón Español*, L. II. cap. X, págs. 92 y 93.

Uchumarca, Cayarí, Catalina, Contamana, Masisea, Sarayacu, Juanjui, Pachiza, Saposoa, Tocache, Uchiza Chasuta, Tarapoto, Huayabamba, Luricocha y Anco.

El misionero se halla en condiciones de seguir su labor apostólica con abnegación y sin cansancio; y en este lugar nada tenemos que decir de él que no sea elogio y aplauso.

Empresas colonizadoras industriales. — Estas empresas fueron algunas durante la dominación española y han sido innumerables durante la República. No se ha escrito aún su historia, que por desgracia es muy negra. Algunas de estas empresas han atrasado la moralización del indígena oriental para mucho tiempo.

Ojalá que la administración pública domine esta materia y encauce sus corrientes, evitando los gravísimos daños que en caso contrario se irán siguiendo al indígena esclavizado.

Autocolonización. — El señor Presidente de la República, Augusto B. Leguía, interpretado profesional y airosamente por el señor Manuel A. Bedoya, en una entrevista de fines periodísticos, nos ha dejado frases muy bien pensadas en orden a la autocolonización de nuestros indígenas de las serranías. El señor Leguía dice: "Hace ya mucho tiempo que he querido transformar desde sus cimientos la condición del indio en el Perú. Desde el punto de vista del derecho natural y de la más alta conveniencia patriótica, el indio peruano debe ser incorporado integralmente a todas las actividades de la nación. Como hombre nacido en territorio peruano, históricamente anterior a los cruces raciales que sobrevinieron con la conquista, le asiste el más perfecto derecho para participar en todas las manifestaciones de la vida colectiva. Es tan peruano como nosotros, y debe tratarsele como a tal. Los Andes han puesto una barrera topográfica que ha dado soluciones de continuidad a la trabazón racial que debe existir entre todos los peruanos, y ya que esa barrera de la naturaleza no puede desaparecer, la obra del Gobierno debe encaminarse a encontrar por otros medios la armonización de todos los factores étnicos que integran nuestra nacionalidad. Por lo tanto, estoy resuelto a que nuestro indio no sea un elemento más o menos exótico y pintoresco enquistado en las entrañas de la serranía y a que se incruste dentro de nuestra vida industrial, comercial, agrícola, etc."

"Para ello había que meditar muy seriamente en el problema. Desde el primer momento comprendí que sólo por un aglutinante esencial, vitalísimo, podría atraerse al indio. Este procedimiento no

podía basarse en palabras, en promesas, en discursos. Tenía que fundarse en hechos tangibles, que se tocasen con la mano, que se viesen con los ojos de la cara. Había pues que fabricar estos hechos. ¿Cómo así? Convenciéndolos por la propiedad de la tierra. Trayéndolos a la costa, enraizándolos con el labrantío de la tierra propia, dulcificándolos con el trato, mano a mano, que dá el comercio y la comunidad económica. En una palabra, autocolonizándonos con nuestros propios paisanos trasandinos" (1).

Por desgracia, estos conceptos no son aplicables a los indios del Oriente. Ellos ya se creen hereditariamente colonizados en aquellas inmensidades que de muy buena fe creen suyas. El día en que al indio salvaje se le declarara dueño de cierto número de hectáreas, sin poder franquear sus límites; se consideraría injustamente desposeído de lo suyo; se tendría por infeliz, al no poder abandonar sus tierras ya **cansadas** y labrar otras que **huelgan**.

Corriente inmigratoria colonizadora. — Dado el desarrollo que va alcanzando el Perú y la ley del progreso que le ha de conducir a un desenvolvimiento adecuado, en armonía con el crecimiento de todos los países hispano americanos; es de necesidad pensar en establecer una corriente de inmigración hacia el Oriente. Que por una parte trabaje el misionero con sus métodos evangélicos, propios para ungir sobrenaturalmente a los pueblos. Que existan y se aumenten empresas colonizadoras, que a base de la industria regional, den vida a las comarcas hoy muertas y sin movimiento. Que estas empresas reconozcan las leyes de la humanidad y guarden el respeto debido al indio como peruano, y le ayuden a formarse hombre. Pero también que se piense en una inmigración en grande, que contribuya a poblar aquellas comarcas desiertas.

Para el éxito de esta inmigración, no podría descuidarse ni dejar de tener presente la unidad religiosa. Siendo católica la inmensa mayoría del Perú, o mejor dicho, su totalidad; la civilización importada al Oriente debería también ser la cristiana y católica. Toda otra civilización anónima sería un grave inconveniente para el porvenir nacional.

Además de una oficina de inmigración, sería menester la intervención preliminar de los Prefectos y Vicarios Apostólicos del Oriente, que evitarían fracasos ruidosos y desalentadores. Sólo ellos

(1)—Del diario "La Prensa", No. 12,490.

podrían realizar un trabajo de preparación, sobre todo en la zona montañosa, que hiciera menos desagradable la primera etapa de las colonias en sus días de instalación y comienzo.

B I B L I O G R A F I A

- Padre Diego de Córdova y Salinas — **Corónica Franciscana de las Provincias del Perú**, 1650, Lima.
- Padre fray Bernardino Izaguirre — **Historia de las Misiones Franciscanas y narración de los progresos de la Geografía en el Oriente del Perú** (impresos cinco tomos, inéditos nueve). Lima, Talleres de la Penitenciaría, 1922.
- César Díaz Castañeda — **Ligeros apuntes históricos sobre los indios Cunibos, para el Reverendo Padre Fray Bernardino Izaguirre**: incluidos en la **Historia de las Misiones**, T. I, págs. 297—320, y en **Inca**, revista trimestral de Estudios Antropológicos, órgano del Museo de Arqueología de la Universidad Mayor de San Marcos, Vol. I, N° 2.
- Padre fray José Amich — **Compendio Histórico de los trabajos & de los ministros evangélicos en las montañas de los Andes**, París, Librería de Rosa y Bouret, 1854.
- Padre José Chantre y Herrera — **Historia de las Misiones de la Compañía de Jesús en el Marañón Español (1637—1767)**, Madrid, imprenta de A. Avrial, 1901.
- Manuel A. Fuentes — **Biblioteca Peruana de Historia, Ciencias y Literatura**. — **Antiguo Mercurio Peruano**, Lima, Felipe Bailly, editor, 1861.
- Padre fray Manuel Castrucci y Vernazza, párroco de Andoas — **Viaje a los territorios habitados por los Záparos y Jíbaros en los ríos Pastaza, Napo y Bobonaza**, 1840, incluido en la **Colección de Larrabure y Correa**, T. VI, págs. 508—541.
- Carlos Larrabure y Correa — **Colección de Leyes, Decretos, Resoluciones y otros documentos oficiales, referentes al departamento de Loreto**, Lima, Imp. de "La Opinión Nacional", 1905.
- Padre Ignacio Vicecomiti — **Provincia Quitensis Societatis Jesu, (Plano)**. 1751.

- Marcel, Jefe de Escuadrones — **Del Pacífico al Atlántico atravesando la América del Sur**, descripción publicada en "La Prensa" de Lima, días 15, 24 y 30 de mayo de 1924.
- Manuel Ijurra — **Resumen de los viajes a las montañas de Mainas**, en la **Colección** de Larraburre y Correa, T. VI, págs. 276—411.
- Smith, Lowe, Beltrán y Azcárate — **Exploración de los ríos Ucayali y Pachitea**, en 1834, incluida en Larraburre y Correa, T. XI, págs. 22—72.
- Padres Pallares, Calvo y Alemany — **Historia de las Misiones de Ocopa**, Barcelona, 1883.
- John Skinner — **Voyages au Perou faits dans les années 1791 a 1794, par les PP. Manuel Sobreviela et Narciso y Barceló**, París, 1809.
- Padre Luis Sabaté — **Viaje de los Padres Misioneros del Convento del Cuzco a las tribus salvajes de los Campas, Piro, Cunibos y Shipibos**, en el año de 1874.
- Padre fray Gabriel Sala — **Apuntes de viaje. — Exploración de los ríos Pichis, Pachitea y Alto Ucayali y de la región del Gran Pajonal**, Lima, Imprenta La Industria, 1897.
- Jorge M. Von Hassel — **Las tribus salvajes de la región amazónica**, 1905, en la **Colección** de Larraburre y Correa, T. VII, págs. 637 - 678.
- Germán Stiglich — **La región peruana de los bosques**, 1904, en la **Colección** de Larraburre y Correa, T. XVI, págs. 309—495.
- Padre Pedro González Agüeros — **Colección General de las expediciones practicadas por los Misioneros de Santa Rosa de Ocopa**, 1786 (Manuscrito).
- Padre Pío Asa — **Estudio sobre la lengua machiguenga**, 1924. Lima, ed. "Opinión Nacional".
- Padre Jerónimo Lezeta. — **Breve noticia del estado de las misiones de Manaos en la Pampa del Sacramento**. (Manuscrito del archivo de la curia arzobispal de Lima).
- Padre José Vidal — **Correspondencia epistolar sobre los Jíbaros**, publicada en "El Eco Franciscano", años 1895—1897.
- Padre Luis Torra — **Correspondencia epistolar sobre los indios de Zamora**, 1896—1897.

MEDICINA TROPICAL

LA INFECCION POR HEMOGREGARINA HOMINIS

(A PROPÓSITO DEL PRIMER CASO HALLADO EN EL PERÚ)

(Con una ilustración)

La descripción de la infección por Hemogregarina hominis, y el hallazgo de éste parásito en el hombre, por el autor, es valiosa contribución a la Patología médica.—Esta entidad nosológica circunscripta a ciertas regiones de nuestras quebradas subtropicales es aporte también a la Geografía médica nacional.—El presente trabajo es resumen del estudio presentado a la Facultad de medicina de Lima por el Dr. Picon.

Las hemogregarinas han sido poco estudiadas; sólo hay algunas descripciones como parásitos del hombre. En la literatura médica se encuentran seis comunicaciones referentes a hallazgos casuales de enfermos a quienes se les hizo una punción al bazo para la investigación de parásitos.

C. M. Wenyon describe en su obra de Protozoología cinco casos, y Strong cita uno más al ocuparse de la Psorospermiasis. El primero hace muchas reservas y duda sobre la posibilidad de que las hemogregarinas puedan ser halladas en la sangre humana.

A la escuela francesa se le debe una valiosa contribución; en efecto, la segunda hemogregarina fué anunciada por Raboud quien la encontró en la sangre periférica de una mujer procedente del Congo.

Lebouf en 1921 comunica haber visto el mismo organismo en un frotis de bazo de un paciente del Congo Belga que sufría de esplenomegalia.

La tercera forma fué descrita en 1922, por Sergent en la sangre de una muchacha que llegaba de Córcega.

El mismo año F. Noé recuerda como Hemogregarina Gallica ciertas estructuras que él observa en unas láminas de sangre de un

hombre de 59 años que ha vivido siempre en las vecindades de París.

Natan Larrier en 1923 describe como *Hemogregarina Ecuatorialis* ciertos cuerpos incurbados observados por él, en 1916, en un paciente que volvió del Congo sufriendo de Tripanosomiasis.

Posteriormente a estos estudios, Strong, en una publicación sobre la Psorospermiasis, dice, que el *Tozoplasma Pyrogeno* descrito por Castellani es una hemogregarina del hombre.

NUESTRA OBSERVACION

Haciendo estudios sobre la Verruga Peruana pudimos ver el 25 de junio de 1926 unas formaciones desconocidas sobre un glóbulo rojo correspondiente a un enfermo anémico; formas que posteriormente hallamos en los frotis y cortes histológicos de las vísceras y que las identificamos como una especie muy parecida a la *Hemogregarina Hominis*.

La historia clínica del caso que presentamos es la siguiente:

Manuel Escalante, de 41 años, indio, nacido en Junín, procede de Matucana y ocupa la cama número 22 de la Sala de San Roque del Hospital "Dos de Mayo".

Antecedentes personales — Viruela, Sarampión, Gonorrea y siendo adulto cólicos hepáticos.

Enfermedad actual — Refiere el paciente que ha tenido que efectuar unos viajes a pié por los alrededores del pueblo de Matucana (1) pasando toda clase de privaciones y durmiendo muchas veces a la intemperie en las vecindades de lugares donde se hallan animales domésticos — (dato interesante porque se cree que un artrópodo picador, parásito de estos animales sea el trasmisor de la infección por hemogregarinas).

A los diecisiete días del viaje sufre de escalofríos violentos que se repiten todas las tardes con fiebre alta y sudores profusos. Tratado

(1). — Es importante advertir que Matucanas se halla a 2,378 metros sobre el nivel del mar y a 150 kilómetros al interior de Lima y que a pesar de su situación geográfica y altitud tiene un clima parecido al de los lugares tropicales. Está encerrado en una quebrada donde el calor del Sol es casi constante durante todo el año registrándose una temperatura media de 25°0. Hacemos ésta disgregación, por que la infección por hemogregarinas casi siempre ha sido constatada en lugares tropicales y en el caso que comunicamos también ha sido contraída en un lugar caluroso.

como palúdico no siente alivio; a estos síntomas se agregan después: cefalea persistente y dolores generalizados a todo el cuerpo, teniendo que guardar cama. En la noche del 26 de Junio tuvo un dolor violento en el costado derecho, exacerbándose todos los síntomas; a la mañana siguiente tose con expectoración hemoptoica, le aparecen unas manchas purpúricas en el pecho y tiene además epixtasis abundantes. Días después la disnea que un principio fué moderada, se hace intensa y alarmada su familia, lo hospitalizan.

Exámen Clínico—Fecha: 27 de Junio de 1928.

Aspecto—Fascie angustiosa, ojos enclavados con la mirada vaga, tose frecuentemente con expectoración muco-purulenta, está disnéico y responde a las preguntas con lentitud e indiferencia. Todo el rostro se halla cubierto de sudor frío. Tiene epixtasis. La mucosa de la boca está pálida y casi descolorida, la conjuntiva palpebral también se halla pálida dando a entender la anemia profunda que domina el cuadro.

La piel del cuerpo se halla con un tinte sub-ictérico, en el torax se notan varias manchas purpúricas así como en los miembros superiores, además, hay petequias.

Cabeza—Llama la atención la intensa palidez de la mucosa conjuntival, así como la de los labios. Las pupilas reaccionan a la luz y a la acomodación y la motilidad ocular está conservada. La mucosa bucal completamente descolorida, la lengua es ancha, saburrosa y seca. Los dientes bien implantados pero mal conservados.

Cuello—Se notan los latidos de la arteria carótida, hay thrill. No se palpan los ganglios.

Torax—Los movimientos respiratorios disminuidos en amplitud y aumentados en número llegando a contarse treinta por minuto. Hay grandes manchas purpúricas y petequias.

Hay dolorabilidad a la palpación de los vértices pulmonares. Las vibraciones aumentadas en ambas bases pulmonares. Se aprecia la zona de macicez en el pulmón derecho a partir de la cuarta costilla para abajo. En el pulmón izquierdo también hay macicez en esta misma zona pero menos acentuada. En el vértice del pulmón derecho la respiración es soplante y por debajo se notan abundantes estertores crepitantes y sub-crepitantes. En la base del pulmón izquierdo hay estertores crepitantes.

Corazón—La punta late a la altura del quinto espacio intercos-

tal. Hay un soplo sistólico en la base. Cuéntase 120 pulsaciones por minuto.

Abdomen—Abdomen escavado. La palpación es dolorosa en el hipocondrio derecho. El hígado aumentado de volumen traveses de dedo por debajo del reborte cosofatal. El bazo es palpable hallándose aumentado de volumen.

Sistema linfático—Infarto inguino-crural y epitrocLEAR del lado izquierdo.

Motilidad—El enfermo no tiene aptitud para los movimientos a causa del estado de astenia en que se encuentra.

Sistema nervioso—No hay alteración de sus reflejos.

Fiebre—La marcha de la fiebre es irregular llegando a oscilar entre 37°4 y 39°4.

Análisis—

Sangre—Extensión difícil como de sangre anémica.

Hay retardo en el tiempo de coagulación y sangrado, el coágulo es poco retráctil. Se acusa hipoglobulia marcadísima, el 26 de Junio había 2,000.000 hematies por m.m³ para llegar a los siete días a 1,030.000. Ha habido una globuladeción rápida. En el cuadro siguiente se hallan anotadas las numeraciones que se hicieron todos los días así como el número de elementos anormales observados.

Al segundo día de observación la cifra de glóbulos blancos llegó a 3,400 por m.m³, al séptimo día fué de 3,500 para terminar en esta cifra. Ha habido leucopenia, carácter importante que unido a la esplenomegalia debe tenerse presente.

NUMERACION GLOBULAR

El valor globular se halló disminuído en 10 %.

FORMULA HEMOLEUCOCITARIA

Nótase la presencia de los normoblastos, eritoblastos, mieloblastos, mielocitos, promielocitos, metaimelocitos, células de Turck, etc., en pequeña proporción relativamente a la gravedad de la anemia; pues parece que hubo una reacción poco violenta de parte de los centros hematopoyéticos.

Orina—El análisis de orina nos reveló la presencia de pigmentos biliares y urobilina, que está de acuerdo con la intensa deglobulización y el proceso infeccioso mismo.

Se hicieron hemocultivos en diferentes medios sin resultado positivo.

Evlucción—El paciente en ningún momento acusó mejoría. A los ocho días de su ingreso al hospital falleció.

Estudio Anatómo-patológico—

Se practicó la autopsia seis horas después de constatado el fallecimiento. El cadáver presentaba la piel de color amarillo terroso con manchas purpúricas en los brazos y torax. Hay edema de los miembros inferiores.

Por la nariz todavía se distingue las huellas de la epixtasis.

En el abdomen hay un líquido sanguinolento en cantidad de un litro más o menos. El hígado aumentado de peso y volumen de color caoba oscuro, está adherido al estómago; es de consistencia blanda y se deja desgarrar fácilmente. El bazo muy aumentado de volumen, el parenquima del bazo presenta un color rojo oscuro, es friable y sangra al corte.

En los riñones sólo se nota ligera congestión.

Se toman algunos frotis de médula ósea de las costillas y pasamos a observar los pulmones.

El pulmón derecho se halla congestionado adherido a su base, presentando una zona de hepatización roja. El pulmón izquierdo de color pálido terroso también está fuertemente adherido a su base con otra zona de hepatización. No se encuentran nódulos tuberculosos.

Estudio Histó-patológico—

La técnica empleada en todos los cortes ha sido: fijación al formol y coloración con hematoxilina y eosina.

Hígado—Los traveses hepáticos conservan sus elementos celulares. Espacios Porta bastante desarrollados, células de Kuffer cargadas de abundante pigmento hemático y restos de hemáticos. En la zona de tejido intersticial hay elementos de la serie roja joven mostrándonos el despertar de órgano sanguíneo. Se hallan conjuntamente varias formas de hemogregarinas. Los capilares y canalículos no se hallan alterados.

Bazo—Cápsula engrosada; la pulpa esplénica con los corpúsculos de Malpighie se hallan ligeramente proliferados, conservándose la arteriola central normal. La pulpa roja que circunda a los corpúsculos se halla rico en leucocitos, elementos jóvenes de la serie roja, hematies, macrófagos cargados fuertemente de pigmento ferruginoso. Al lado de estos elementos se aprecian abundantes formas de hemogregarinas.

Ganglio—Los folículos con elementos linfoides, la sustancia lacunar tiene su tejido intersticial pobre, pero en donde se observan hematies libres, macrófagos, elementos de la serie roja joven y muchas formas de hemogregarinas bien teñidas, con su protoplasma azulado.

Estudio del germen—

Para estudiar las hemogregarinas halladas es mejor hacerlas en los frotis de órganos y de ellos el preferible es el del bazo, que muestra con mayor abundancia estos elementos.

Coloreados los frotis con Leishmann.

Se distinguen varias formas de hemogregarinas, unas son alargadas y otras cortas en diferentes grados de evolución, pero todas toman los colorantes con igual elección e intensidad.

Las formas largas miden de 20 a 30 micras de longitud por 3 a 5 micras de ancho. Tienen su protoplasma con vacuolas y está teñido en azul, el citoplasma es más claro. Estas formas llevan dos o tres núcleos teñidos en rojo intenso y son de estructura granular.

Se disponen de diferentes maneras, unos incurvados sobre sí mismos y otros en forma de bastones o de S.

Las formas cortas que las llamamos así para diferenciarlas de las anteriores, tienen la forma de medias lunas, otras en bastón y varias hay que llevan una de sus extremidades terminadas en punta como se podrá examinar en las láminas adjuntas.

El protoplasma de estas también lleva unas vacuolas pequeñas y está coloreado en azul claro. El núcleo toma el colorante ávidamente, es rojo y de estructura granular. Estas formas miden de 6 a 9 micras de largo por 3 a 5 de ancho, son fácilmente visibles al examen microscópico y se destacan por su coloración.

Otras investigaciones—

Por creer útil en la investigación etiológica de esta infección hice en Matucana (lugar de procedencia del enfermo) varias investigaciones en la sangre de algunos enfermos y en las de animales domésticos del lugar, con resultado negativo.

Posteriormente, en los anémicos hospitalizados también investigué este parásito sin poderlo encontrar. Por último, en el curso de estos años he asistido a algunas autopsias de aquellos enfermos que presentaron un cuadro sintomático de anemia, pero no me ha sido posible hallar nuevamente este parásito.

Al enviar este trabajo tenemos convencimiento de que el profesor Carlos Monge y el señor A. Guzmán Barrón han encontrado un nuevo caso de esta enfermedad.

Antes de terminar debo dejar constancia de mi gratitud a los doctores Julián Arce, Carlos Monge y Pedro Weis por la ayuda que prestaron a mis investigaciones y al señor C. Cánepa por el dibujo que ilustra este trabajo.

CONCLUSIONES

1a.—Por primera vez entre nosotros, se ha llegado a identificar un caso de infección a Hemogregarinas.

2a.—El parásito hallado en la sangre, frotis y corte de órganos reúne los caracteres de la "**Hemogregarina Hominis**".

3a.—Las lesiones anatomo-patológicas son importantes en la sangre, donde se hallan las huellas de una anemia hemolítica infecciosa.

4a.—Los caracteres clínicos saltantes en nuestro caso son: comienzo insidioso, fiebre, hallazgo negativo de otros parásitos, anemia profunda cada vez más marcada, regeneración sanguínea débil, leucopenia con polinucleosis, síndrome purpúrico, espleno y hepatomegalia.

Dr. Raúl PICON R.

BIBLIOGRAFIA

- M. C. Wenyon** — Protozoology.—A Manual médical for men veterinarian and Zoologists.
- E. Strong.** — Psorospermiasis.—Nelson Loose-Leaf Living Medicine.
- E. Krämpff.** — Sur un hematozoaire endoglobulaire nouveau de l'homme.—C. R. acad. Sc. CLXIX—955.
- Roubauds.** — Un dixieme type d'hémogregarine humaine—Bull. Soc. Path. Exot.
- Lebouf.** — Megalosplenie et Hemogregarine en Afrique Ecuatoriale. Ann. Med. de Pharm. Colon XIX-116.
- Sargent E.** — Sur une hemogregarine de l'homme observée en Corcega. Ibid. XV-193.
- Noc K.** — Formes hemogregariniennes observées dans un cas d'anémie perniciose autochtone.
- Natan Larrier.** — Sur une hemogregarine.—Nelson.—Col.
- Martaglio y Carpano.** — Sopra un caso de Hemogregarine. — Ibid. XVI-251.
- Reichenow F.** — Die Hemogregarinien—Protozoologie.
- Noller M.** — Die Toxoplasma—Handb. Path. — Protozoo—Wenyon 907.
- Brumpt, E.** — Parasitology.
- Pinoy.** — Annales de Parasitologie Humaine et Comparee.
- Langeron.** — Les pretendues Mycoses de la Rate.—Ann. de Parast. Humaine et Comparee-211.
- R. Rebagliati.** — Inclusiones celulares de los órganos hematopoyéticos y los elementos cutáneos de la verruga — Actas y trabajos del Quinto Congreso Médico Latino Americano.
- E. Odriozola.** — La Maladie de Carrión.
- Mansson Bar.** — Enfermedades Tropicales.
- Castellani F.** — Parasitology.

LA PROVINCIA DE CHANCAY.—APUNTES HISTÓRICOS Y GEOGRÁFICOS

Huacho, en el país de los yungas, o habitantes de la costa del Perú, fué uno de los núcleos más importantes y populosos que hubo en ella.

Cuando Hernando Pizarro emprendió viaje, por orden de su hermano el gobernador don Francisco, de la ciudad de Cajamarca al valle y adoratorio de Pachacamac, estuvo en Huacho, en donde existían en ese entonces los pequeños pueblos de Mazo, Luriana o *Chacaila*, de donde por corrupción de lenguaje, le viene sin duda a la provincia el nombre de Chancay, que hasta ahora lleva; y cuya capital es la ciudad de HUACHO, centro social que a la vez que capital del distrito de su nombre, es, además, puerto menor de la República.

La villa de Huacho fué primitivamente una pesquería de Huaura, ubicada a 2 km. y medio del mar, y a 60 km. de la ciudad de Chancay, al norte. En 1744 se separó de Huaura, y ella se pobló tan considerablemente, que el Congreso de 1828, por ley de 16 de abril, le dio el título de *Fidelísima villa*, por los servicios que prestó a la Patria. El puerto de las famosas salinas de Huacho, ha tenido la gloria de ser el segundo, donde desembarcó el Ejército Libertador, el 9 de noviembre de 1820, (habiendo sido el primero el de la bahía de Paracas o de la Independencia, el 7 de setiembre de 1829); pero él, en cambio, fue el primer territorio que contribuyó eficazmente a la independencia del Perú, por los abundantes recursos suministrados y por haber robustecido también, considerablemente la opinión, pasando allí al servicio de la Patria más de tres mil hombres libres y voluntarios, sin incluirse, naturalmente, en ellos, a los numerosos esclavos que se tomaron de las haciendas, como fueron Palpa, Huaito, Larán y otras.

El Gral. Mendiburu, en la página 46 del tomo VII de su Diccionario Histórico Biográfico, dice que al capitán Melchor Ramírez de Vargas le dio el Gobernador Don Pedro de la Gasca, en 1548, la mitad de la Encomienda de Huacho; y en la página 61 del citado tomo, afir-

ma que el capitán Gonzalo Fernández de Heredia fue encomendero de Huailas y Cajatambo y fundador y regidor de la villa de Huaura.

En dicha comarca no hay pobreza, a causa de estar la propiedad, tanto rústica como urbana, muy dividida, a la par que cultivada; siendo casi todos sus vecinos pequeños propietarios; y la provincia de Chancay uno de los principales mercados de producción que tiene Lima, de aves, frutas, cereales, legumbres, sal, salchichas, vinos, quesos y otros artículos de general consumo, por efecto precisamente de su vecindad y fácil comunicación por tierra y agua; pues tiene navegación a vapor siempre franca y expedita, ferrocarril longitudinal y buenos caminos pedestres, ecuestres y carreteros, que unen a ambas poblaciones.

El pueblo de Huacho, desde tiempo inmemorial, ha sido uno de los primeros que ha aplicado el guano, con suceso, como abono para la agricultura.

Huacho, según nos lo afirma el doctor Marcos Jimenes de la Espada, en sus "Relaciones Geográficas de Indias," Madrid, 1811, fue encomienda del conquistador español Benito Beltrán, a quien el Marqués de los Atavillos le adjudicó, también, un solar, cuando fundó la Ciudad de los Reyes (hoy Lima), a efecto de recompensarle sus buenos servicios (tomo 1o. apéndice No. 1, pág. XXXIII.)

El general Manuel de Mendiburu, en su "Diccionario Histórico Biográfico Colonial," no se ocupa, sin embargo, de este conquistador que figuró en aquella etapa; y examinando la nómina del repartimiento del famoso rescate, en oro y plata, de Atahualpa, que se verificó en Cajamarca el 17 de junio de 1533, no encontramos tampoco el nombre de Benito Beltrán, sino el de Hernando Beltrán, a quien le cupo 362 marcos de plata y 8,880 pesos de oro; por cuya circunstancia creemos que el nombre del referido encomendero fue el de Hernando y no Benito, como lo sostiene el doctor Jiménez de la Espada en su mencionada obra.

Otros encomenderos ilustres en la misma provincia, además del anterior, fueron: el mismo gobernador del Perú don Francisco Pizarro, que fue encomendero del pueblo de Huaura, y por su asesinato, se adjudicó después la citada encomienda al capitán don Juan Bayón de Campomanes, alcalde que fue de Lima en 1544; y don Antonio del Solar, del de la Barranca, según Mendiburu; y de Huaura, según Garcilaso; del célebre y altivo conquistador, que resentido con el Virrey Núñez de Vela, por las ordenanzas que había promulgado

a su arribo al Perú, se excusó de recibirlo en su heredad; y cuando hizo su tránsito a Lima, justamente por ella, fijó en un paraje bien visible del camino real este letrero: "A quien viniere a echarme de mi casa y hacienda, procuraré yo, también, echarle del mundo"; enorme desacato que casi purga con su propia vida, después de haber estado algunos meses en prisión, por efecto de él.

Cuando en 1563 el Virrey Conde de Nieva fundó la villa de Arnedo, (que es hoy la de Chancay) dióle por anexos las encomiendas o pueblos de Chancay, Huaura, San Juan de Vegueta, Barranca, Supi, Chiquián, Checras y el de San Bartolomé de Chacaila, que es ahora cabalmente la ciudad de Huacho.

A la villa de Arnedo dióle el Conde de Nieva ese nombre en recuerdo de la villa de igual denominación de la que fue señor en España y que fundó en el Perú, con el buen propósito, según se dice, de trasladar a ella la Universidad de San Marcos, y cuya fundación no se efectuó a causa de que el Supremo Consejo de Indias, a quien se dio cuenta de lo que pensaba hacer, dispuso la no innovación, en tan grave asunto; por cuyo motivo, el 12 de octubre de 1576, se trasladó la Universidad del Convento Grande dominicano a la plazuela de la Inquisición, local que hoy ocupa la Cámara de Diputados.

El pueblo de Acullama, fue fundado en 1551, en el paraje en el que hasta hoy se venera una milagrosa imagen de Nuestra Señora del Rosario, que envió el mismo Emperador Carlos V, con sus respectivos ornamentos. Así lo afirma el cosmógrafo Cosme Bueno, en su "Descripción de las provincias pertenecientes al Arzobispado de Lima."""

La villa de Huaura, permaneció así subordinada a la villa de Arnedo hasta el año de 1608, en que el Marqués de Salinas, (Don Luis de Velasco) fundó la villa de Carrión de Velasco, en el propio asiento del cacique de Huaura, que fue la actual hacienda de Loza (a) y que se llamaba entonces pueblos de Mazo. Dióle el nombre de *Carrión*, en memoria del lugar de su nacimiento; y el calificativo de *Velasco*

a)—Fundo rústico que fue de la provincia de Don Diego de Loza Bravo, de Lagunas, esposo que fue de la señora Ana Carreño y Hazañero.

como recuerdo de su ilustre casa y familia (b); cuya villa fue saqueada en 1686 por el pirata flamenco Eduardo David, quien apriisionó allí al alcalde provincial don Blas de la Carrera, al que mandó degollar y colgar su cabeza en el peñol cuando se venció el plazo para un rescate de parte de sus parientes, extremo que éstos infelizmente no realizaron.

La jurisdicción de la villa de Huaura se extendió, pues, a todas las encomiendas que estaban subordinadas a la de Chancai, con excepción de la de este nombre, Checra, y Chiquián.

En 1744 y siendo Virrey del Perú el Marqués de Villagarcía, se le dio a la aldea de Pescadores de Huacho el título de pueblo, en la provincia de Chancai. Así lo afirman el general Manuel de Mendiburu, en su obra ya citada, biografía del Virrey Villagarcía, en la página 271 del tomo V; y José María Córdova y Urrutia, en su obra "Las tres épocas del Perú".

En 1548, época en que se organizaron los Corregimientos del Perú, Huaura fue constituida en la capital de la actual provincia de Chancay, título que conservó hasta el 10 de noviembre de 1874, fecha en que se elevó a esa categoría a la villa de Huacho, que en esa fecha se le ascendió al rango de *ciudad*, título que hasta hoy conserva, con toda ufanía y majestad.

Huaura y Huacho fueron, pues, dos pueblos muy importantes en las tres épocas de la vida por las que hasta aquí ha pasado la República, como bien lo demuestra la nómina de sus hijos ilustres a través del tiempo; y los hechos que a continuación pasamos a referir.

El célebre religioso agustino Antonio de la Calancha, en la Crónica Moralizada, de su Orden, nos hace saber que los pueblos de Ocros, Lampas, Guacho y Guaura (nombres de lugares así escritos por él) y la Barranca, durante los años de 1556 a 1623, fueron el amplio teatro de los trabajos evangélicos del fraile de la misma religión Francisco Martínez de Biedma; quien emprendió allí seria cruzada contra las idolatrías, adoratorios, hechiceros y brujos que drago-

b)—El general Mendiburu, en la biografía del Virrey Marqués de Montes Claros (Don Juan de Mendoza y Luna) pág. 284, tomo V, de su Diccionario Biográfico Histórico Colonial, afirma que este virrey fue quien, en 1609, le dio al pueblo de Huaura el título de *Villa*, la que también se llamó "*Torrejón de Velasco*."

neaban en toda abundancia por aquel período de tiempo, en la referida comarca.

El padre jesuita Luis de Teruel, en 1617, misionó a los indios huachos y yauyos, que después visitaron los padres de la misma religión, Hernando de Avendaño, Francisco de Avila y Pablo José de Arriaga, en el laudable afán que todos tuvieron de extirpar, de una vez y para siempre, la idolatría reiterada de esos naturales.

En 9 de noviembre de 1820 vemos que el general argentino don José de San Martín desembarcó en el puerto de Huacho con parte de sus tropas, sin novedad alguna, ni mayores combates ni contrariedades; y se ubicó cabalmente en la ribera contraria del río Huaura, que constituye ese hermoso y socorrido valle, donde estableció sus reales y cuartel general, a fin de dar margen, por efecto de esta sola situación y del influjo de las nuevas ideas y del justificado odio que se tenía a los españoles por sus crueldades, abusos sin cuento y tropelías mil, al desbande creciente que se operaba a diario de los paisanos, soldados y oficiales, el que se efectuó de un modo ostensible, sin que contribuyesen por él sino la moral o por el fundado temor de que del campamento de los realistas que se hallaba acantonado en Aznapuquio, les hicieran alguna persecución o daño, por causa de su vituperable conducta.

Huaura fue, pues, en la época a que nos referimos, el paraje donde se daban patriótica cita todos los espíritus insurgentes y liberales que amaban su autonomía o querían con su sangre conquistar la anhelada independencia, y fue tanto el prestigio y la sugestión que tenían las nuevas ideas, en este orden, que en un solo día, que fue el 8 de diciembre, según el insospechable testimonio del historiador español Torrente, se pasaron al ejército de la Patria 38 oficiales y 1 cadete de la división realista allí acantonada.

Don José Hipólito Herrera (capitán que fue de caballería) en su obra "El Album de Ayacucho" (colección de los principales documentos de la guerra de la independencia del Perú), Lima. 1862, nos enumera y conserva el nombre de esos emigrados, que fueron los señores: José de la Riva Agüero, Fernando López Aldana, Manuel E. Concha, Martín Herreros, Manuel Señas, Dr. Manuel Antonio Valdizán, Manuel Fuentes, José Toledo, Juan Sánchez Silva, Carlos Quintana, Antonio Lesdael, José Soto, Juan Bernales Sánchez, Camilo Mariátegui, Buenaventura Palma, Rafael Mancebo, José Hermenegildo Prieto, José Allende, Juan Mancebo, Felipe Santiago Sala-

verry, José María Quiroga, Manuel Layseca, Clemente Ramos, Lorenzo R. González, Pedro de La Rosa, Manuel Taramonz, Juan Sarrio, Miguel Arescurrenaga, José Zárate, Antonio Baeza, Manuel Lastra, Tadeo Borgoño, Manuel de la Rosa, José Antonio Castro, José Tejada, Bernardo Soffia, Mariano F. Rodríguez, Antonio Solar, Manuel Solar, Cirilo Trigueros, Martín Vargas, con tropas del Rey, N. Cabrera, N. Zapata, N. Ortiz, N. Esquicia y el padre Zelasco." (páginas 181 y 182 de la obra citada.)

El patrón titular de Huacho es San Bartolomé, y no San Dionisio, como algunos arróneamente lo han supuesto.

El puerto de Huacho se halla vinculado a la ciudad del mismo nombre por el tranvía que recorre frecuentemente el kilómetro o 10 cuadras que separan a ambas secciones.

Revisando la obra de Federico Costa y Laurent, titulada "Reseña Histórica de los Ferrocarriles del Perú", Lima, 1908, tomo de 279 páginas en 8o., encontramos en el grupo de las vías férreas ya estudiadas, la de Lima a Huacho, la que tiene una extensión de 253'391 kilómetros, obra pública que fue contratada con mister Williams John Alt, durante el año de 1906, por la suma de LE. 722,185. Dicho ferrocarril se inauguró en 1911, durante la segunda administración Pardo; habiéndose puesto la primera piedra de esa obra pública el 4 de octubre de 1868, por el Presidente coronel don José Balta, en la portada de Guía; ceremonia que fue bendecida por el obispo de Huánuco, doctor don Manuel Teodoro del Valle.

(a)—De cuya Asamblea fueron Presidente, Vicepresidente y Secretario, respectivamnt, los señores Evaristo Gómez Sánchez, Ramón de Echenique y Juan Antonio de Torres.

Del Callao a Huacho hay 70 millas marítimas de navegación, siempre franca, que se recorren en una noche; y de Ancón a Huacho, por ferrocarril, hay 140 kilómetros, y de Lima a Huacho 179 kilómetros.

El puerto de Huacho, el 18 de junio de 1907, mereció la especial visita del Presidente de la República, doctor don José Pardo y Barreda, como que es uno de los principales núcleos agrícolas de la costa del Perú; y, también, en 16 de noviembre de 1917, fue visitado por los malogrados escritores Abraham Valdelomar y Julio A. Hernández; quienes extendieron su visita a la villa de Huaura, en donde el primero escribió su célebre y conocida oración a San Mar-

tín, y dio, además, una conferencia pública acerca de la vida y hechos del ilustre héroe argentino, cuya talla moral crece cada día más a medida que más transcurre el tiempo.

En setiembre de 1916, cundió el socialismo en la ciudad de Huacho y hubieron de lamentarse allí algunas víctimas en la campaña emprendida por la fuerza pública en defensa del orden contra la rebelión y exigencias de hecho, de los exagerados huelguistas.

En Huacho se editan cuatro periódicos políticos, que son: "EL IMPARCIAL," bisemanario, fundado el 20 de junio de 1891, que es el decano de la prensa local de Chancay y órgano autorizado del civilismo, del que es director don José T. García; "LA PATRIA," también bisemanario, fundado el 2 de mayo de 1897. Su propietario y fundador, de filiación netamente constitucional, es el señor Amador Changanquí; "EL AMIGO DEL PUEBLO," semanario político, noticioso, vocero del partido demócrata, fundado el 15 de diciembre de 1904, del que es director el señor Emilio Cubillas; y "LA EPOCA," interdiario, órgano completamente independiente, dirigido por el periodista Conrado Martz, fundado el 19 de febrero último.

Dados los buenos principios del joven que lo edita y la circunstancia de no estar afiliado a ningún partido político, añadido a su cultura y perseverancia indiscutibles, son motivos que hacen presagiarle a la vez que lata existencia un completo éxito en toda la línea; debiendo ser, por lo mismo, el fanal más conspicuo del centro social en que ve la luz pública.

A la salida de Pativilca, existen aun hoy, desafiando la acción siempre destructora de los siglos, las fortalezas mandadas erigir por el Inca Yupanqui, durante el siglo XV, en memoria de haber vencido al Gran Chimú, en el paraje denominado de Paramonga (Paramunca), las cuales patentizan a los pósteros, de un modo sensible, los grandes conocimientos que tuvieron los Incas en las arquitecturas civil y militar a un tiempo.

La referida fortaleza es cuadrilonga; el lado mayor tiene 250 metros y el menor 176 metros, y consta de tres recintos de murallas de tapic concentricas las unas de las otras, dominando siempre las interiores a las exteriores, la que dista de Pativilca solo tres kilómetros.

Dentro de los recintos superior e inferior se hallan algunas habitaciones separadas por pasadisos angostos, y hay baluartes a 24 me-

tros de cada ángulo del recinto exterior en forma de rombos que flanquean completamente las cortinas laterales.

En un cerro escarpado equidistante entre sí de un modo igual que da hacia el mar y frente a la anterior ruina, se ven hasta hoy tres cercas semi-circulares que parece que hubieran sido las cárceles del Chimú, y se supone que desde la cima se precipitaba al mar a los criminales a quienes se quería decapitar como pasaba en el rodadero del Cusco, y en la roca tarpeya de Grecia.

He aquí la nómina de los hijos ilustres de la provincia de Chancay, a través del tiempo: doña Ana Carreño y Azañero, esposa que fue de don Diego de Loza Bravo de Lagunas, que fundó en Huaura un Hospital en 1674, con su capilla anexa;

El doctor don Juan de Castañeda Velásquez de Salazar, Obispo que fué de la Diócesis del Cusco en 1749. Murió en 22 de febrero de 1762.

Antonio Salinas, Benito Argüelles, Pedro y Bernardo Sayán, Domingo Laos, Enrique Canaval, Manuel y Pablo Tello, Dr. Alejandro Saco, Benito Baldeavellano, Lucas Ausejo, Vicente Jiménez, Daniel Valega, Francisco García, Pedro Baciones.

Don Juan Genis Terán, de Huaura.

El padre jesuita Miguel Garrido, de Huaura.

El licenciado José Oregón y Aparicio.

Los Elguera (que fueron cinco hermanos nombrados: don Ceferino, don Buenaventura, don Pedro, don Manuel y don Juan Ignacio Elguera); el primero de ellos en 1873 fué el empresario del ferrocarril particular de Chancay a la hacienda de Palpa.

Don Buenaventura Elguera y Fonseca, nació el 14 de julio de 1818, diputado a Congreso que fué de la Provincia de Chancay y presidente del Concejo Departamental de Lima.

Don Juan Ignacio Elguera, que en 1877 fué director de la Sociedad de Beneficencia Pública de Lima y en agosto de 1878 murió en esta ciudad habiendo sido senador y ministro de estado varias veces.

Don José Angulo, guerrillero chancayano, que durante el bienio de 1819 a 1821, prestó al general San Martín importantes servicios entre Huaura, el Huayto y Supe; y don Pedro Narvaez, denodado patriota.

El doctor José Faustino Sánchez Carrón, que retiróse de Lima en 1822 y fué a vivir a Sayán, en demanda de paz, de salud y de

tranquilidad, de que tanto había menester por aquel entonces, permaneciendo allí más de cuatro meses y dirigiendo a Lima sus famosas cartas políticas a los principales hombres públicos de ese período, las que vieron la luz pública, autorizadas con la firma de "El Solitario de Sayán," allí dicho político murió envenenado en 1825.

La centenaria Ramona Quinechi que conoció al Protector San Martín y que fué muy amiga y tocaya del gran mariscal Ramón Castilla, de quienes hacia frecuentes referencias, con cariño y reconocimiento, por el buen trato que ambos personajes siempre le dieron.

El doctor don Francisco Rosas, distinguido político, médico y diplomático, fundador del partido civil y candidato que fué a la presidencia de la república, en dos oportunidades diferentes; Rector de la Universidad de 1891 a 1895 y decano de la Facultad de Medicina de 1895 a 1899, que murió en Dakar (Costa de Africa, en 1899) cuando regresaba de Europa, del desempeño de una comisión fiscal. Nació en Sayán el 2 de abril de 1827, según unos, y en la misma fecha de 1829, según otros.

El doctor Matías Silva, de Supe y su hermano Don Remigio.—ambos patriotas eminentes y prestigiosos.

El coronel don Pedro Portillo, Prefecto que fué de varios departamentos, entre otros de Ayacucho y Loreto y Madre de Dios, Ministro de Estado en cuatro oportunidades diferentes, Senador de la república y explorador de los ríos Madre de Dios, Apurímac y del Oriente peruano, que murió en Lima el 15 de junio de 1916.

El doctor don Manuel Tovar y Chamorro, redactor que fué del diario religioso "La Sociedad" en 1876, hombre de letras, insigne teólogo, político eminente y Arzobispo de Lima: nació en Sayán el 20 de mayo de 1844; habiendo sido Ministro de Estado y uno de los miembros de la Junta de Gobierno que se constituyó el 2 de diciembre de 1885. Murió en Tarma el 25 de mayo de 1907, a los 63 años de edad.

El doctor Emiliano A. Carvallo, distinguido abogado y prefecto que fué de varios departamentos y entre otros de los de Junín y Lambayeque. Nació en Huacho el 6 de diciembre de 1851 y murió en Puno, como vocal de esa Corte Superior, el 18 de setiembre de 1895 a los 44 años de edad.

El doctor don Martín Dulanto, distinguido médico, catedrático y hombre público, diputado por Lima en 1883 y ministro de Justicia

en 1885: prestó sus servicios en las ambulancias en 1881 y murió en Lima, en 1896.

Don Antonio Salinas, alcalde que fué de este Concejo Provincial en 1866, Senador por Lima en 1869 y Presidente de la Cámara de Senadores un año después.

Don Carlos A. Valcárcel, de Pativilca, abogado y ex juez de Bajo Amazonas.

La doctora Laura E. Rodríguez Dulanto, que nació en Supe, el 18 de octubre de 1875, y murió en Lima a fines de 1919, a los 44 años de edad y quien prestó el juramento de ley para ejercer la profesión de médica y cirujana, el 16 de setiembre de 1900. Ella fué pues, la primera profesional que tuvo el Perú en estas ciencias.

El doctor Francisco Changanauquí, médico y diputado, que ha sido por la referida provincia en varias legislaturas.

El Dr. Francisco Samanamú, distinguido magistrado, y autor de reputadas obras de derecho, antropología y legislación.

El doctor Ricardo Moloche, médico que ha escrito un importante opúsculo sobre los baños de mar y sus condiciones terapéuticas.

Lima, a 8 de marzo de 1920.

Jenaro E. Herrera.

El Dr. Constantino T. Carvallo que nació en Huacho en 1855 y murió en Lima el 10 de marzo de 1920, a los 65 años de edad: se recibió de Médico y Cirujano en 1881.—En 1880 fué nombrado Catedrático adjunto de Anatomía Descriptiva y en 8 de Mayo de 1891, Catedrático titular de mismo ramo, previo concurso; habiendo sido, además, Catedrático de 1897 a 1920.

DEMARCAACION TERRITORIAL

INFORMES DE LA SOCIEDAD GEOGRAFICA

**ELEVANDO A VILLAS DOCE PUEBLOS DEL
DEPARTAMENTO DE PIURA****COMISIÓN DE DEMARCACIÓN**

Señor Presidente de la Sociedad Geográfica :

El proyecto de ley que ha presentado a su Cámara el senador por el Departamento de Piura, señor Edmundo Seminario, promueve, nuevamente, dos problemas de vital importancia para la ordenada marcha administrativa de la República. Estos son: una demarcación territorial hecha sobre la base científica y un nuevo censo general.

Varias veces esta Sociedad ha insistido en que los Poderes públicos llenen ambos vacíos; pues, en la labor diaria de nuestra institución tropezamos constantemente con la carencia de datos precisos y modernos a este respecto, indispensables para emitir los dictámenes que constantemente piden el Congreso, el Gobierno, las instituciones oficiales del país y los centros científicos extranjeros.

Volvemos, pues, a insistir ante el Consejo Directivo, en la conveniencia de gestionar ante el Gobierno la pronta dación de una ley lítico geográfico. Y, respecto a Querocotillo, es villa por ley de 5 de un censo general de la República.

Después de este exordio, pasamos a emitir nuestra opinión sobre el proyecto de ley que ha pasado a la Comisión que suscribe para informe.

Según la ley de 7 de setiembre de 1847, hasta hoy vigente, y de conformidad con el acuerdo tomado por nuestra institución en 1899, se requiere que los centros poblados, para ser elevados a categoría política superior, reúnan ciertas condiciones, siendo las principales el número de habitantes, su grado de instrucción determinado por sus escuelas públicas y el desarrollo de su plano urbano.

Así, para ser elevado un pueblo a la categoría de villa, se exige que tenga por lo menos, 2,000 habitantes y tres o más escuelas, condiciones que llenan los pueblos de:

CHULUCANAS, AMOTAPE, TAMBO GRANDE, LA HUACA, MORROPON, de los considerados en el proyecto de que se trata, por lo que vuestra Comisión es de parecer que prestéis vuestra aprobación al censo, en la nomenclatura geográfica nacional, de los referidos pueblos.

En cuanto a Suyo, Santo Domingo, Chalaco, Tamarindo y Canchaque, opinamos continúen en su categoría de pueblos por no reunir las condiciones ya indicadas, y

Que se eleve a la categoría de pueblos los caseríos de:

Encantada,
Viviate, y
Buenos Aires,

que han alcanzado en los últimos años marcado progreso.

En cuanto a Frías, que se pide su elevación a la categoría de villa, cúmplenos decir que por resolución legislativa de 17 de setiembre de 1870, fué elevado al rango de "ciudad": de manera que considerarlo hoy en la categoría de villa sería rebajarla en su orden político geográfico. Y, respecto a Querotillo, es villa por ley de 5 de febrero de 1875.

Este es el parecer de Vuestra Comisión de Demarcación Territorial, conforme en todo a las leyes vigentes y a las prácticas establecidas por nuestra Sociedad desde hace tiempo.

Salvo mejor acuerdo,

Lima, 15 de noviembre de 1926.

H. Hope Jones.

J. R. Luna.

Aprobado en sesión del 13 de noviembre de 1926.

CREACION DEL DISTRITO DE ANDAMARCA, EN LA PROVINCIA DE JAUJA

SOCIEDAD GEOGRAFICA DE LIMA

Señor Presidente de la Sociedad Geográfica:

Favorecido con la honrosa designación para emitir el informe sobre la creación del distrito de Andamarca, en la provincia de Jauja, proyecto del diputado nacional, señor Dr. O. Francisco Salazar Oyarzábal, cúmpleme manifestar que su aprobación es necesaria, por las razones que paso a exponer:

Primera, el antiguo distrito de Comas es dilatadísimo como pocos en la República, con la circunstancia de estar poblado en forma apreciable; y es tal su extensión que comprende la sección más importante del sugestivo río Mantaro, en su margen izquierda, toda la banda también izquierda del caudaloso río Ene, parte considerable del Perené y toda la margen derecha del Tulumayo, de modo que en sus límites, puede contener varios de los Estados prósperos de Europa, siendo, por lo tanto, inaplazable su división, no sólo en dos sino en cuatro distritos, para constituir, sin desmembración ninguna, una hermosa, extensa y riquísima provincia, como la delineó el suscrito en 1919, lanzando la iniciativa de que la nueva provincia debería denominarse Leguía.

Aún creo que esta entidad provincial es de conveniencia nacional, con títulos mejor fundamentados que los de otras regiones, sin excluir la discutida y en ciernes provincia de Concepción, aprobada solamente en la Cámara de Diputados. No se dude de mi sinceridad, porque me expreso así no obstante ser hijo de aquella ciudad, meritisima, heroica y digna, por muchas credenciales de legítimo valer:

Segunda, existiendo los dos únicos caminos de Racracalla y Canchamalca para ir de Comas a Andamarca y tener el de menor recorrido doce leguas mortales de cuestas y bajadas mortificantes, principalmente la de Churay, desde los más remotos tiempos, ha sido un

problema la administración de justicia, quedándose, en la mayoría de los casos, escarnecidas las leyes y sin garantías efectivas lo ciudadanos de muchos anexos, caseríos y haciendas;

Tercera, la instrucción popular, sola y poderosa palanca para levantar a los pueblos de su postración y el progreso de una portentosa zona del verdadero Dorado, han sido mirados con indiferencia en toda época y por todos los elementos retrógrados de Comas, que han considerado y consideran a Andamarca como un émulo, al que hay empeño en sojuzgar y retrasar;

Cuarta, el comercio y las industrias han tenido en Andamarca un halagüeño despertar, pudiendo yo asegurar que goza de condiciones favorables increíbles, pues tiene concurrendísima feria dominical, tiendas de géneros y abarrotes, con otros renglones de que carecen multitud de capitales de distritos, en las que el viajero no encuentra un grano de azúcar u otro artículo indispensable. Estos detalles los he constatado en las ocasiones en que he visitado dicho pueblo;

Quinta, aboga en favor de proyecto del Dr. Salazar Oyarzábal, el hecho de que el apostólico y santo obispo de Huánuco, Fr. Alfonso María de la Cruz Sardinas, de feliz memoria, separó Andamarca del curato de Comas, para formar la parroquia de que es actualmente cabeza: y de este remarcable suceso hace ya al rededor de 30 años; y

Sexta, la creación del distrito tantas veces nombrado, no irroga perjuicio alguno a ninguna colectividad ni particulares intereses, antes bien, será obra de aliento, clarinada de un hermoso porvenir para una comarca proverbial de nuestro incomparable oriente amazónico. Los linderos consignados en el proyecto son exactos y admisibles.

Por lo expuesto, soy de parecer que la ilustre Sociedad Geográfica de Lima, institución prócer de que es Ud. digno presidente, se declare en pro de los justificados ideales y nobles aspiraciones de Andamarca, al que me tomo la libertad de llamar la estrella del centro que iluminará los inmensos y opulentos bosques del fabuloso Pangoa. Es cuanto digo, en obsequio a la verdad.

Lima, 13 de noviembre de 1926.

Domingo Verástegui.

El Congreso, Considerando :

Que el pueblo de Andamarca de la Provincia de Jauja ha adquirido gran desarrollo recientemente por su población, comercio e industrias, siendo sus relaciones con los pueblos vecinos cada vez más estrechas ; y

Que para su mejor administración es conveniente separarlo del distrito de Comas al que pertenece constituyéndolo en distrito aparte, como es el anhelo de sus habitantes ;

Ha dado la ley siguiente :

Artículo 1º—Sepárase del distrito de Comas el pueblo de Andamarca, el que constituirá uno nuevo con los pueblos de Matapa, Pucacocha, Punca, Andamayo y Andamarca, que será la capital ; con los caseríos de Churay, Tambo, Llama, Socos, Huánuco, Montehuasi, Huancamachay, San Miguel, Jutunhuasi, Jampato, Chilia, Aluhanya y sus comprensiones ; las haciendas ganaderas Callanca, Jampato y los caseríos de montaña Apalla, Pampa Hermosa, Satipo y Pangoa.

Artículo 2º—Los límites del nuevo distrito de Andamarca serán los siguientes : por el norte, las montañas de Pangoa y Satipo ; por el este, el distrito de Acobamba, de la provincia de Huancayo, siguiendo la línea siguiente de demarcación, desde el río Palia hasta los nevados de Santa Teresa, siguiendo el río Puya, desde estos nevados hasta el río Andamarca por el río Calluamayo y desde la boca de este río hasta Tingo Chupa, por el río Andamarca ; por el sur, el mismo distrito de Acobamba ; por el oeste, el distrito de Comas desde Puntovado a los nevados de Chuicon, siguiendo la cumbre divisoria de las aguas que bajan al río Chilia de Andamarca y al río Conchupalca, de Comas ; de los nevados de Chuicon a Tambosinga de Runatullo pampa, por la cumbre divisoria de las aguas que bajan al río Achayacu de Andamarca y al río Chuicon de Comas ; de Tambosinga a las cumbres de Ancayo siguiendo la cumbre divisoria de las aguas que bajan por el lado de Andamarca a los ríos Asapata, Atac y Pampa Hermosa, y por el lado de Comas a los ríos Punatullo y Comas.

Artículo 3º—El distrito de Comas seguirá como distrito con los demás pueblos, caseríos y haciendas que actualmente lo constituyen.

Dada, etc.

Lima, 4 de octubre de 1926.

F. Salazar Oyarzábal.

**INFORME EN EL PROYECTO DE LEY CREANDO EL
DISTRITO DE PUENTE PIEDRA EN LA
PROVINCIA DE LIMA**

El Congreso, etc.

Considerando que el caserío de Puente Piedra es un centro comercial y agrícola de importancia y está provisto de todos los elementos de progreso que ha menester una capital de distrito:

Ha dado la ley siguiente:

Artículo 1º—Créase el distrito de Puente Piedra, en la provincia de Lima.

Artículo 2º—La capital del nuevo distrito será el caserío de Puente Piedra.

Artículo 3º—Los límites de ese distrito serán los que actualmente tiene el mencionado caserío.

Publíquese, etc.

Huancavelica, 10 de junio de 1926.

SOCIEDAD GEOGRAFICA DE LIMA

Señor Presidente de la Sociedad Geográfica:

S. P.:

Cumpliendo el grato encargo de la Sociedad Geográfica de emitir informe en nombre de la Comisión de demarcación territorial sobre el proyecto de ley que crea el distrito de Puente de Piedra en la

provincia de Lima, me constituí en dicho distrito para apreciar mejor su situación y condiciones, juzgando así tener mayores bases de acierto.

Puente Piedra es una sección del valle de Carabayllo donde todo respira progreso y bienestar, de manera que los fundamentos del proyecto presentado y que dicen "es un centro comercial y agrícola de importancia y está provisto de todos los elementos de progreso que ha menester una capital de distrito", son muy ciertos.

Históricamente, la región lleva el nombre actual, porque pasando por su territorio el camino real a Chancay existía en lo que es hoy, justamente terrenos de la estación del F. C. un gran pedrón pasando por encima del cual se cruzaba las aguas y se tomaba el camino al otro lado. Toda la región esta, con sus prósperas y hermosas haciendas, se sabe que fué campo de encuentros frecuentes entre las avanzadas de San Martín que trataban de ocupar Lima y las de Pezuela que lo impedían.

Hoy los inmensos potreros de pastos han sido convertidos en campos valiosos de azúcar y algodón. Por todas partes se ve terraplenes de líneas férreas para el transporte de caña y hasta para el arado no se usa casi yuntas sino tractores. Y lo que más me ha llamado la atención es que mientras los moradores de Puente de Piedra hacen salubres y productivas sus tierras, antes mortíferos cenegales, los habitantes de Carabayllo la capital del distrito vecino, han quedado en la miseria y sin nada por haber vendido su patrimonio, las tierras que heredaran, a las grandes haciendas.

Así Carabayllo puede ser comparado de la manera siguiente. Ha cuadrados de área cultivable, con sus 500,000 litros de producción de 200. Carabayllo cuenta con sólo 250 habitantes, y sólo el pueblo de Puente de Piedra tiene 1,300. Otros 700 más integran este distrito.

Seis de las 6 haciendas del valle de Carabayllo quedarían dentro de Puente de Piedra. Y el valle todo con sus 6,210 kilómetros cuadrados de área cultivable, con sus 500,000 litros de producción de alcohol y sus 5,035 hectáreas de caña que producen 182,200 toneladas de azúcar al año, dan a Puente de Piedra toda la actividad, todo el movimiento comercial, el entusiasmo, la vida y la holgura consiguientes, que se ve, y que prometen hacerse mayor una vez que definida la condición de distrito puedan los habitantes hacer fincas valiosas en buen número, como ha comenzado a hacerse.

La capital del distrito posee colegios, teatro, buenas bodegas, botica, capilla, una hacienda contigua El Ingenio que está ya unida con la población, una comisaría servida por la nueva policía, varios restaurants, clubs de tiro, campos oficiales de foot-ball, mercado bien surtido, una amplia plaza principal con glorieta, servicio de alumbrado, etc.

La capital del distrito cuenta con el paso del F. C. a Ancón y Huacho, con el camino al interior de Canta y con otro a su costa de Ventanilla. Además, hoy los habitantes de Puente Piedra con esfuerzo y fé dignos de encomio, tratan de irrigar al otro lado de sus cerros una hermosa pampa, y tiene el distrito además otras que ya están siendo irrigadas a las cercanías del mar de Ventanilla.

Puente de Piedra dista 22 kilómetros de Lima, 20 kilómetros de Trapiche, 35 de Yangas, 95 de Canta, 5 del mar de Ventanilla, lugar de baños y pesca abundante y 4 de Carabayllo.

Hay en Puente de Piedra un saldo de crecimiento de su población, del ocho por ciento, lo que revela que no obstante la insalubridad del clima del valle, debido a la clase de cultivo y a lo desatendido en cuanto a saneamiento, como todos los valles del Perú y a lo que no hay derecho ya en estos años, el distrito es de los menos enfermizos de la costa.

El río de Carabayllo o Chillón que sería el lindero sur del distrito de Puente Piedra tiene su boca a siete millas al N. del Rímac. Todo el distrito desde los linderos de su hacienda Pampa Libre al Este hasta el mar por el Oeste y desde el referido río por el Sur hasta los linderos septentrionales de la hacienda El Ingenio, por el Norte, está cruzado de caminos. Frente a Ventanilla pueden fondear buques y es el mejor lugar que se puede tener cerca y al mismo tiempo lejos del Callao y de Lima para almacenaje y desembarque de explosivos, a fin de repartirlos para el interior de las provincias de Lima, Huancavelica, Ayacucho y Huánuco. Ventanilla como se sabe es lugar abundante y famoso en pesca de corbinillas, robalillos, pejegallos, bagres, rayas, tollos, lisas, lornas y sobre todo cocos. Las salinas de Ventanilla sobre una playa pedregosa están arriba del gracia de la playa y son alimentadas en las grandes mareas en que la mar rebalsa sobre aquel. Luego viene la concentración de las sales.

En resumen el articulado de la ley debe ser el siguiente:

Artículo 1º—Créase el distrito de Puente Piedra en la provincia de Lima.

Artículo 2º—La capital del nuevo distrito será el pueblo de Puente Piedra.

Artículo 3º—Los límites del distrito serán en una línea sinuosa Oeste-Este desde el mar por el pié del cerro o lamas Papas hasta encontrar el camino de Puente Piedra a Ventanilla; este camino hasta encontrar la línea del ferrocarril; luego los linderos de expropiación al encuentro de los setentrionales de El Ingenio y por el Norte del cerro Choque y los linderos Norte de la hacienda Pampa Libre con lo que se sale al encuentro del río de Chillón o de Carabayllo, hasta el mar.

Adjunto se servirá Ud. encontrar en papel tela un planito del distrito de Puente Piedra.

Dios guarde a Ud. S. P.

(Fdo.)—Germán Stiglich.

Aprobado en sesión de 30 de octubre de 1926.

**ANEXION A LA PROVINCIA DE LIMA DE LOS DISTRITOS
DE SAN ANTONIO, CHILCA, FLORES Y CALANGO,
DE LA DE CAÑETE**

Los diputados que suscriben, presentan a la consideración de su Cámara el presente proyecto de ley:

El Congreso considerando que es un deber de los poderes públicos, remediar los inconvenientes que se oponen al desarrollo de los pueblos;

Que hay serias dificultades de comunicación entre los pueblos de Chilca, San Antonio, Flores y Calango, con la capital de la provincia de Cañete, a cuya jurisdicción política pertenecen; dificultades que se hacen más sensibles al tratarse de la administración de justicia; y

Que los citados pueblos han orientado desde hace mucho tiempo su actividad comercial e industrial hacia Lima, ciudad con la que están en fácil, rápida y constante comunicación;

Ha dado la ley siguiente:

Artículo 1º—Anéxase a la provincia de Lima los distritos de Chilca, Flores, San Antonio y Calango, que pertenecían a la jurisdicción política de San Vicente de Cañete.

Artículo 2º—Señálase como límite de la zona anexada, el curso del río Mala, desde la frontera de la provincia de Yauyos hasta su desembocadura en el mar.

Dada en Lima, etc.

(Fdo.)—A. Ulloa — Clemente Palma — E. Devéscovi.

SOCIEDAD GEOGRAFICA DE LIMA

Señor Presidente de la Sociedad Geográfica:

Los diputados por la provincia de Lima, señores Ulloa, Palma y Devéscovi han presentado a la consideración de su Cámara, un proyecto de ley en virtud del cual y en razón de las consideraciones que expresan, proponen la anexión a la provincia que representan, de los distritos de Chilca, Flores, San Antonio y Calanog, situados al norte del río Mala y que forman parte en la actualidad de la provincia de Cañete.

Dada la especial situación en que se encuentran los cuatro distritos enumerados, así como las diversas circunstancias que les afectan, las mismas que han sido debidamente tomadas en consideración por los referidos señores Diputados, vuestra Comisión estima ser conveniente a los intereses nacionales amparar la iniciativa de que se trata por el simple hecho de que ella responde, geográfica, social y políticamente a las necesidades de esos lugares, y en consecuencia cree que merecen ser aprobados en toda su extensión los dos artículos propuestos en el mencionado proyecto de ley.

Salvo más acertado parecer.

Lima, octubre 11 de 1926.

(Fdo.)—Luis de Izcue.

ANEXANDO EL DISTRITO DE JULCAMARCA AL DEPARTAMENTO DE AYACUCHO

Lima, 4 de enero 1927.

Señor Presidenté de la Sociedad Geográfica:

En el expediente incluso, iniciado por los habitantes del distrito de Julcamarca, provinca de Angaraes, pidiendo la anexión de su circunscripción territorial a la provincia de Huamanga, debo decir, a nombre de la Comisión de demarcación territorial de la Sociedad, lo siguiente:

Cuando se inició este expediente corría el año de 1919 es decir que han transcurrido siete años largos. En este intervalo el departamento de Huancavelica ha progresado muchísimo; proporcionalmente más que Ayacucho, pues aquel tiene el ferrocarril en la capital y los buenos caminos no escasean.

Posiblemente todo esto han visto los habitantes de Julcamarca y esperan ver aún mayores progresos en su departamento naciendo de ahí el silencio que por ahora guardan en no agitar el asunto de la separación de Huancavelica.

Por otra parte, con la prolongación del ferrocarril a Ayacucho van a estar los habitantes de Julcamarca cada vez más predispuestos a acercarse a Lima. No preferirían por cierto tender a incorporarse a una provincia más alejada de la capital de la república, centro de máxima justicia y máximos progresos.

Las razones geográficas, morales y de justicia que invocan los habitantes de Julcamarca en su vehemencia de ahora siete años, para incorporarse a Ayacucho no son tan ciertas como las estampan en la solicitud. Tanto en las distancias como en el pretendido plano hay desfiguración de la verdad, porque contemplan la faz del plano en que se colocan.

Como no hay, por consiguiente, razón de peso en la actualidad para que la Sociedad Geográfica ampare un deseo que fue y que no es ni puede ser ya, se debe a juicio del suscrito, desestimar tal separación de Julcamarca en la seguridad de que se hace un bien a este

distrito, dejándolo como ha estado siempre en la provincia de Angaraes y no consintiendo en una separación que desfiguraría sin motivo la conformación de dos departamentos en viva evolución de progreso.

Dios guarde a Ud.

Germán Stiglich.

Aprobado en sesión de 8 de enero de 1927.

TRASLADANDO EL PUEBLO DE LUCMA A LAS PAMPAS DE SUCHIPE (PROVINCIA DE OTUSCO)

Señor Presidente de la Sociedad Geográfica:

Dando cumplimiento al decreto de 2 de noviembre del año pasado, relativo a la derogatoria de la ley 4124 que dispone la traslación del pueblo de Lucma, capital del distrito de su nombre, en la provincia de Otusco, a las pampas de Suchipe, el que suscribe comisionado para emitir el correspondiente dictamen, se pronuncia por la derogatoria de dicha ley, fundándose en las razones siguientes:

1º—Porque no obstante los siete años transcurridos desde la promulgación de la citada ley y de las torrenciales lluvias de 1924, que produjeron tantos estragos en la costa y falda occidental de la cordillera, donde está ubicado el pueblo de Lucma, no se ha producido la destrucción de este pueblo, cuya presunción se tomó como fundamento o considerando de la ley 4124.

2º—Porque los desperfectos, pérdidas de nivel y rajadura de las paredes que se produjeron en algunas casas de los extramuros del pueblo de Lucma, como consecuencia del resbalamiento de una parte del piso, han quedado estacionarios sin que se hayan propagado al resto de la población.

3º—Porque las pampas de Suchipe, que conoce el suscrito, se prestan para campos de cultivo, pero no para establecer en ellas una población, pues hallándose en la confluencia de los ríos Simbron y Huancay, que con otros afluentes forman el río Chicama, tienen clima cálido y en ellas grava el paludismo.

4º—Porque aún en el caso de que se estableciera otra población en Suchipe, los propietarios del pueblo de Lucma, no abandonarían las casas y propiedades que allí tienen.

5º—Porque los trabajos de irrigación no terminados que se han ejecutado en Suchipe, no obstante el dinero invertido, dejan mucho que desear.

6º—Porque el establecimiento de una población en Suchipe será tan costosa, que el Erario Nacional no está en condiciones de afrontarla.

7º—Porque las sumas que aún no se han invertido en Suchipe tendrán mejor aplicación en la instalación de agua potable en Otusco y Lucma y en las de luz eléctrica de Otusco y Usquil.

Tal es la opinión del suscrito. Salvo mejor acuerdo.

Lima, 3 de enero de 1927.

F. Málaga Santolalla.

Aprobado en sesión de 8 de enero de 1927.

CREACION DEL DISTRITO DE IGUAIN, EN LA PROVINCIA HUANTA

Comisión de Demarcación Territorial

Señor Presidente de la Sociedad Geográfica.

Se ha pedido informe a la Sociedad de su digna presidencia, sobre el proyecto de creación del distrito de Iguain en la provincia de Huanta, del departamento de Ayacucho. La provincia de Huanta

tiene un distrito de enorme extensión territorial denominado Huamanguilla, que se extiende hasta las márgenes del gran río Apurímac, comprendiendo las montañas de Ayna, Sana, Simariva, Ccarapo y otros muchos caseríos. Este vasto distrito se divide en dos, según el proyecto de ley q' origina este dictamen; de suerte q' el nuevo distrito de Iguain, comprenderá los anexos o caseríos denominados Huayhuas, Pautacc, Chihua, Paraccay, Alpa Orconna, Uchuraccay y Orcóhuasi; siendo sus límites: por el N. el riachuelo de Huayhuas, por el S. y O. la quebrada de Ayahuarcuna; y por el E. las cumbres de la cordillera oriental; quedando el distrito de Huamanguilla con los siguientes anexos: Ccarapo, Ayna, Sana, Montehuasi, Gloriapata, Simariva, Chihuillo, Chupan, Tanapampa, La Vega, Cangari, Alcohuilla, Huarri, Huayllapampa, Pongora, Pacaicasa, teniendo por capital el pueblo de Huamanguilla.

Esta división es conveniente en concepto de vuestra comisión de Demarcación Territorial, no sólo porque así será más eficiente la acción de las autoridades distritales, sino porque es conveniente estimular a los pueblos elevándolos de categoría, cuando se esfuerzan en adquirir creciente desarrollo; y para mayor claridad de este informe el suscrito acompaña un mapa de Huanta, trazado por el cartógrafo de la institución, en que se destaca el proyectado distrito de Iguain, con toda claridad.

En virtud de este proyecto no se modifica en lo menor la ley No. 4919 de 7 de diciembre de 1921, la que queda en todo su vigor, como ley que señala con claridad los límites de la provincia de Huanta.

Lima, 7 de octubre de 1926.

Neptalí Pérez Velásquez.

CREACION DEL DISTRITO DE AQUIJES, EN LA PROVINCIA DE ICA

Señor Presidente de la Sociedad Geográfica:

Vuestra Comisión ha estudiado con detenimiento los documentos que forman parte del expediente materia de este informe, promovido en la Cámara de Senadores con el objeto de que se cree el distrito Los Aquijes, en la provincia de Ica.

Del tenor del memorial presentado por los naturales y vecinos del mencionado pueblo y del proyecto de ley que recomienda la creación del distrito de Los Aquijes, surge la evidencia de que es conveniente, desde los puntos de vista político y administrativo, subdividir la extensa área que actualmente corresponde al Distrito de Pueblo Nuevo para formar el de los Los Aquijes, que tendrá como capital el pueblo de este nombre.

Pueblo Nuevo es uno de los más extensos distritos de la Provincia de Ica, al extremo de que la acción de las autoridades políticas y judiciales no se deja sentir con eficacia en sus más apartadas localidades, resintiéndose por este motivo la buena marcha de la administración distrital.

Para subsanar dicho inconveniente que en la práctica ha demostrado ser perjudicial para el progreso de la región comprendida en el proyecto que tenemos a la vista, se tiene propuesto subdividir Pueblo Nuevo para crear con algunas de sus actuales poblaciones el de Los Aquijes, aprovechándose la circunstancia de que este pueblo ha adquirido notable desarrollo en los últimos años hasta el punto de que bien puede servir de base a una circunscripción política independiente de Pueblo Nuevo.

Por los datos que existen en el Archivo de la Sociedad, se ve que Los Aquijes es un centro urbano y comercial de relativa consideración. Sus pobladores se estiman en 1,000, cifra que por si sola está revelando la importancia del lugar, y que justifica su ascensión al rango de capital de distrito. Posee en la actualidad tres iglesias, seis escuelas, de las cuales una es mixta y otra de varones; una fábrica de elaborar vinos y aguardientes de que abastece a los pueblos veci

nos y servicio telefónico que le pone en contacto con la ciudad de Ica y puerto de Pisco.

Entre las principales industrias radicadas en Los Aquijes, debe mencionarse la de tejidos de sombreros de hilo que tienen muy buena aceptación en los departamentos de Ayacucho, Huancavelica, Ica y Lima; y la fabricación de vasijas de barro de excelente calidad. La contribución que pagan los vecinos de Los Aquijes, asciende a 240 soles al año, suma más o menos semejante a la que abona cualesquiera de las otras capitales de distrito, en la misma provincia.

La agricultura se encuentra bastante desarrollada en la zona que formará el nuevo distrito. De preferencia se cultiva algodón y en menor escala vid y artículos de pan llevar. Exporta también frutas en gran cantidad.

Otra industria que tiende a prosperar en Los Aquijes a impulso de los caminos que se construyen es la de transportes. Puede decirse que en la fecha todos los pueblos comprendidos en el presente proyecto están unidos mediante un servicio regular de tráfico servido por automóviles de los que seis están entregados al público, con capacidad para 30 pasajeros cada uno, los mismos que realizan viajes al día de Los Aquijes a Sunampe, Arenal, Pariña Chico, etc.

En cuanto a los habitantes que lo serán del nuevo distrito creemos de justicia declarar que son elementos eficientes de trabajo y progreso. Trabajan la tierra sin descuidar sus obligaciones para con el país; lo que se ha comprobado con motivo de la ley de conscripción vial, cumplida estrictamente en Los Aquijes y lugares vecinos, con absoluta espontaneidad de parte de sus habitantes y sin que sea necesario el requerimiento de las autoridades locales. A esto débese que Los Aquijes posea una buena carretera que lo vincula a la ciudad de Ica, y a que pronto cuente con algunas otras vías modernas de comunicación.

Por todas estas razones, los vecinos de Los Aquijes, y demás pueblos consignados en el proyecto respectivo, creen tener derecho a solicitar de los Poderes públicos la creación del distrito de ese nombre. Los mismo opinan las autoridades políticas de la provincia de Ica, entre éstas el Subprefecto, quien en informe que corre en el presente expediente declara que: "en Los Aquijes hay una numerosa población adulta y escolar que puede calcularse la primera en más de 2,500 habitantes, y la segunda en más de 600 alumnos"; que "ad-

ministrativamente, por la gran extensión que actualmente tiene el distrito de Pueblo Nuevo, es de todo punto imposible que un solo Concejo Municipal pueda atender a las necesidades comunales y en idéntica circunstancia está la administración política, pues el gobernador del citado distrito tampoco puede ejercer su vigilancia con grave perjuicio de las garantías individuales a que tienen derecho", y que, en fin "es procedente la creación del distrito de Los Aquijes".

Uniformes pues las opiniones de las autoridades locales y del vecindario de Los Aquijes, Huamanguilla, Tallamana, Carganto, Sunampe, Arenal, Jauranga, Piscontes y Pariña Chico, que deberán formar el distrito que se proyecta, sólo queda señalar sus linderos: por el Norte, con las haciendas de La Rivera, Las Mercedes, Santa Polonia y los cerros nombrados De Guerra, promediando el camino real que va a la provincia de Ica; por el Sur, con los caminos que van al distrito de Pueblo Nuevo; por el Este, con línea de campos que lo separa y por el Oeste, con el río de Ica.

Vuestra Comisión es de sentir que la Sociedad Geográfica, teniendo en cuenta las múltiples circunstancias que favorecen el proyecto materia de este informe, debe recomendar a las Cámaras Legislativas la creación del mencionado Distrito de Los Aquijes. Salvo mejor parecer.

Lima, 26 de agosto de 1926.

S. E. Llona.

INFORME SOBRE EL PROYECTO DE LEY CREANDO EL DISTRITO DE RAIMONDI, EN TUMBES

Señor Presidente de la Sociedad Geográfica:

Absolviendo el informe que se ha servido Ud. pedirme en el presente expediente sobre creación del distrito de Raimondi, en la provincia litoral de Tumbes, debo manifestar:

1º—Que después de haber visitado últimamente la región citada como Director del Servicio Geográfico, con ocasión de los trabajos de levantamiento de la Carta Nacional, que actualmente efectua-

mos, he podido constatar la conveniencia de que en Puerto Pizarro, por razón de su condición limítrofe hayan permanentemente autoridades de mayor jerarquía e instituciones representativas; todo lo que abona la idea de constituir el distrito que se proyecta con Puerto Pizarro como capital;

2º.—Tengo el honor de someter a consideración una ligera variación en los límites propuestos, que podrían señalarse como sigue: partiendo del Océano Pacífico principiarán, por el norte, en la boca del Alamo, siguiendo por el este al sur de la isla de Malpelo, por el estero al sur del caserío de Cucaracha Nueva, el río Tumbes, hasta encontrar el Estero de Juan Venturo, este estero continuando luego, por el de la Ramada, de allí una línea al sur del caserío Cardenal. De este punto continúa por la línea de variación de pendientes, hasta la lagunita La Mariposa, continuando por el estero de Algarrobillo, hasta el de Zarumilla; parte del Estero de Zarumilla, entre Puerto Salto y la isla de Matapalo. El Estero que bordea la isla de Matapalo continuando hasta encontrar la frontera con el Ecuador. Se seguirá la frontera con el Ecuador hasta el Océano Pacífico.

Esta demarcación conserva las superficies territoriales señaladas en el proyecto, y en lo único que difiere es en que los límites quedan fijados por líneas naturales.

Acompaño el croquis correspondiente a 120,000.

Dejo así cumplido el encargo de Ud.

José A. Vallejo

IMPRESIONES DE UNA EXCURSION POR LA MONTAÑA DE CHANCHAMAYO Y DE UN VIAJE AEREO A IQUITOS

Lima-La Oroya. — Oroya-Tarma. — Tarma-Chalhuapuquio. — Hospitalidad montañesa.

El afán y la curiosidad periodísticas suelen llevar a los hombres que al pícaro oficio nos dedicamos, por distintos caminos. Caminos de la vida, que vistos de lejos nos parecen peligrosos; pero que, por fortuna vividos podemos considerarlos dentro de la fantasía y hasta cierto punto de la réclame — ¡así son los colegas! — periodística.

El cronista ha realizado un viaje por la montaña de Chanchamayo y se ha dado el lujo de llegar a Iquitos—la legendaria y fantástica ciudad situada en el corazón de la montaña del Perú—sirviéndose de la ruta aérea. Y quiere hacer saber a los limeños en particular y en general a los peruanos, que aquello la única importancia que tiene es conocer la tierra de la hospitalidad, de la gentileza, de la bondad y del afecto. Se ha dicho, y ya es casi una frase hecha, que el montañés es el hombre sano de espíritu y franco por excelencia; más aquella franqueza del temperamento y aquella bondad del espíritu hay que vivirlas, como las ha vivido quien estas líneas escribe y quien tiene el propósito de hacerlas públicas y de hacerlas conocer por el Perú entero.

Por ello, queremos pergeñar estas crónicas, presa de la inolvidable emoción del recuerdo. Viviendo aquella vida de la selva, nos hemos vinculado íntimamente a ella, porque allí no hay sino sinceridad y afecto para el viajero, no importa la condición que tenga ni el papel que invista.

Viajando por aquellas feraces, maravillosas regiones, el espíritu se anonada, la imaginación se cohibe y el corazón late a un solo impulso: el de la gratitud para aquellos que tienen la virtud de procurar hacer al viajero la vida más, mucho más agradable de lo que en realidad es.

Viajando por allí, sin prejuicio alguno, sin estar imbuído por las falsas leyendas de la selva, el turista puede desenmascarar a los Tartarinés de la montaña. Está en condiciones de llegar a la capital y de hacer saber que las fieras y los insectos venenosos y los terribles reptiles existen..... en los museos y en los estantes de los coleccionistas.

Viajando por aquellas regiones el espíritu del hombre de la capital se apoca, y le fatan las palabras—como le faltan al cronista—para describir aquellas maravillas casi miliunanochescas.

¡La selva virgen!..... ¡La montaña!..... ¡Los peligros en aquellos lugares!..... Todo aquello quizá si era cierto en el pasado; pero felizmente, en el presente, es casi una fantástica creación. ¿La selva?..... ¡Ah, es maravillosa, es indescriptible!..... ¿La montaña?..... ¡Es sugerente y tentadora: atrae como los ojos, como los labios, como el alma de una mujer.... ¿Los peligros?..... Existen, en verdad; pero no están los mayores en la obra de la naturaleza, quizá si ellos persiguen al viajero en lo hecho por la mano del hombre que está acostumbrado a desafiar todos los peligros, desafía también con una “pose” hasta cierto punto exagerada, a la vida y a la muerte.....

Y así hemos ido, discípulos de Icaro, hasta Iquitos. Decimos “hasta Iquitos”, para desvirtuar luego en el curso de estas crónicas, lo absurdo de la frase. Ya sería pretensión escribir “hasta Iquitos”; ahora habría que decir con toda honradez profesional y patriótica: “A Iquitos”, como lo verán luego nuestros lectores.

Lima-Oroya

El miércoles 6 del mes que hoy concluye—sin la presunción de efectuar record alguno, sí con el deseo de vivir algunos días de nuestra vida en la región de la montaña y en la capital del departamento de Loreto,—salíamos de la estación de Desamparados en el tren de la sierra, rumbo a La Oroya, nuestro punto de llegada, para emprender días después el viaje aéreo a Iquitos. Los amigos y compañeros nos despiden, haciendo sinceros augurios para el buen éxito de nuestro

viaje. Son las 7 y 15 de la mañana cuando pita la locomotora y el tren que sube a las sierras del Perú, las más altas sierras, y tiene la audacia de trepar a la cordillera de los Andes y desafiarla, inicia su marcha a Huancayo.

Ya en el coche salón, el teniente Leonardo Alvarino Herr, el alférez Pedro Alfonso Griva y el cronista, compañeros de viaje, inician la charla. El teniente Alvarino tiene a su cargo la etapa aérea San Ramón-Masisea. El alférez Griva va a entrenarse para turnarse semanalmente con el teniente Alvarino en el mismo recorrido. Los jóvenes y audaces pilotos son de una simpatía extraordinaria. En el tren van haciéndonos chistes. Nos hablan de las fieras, de las víboras, de los imaginarios peligros de la Montaña. En tanto saliendo de Chosica, el tren principia a trepar los altos picachos de los Andes. Pasamos por el túnel de Puruhuay. Llegamos a San Bartolomé y mercamos frutas. Nos detenemos en Surco y adquirimos flores (clásicas y humildes violetas; voluptuosos y enervantes claveles, blancos y rojos). Luego Matucana. Después el almuerzo en el coche comedor, a la subida de Río Blanco. En seguida Casapalca con su penetrante humo azufrado. Horas después Ticlio y el túnel de Galera. Finalmente, La Oroya. El reloj marca las cinco de la tarde. En el curso del viaje se ha leído, se ha charlado, se ha dormido (¡Buenos días, teniente Alvarino!), se ha tomado té y nos hemos peleado por hacer el gasto de la conversación... y del consumo.

Ya en La Oroya, donde nos esperaba un lujoso carro de turismo, puesto a disposición del teniente Alvarino por el señor Luis Priale, nos dispusimos a emprender el camino a Tarma.

Oroya-Tarma.—

A las 5 y 30 de la tarde, poco más o menos, salimos rumbo a Tarma, a donde debíamos llegar, si Dios no disponía otra cosa, a las 7 de la noche, a más tardar. El teniente Alvarino ocupa el asiento del piloto, calza unos guantes de chofer-caballero que ha llevado de Lima, nos instala en el carro junto con las maletas y haciendo vibrar insistente y continuo el claxon emprende la marcha hacia Tarma. Hace frío. Procuramos abrigarnos, más es inútil. El frío se cuela por los huesos y en verdad que nos hace tiritar. El carro cruza la parte de La Oroya Nueva, pasa el puente de La Oroya Vieja, atraviesa una parte

de la antigua población—la primitiva, la verdadera, la auténtica, la que protesta de los mortíferos humos de las cuatro formidables y fantásticas chimeneas que se yerguen como una amenaza de muerte contra la salud de los habitantes—y comienza a trepar camino a Tarma.

Para quien por primera vez hace ese viaje hay emoción y relativo temor. El automóvil, zig-zagueando, sube audaz. Es menester que el timón y los frenos estén en excelentes condiciones, porque la más insignificante maniobra descuidada, puede llevar al abismo el auto y los pasajeros. Y seguimos subiendo, estando veinte o treinta minutos después, en el lugar que se llama "La Cumbre", que, como su nombre lo dice, es el punto más alto del recorrido, cerca de mil pies. De aquí se desciende hacia Tarma, a donde llegamos a las 7 de la noche, sin la mayor novedad, después de pasar por una serie de simpáticas poblaciones, en las que se nota verdadero afán de progreso.

Ya en Tarma, donde somos gentilmente acogidos, nos alojamos en el Hotel Bolívar, en el que pasamos la noche, no sin que antes continúen pretendiendo impresionarnos con las leyendas de la montaña y con los imaginarios peligros que en ella existen.

Tarma-Chalhuapuquio.—

Al día siguiente, 7 de junio, abandonamos muy de mañana el lecho, asistiendo a la misa parroquial y a la procesión del Corpus en Tarma. El pueblo está vestido de fiesta. Por todas partes se han erigido altares y las gentes modestas, vestidas con sus ropas de fiesta, se disponen a acompañar la procesión del Santísimo, que sale de la iglesia parroquial a las 10 de la mañana.

Concluida la procesión, salimos de Tarma a la 1 del día, después de ser exquisitamente atendidos en la casa del teniente Alvariño, rumbo a San Ramón. Como desde el principio, el intrépido aviador conduce el carro por aquel camino.

La salida de Tarma es muy pintoresca. El automóvil va ascendiendo, después de dejar una linda Alameda de Eucaliptus, que dan vista y especial aroma al camino. Haciendo algunas curvas, previa una hora de automóvil, se llega al pueblo de Palca o Palga (Río con islotes), que es el último pueblo de la sierra para llegar a Chanchamayo. "Palga" es su nombre primitivo y aborígen, nombre que fué transformado en "Palca" a fines de 1700 por el Marqués de Mina-Hermosa,

quien, por aquel entonces, ejercía en Tarma cierta autoridad y representación y tuvo a su cargo la campaña contra el famoso Santos Atahualpa, quien, viniendo de las montañas contra los españoles, llegó sólo hasta el lugar que se denomina Matichaca.

De Palca, que es una población de progreso y donde hay buen alumbrado eléctrico, hoteles, etc., continuando la subida a Chanchamayo, se pasa por Yana-mayo (Río Negro), Huaiyamiyoc (Sauce o lugar de sauces), Calpapata (Cumbre escarpada), Ylioyaco (Río de loritos), Mati-chacra (Donde crecen mates), Mala-Alma (donde se cree que hay fieras), Huaca-pistana (Donde se mató una res), Yanango-Yaco (Río Negro), Utuco-Yuco (Río de algodón), Pan de Azúcar, cerro cuya parte alta semeja un terrón de azúcar, Punta Yaco (Primera agua) y finalmente, Chalhuapuquio (Estanque de peces).

Huelga decir que en este recorrido, de más de dos horas de automóvil, el viajero va de sorpresa en sorpresa y de maravilla en maravilla, cuando, saliendo del camino que queda sobre el Río Tarma, llega a Chanchamayo, y el automóvil trepa atrevido y audaz las altas montañas de Chanchamayo. Entonces principia la visión de la selva. Los árboles son enormes. Los arbustos, las plantas tropicales, las variadas flores, las caprichosas trepadoras, se adhieren a las rocas, como protestando de que alguien quiera sacarlas. Y sigue la visión, en tanto el automóvil trepa las montañas. De arriba, de muy arriba, un hilo de plata va formando una cascada que llega a su fin magestuosa e imponente y que, al descender por las peñas, de algunos miles de pies de altura, parece tener un fuerte e irresistible choque de fuerzas con el río, que por abajo sigue su curso, como si no quisiera saber nada de lo que sea extraño al caudal de sus aguas.

El automóvil sigue su marcha, que no puede exceder de 30 o 35 kilómetros. Bordea la montaña; sube una parte y baja para volver a subir. El piloto—hábil tiene que ser el piloto—va con la vista fija en las curvas cerradas, en las protuberancias de la roca sobre las que tiene que trepar, en los peligrosos zig-zags del camino. Y en tanto, el viajero, se maravilla, se abisma, se aturde y se impresiona, porque lleva la muerte en el juego del timón. No es cierto, como han querido hacernos creer los que fantasean, que hay momento en que las ruedas del auto están en el abismo; pero sí es verdad que las vueltas son tan cerradas y atrevidas que hicieron exclamar al inmortal general Mangín

—héroe de la guerra—que “más fácil era ser aviador en Francia que chofer en Chanchamayo”.....

Fuerza es hacer el honrado elogio de quienes trazaron ese camino, maravillosa obra de ingeniería. Hay cortes estupendos, curvas extraordinarias, vueltas sorprendentes. Y en seguida, la visión de la montaña. El panorama que abisma y emociona; que atrae y sugestiona.

Y así, llegamos al paraíso, al final del camino. Son más de las 2 de la tarde. Por telegramas, ya saben nuestro arribo y nos esperan como si fuéramos antiguos conocidos.

Chalhuapuquio.—

Casi al final del camino, después de pasar el lugar denominado “Balconcillo” donde una baranda de cemento defiende al automóvil a la salida de una curva y de admirar el corte “Grau” y los dos túneles hechos en la roca, llegamos a Chalhuapuquio, el paraíso en el camino y la casa de hospitalidad. Es una gran hacienda de caña y café, propiedad del señor Pedro Buraschi, el Nabad de aquellas tierras.

La tarde transcurre deliciosa y sugerente. Después de las 6 salimos rumbo a San Ramón, donde llegamos a los quince minutos de automóvil.

San Ramón. — Una noche en el Campo de Aviación. — La música de la selva. — Volando sobre el Perené. — “Naranjal”. — “El Milagro”. — “San Miguel”. — “Cañaverál”. — “Amable María.”

De la hacienda Chalhuapuquio, después de almuerzo, salimos camino al pueblecito de San Ramón, llegando—como decíamos—a los quince minutos de recorrido en automóvil.

San Ramón.—

San Ramón es una pequeña etapa en el camino cuya principal y única calle, cuya principal y única calle se prolonga desde la entrada

hasta tomar el puente colgante que conduce al campo de aviación. A ambos lados de esta calle, muy bien alumbrada eléctricamente, están los hoteles, el Centro Social, la oficina de correos y telégrafos y los principales comercios. Llegamos de noche, y se nos atiende con verdadera exquisitez. Allí encontramos antiguos amigos limeños y los que nos acaban de presentar, son tan amables como los ya conocidos.

Según unos cronistas el pueblo fué fundado el 7 de diciembre de 1847, siendo presidente del Perú Don Ramón Castilla. En verdad, no fué un pueblo, sino un fuerte el que se construyó con el propósito de detener el avance de los salvajes, que, como en la época del famoso Santos Atahualpa, pretendían avanzar hasta la sierra por Palca o Palga, para arrebatarse a la civilización sus progresos. La ceremonia de bendición del pueblo fué apadrinada por el entonces coronel Pereyra—el extinguido abuelo del ejército a quien aquellas regiones recuerdan con respeto y gratitud;—el coronel Pereyra representó en aquel acto al presidente de la república, bautizando al pueblo con el nombre de “Fuerte de San Ramón”, tanto por la resistencia que los naturales hicieron contra los salvajes hasta vencerles en la hasta ahora denominada “Pampa del Triunfo”—donde está el campo de aviación,—cuanto en recuerdo al mariscal Castilla. El antiguo fuerte, el que dió el nombre del pueblo, fué construído en la confluencia de los ríos Tulu-mayo (Rio de hueso) y Tarma, y de él ya no existe el menor vestigio. “Las torrentosas aguas de estos ríos—dice un moderno cronista del pueblo,—con ímpetu devastador en algunas épocas del año, no han querido dejar ningún vestigio a la posteridad”.

El distrito de San Ramón, en el valle de Chanchamayo (en el original Scansamayo (Rio de brasa), fué creado por Ley de Congreso el 14 de noviembre de 1908. Vale decir que en los veinte años que muy pronto se cumplirán, el pueblo no ha progresado mayormente, ni siquiera con el bueno aunque peligroso camino de automóviles que a él lleva.

El clima es cálido y enervante, como del trópico. Las gentes, si bien es cierto que son amables, no son todo lo acogedoras que en otros lugares. Tal la impresión que en el cronista ha producido el pueblo de San Ramón, cuya tendencia de progreso es evidente y palpable, a tal punto que a iniciativa del actual gobernador, el distinguido caballero limeño señor Enrique Barrios Llosa, se ha establecido una feria do-

minical de productos del lugar que funciona en lo que muy pronto será el hospital de la pequeña población.

Una noche en el Campo de Aviación.—

Dejando las comodidades que nos ofrecen los hospitalarios hacendados de Chahuapuquio, truncando la lección de "bridge" que nos dan la señora Cristina Dyer de Buraschi y las señoritas Rafaela y Flor de María Buraschi, hemos abandonado Chahuapuquio, en compañía del teniente Alvaríño, del alférez Griva y del amigo Bussolino—el más simpático, culto y ocurrente milanés que se puede imaginar—para dirigirnos a San Ramón—donde nos esperaba una comida en el Hotel Raymondi—y luego, muy temprano—¡oh, la inversión de las costumbres capitolinas!—a dormir en el campo de aviación, que, pasando por "La Estrella", casa de la gobernación, queda a medio kilómetro de la población, previo el recorrido del puente colgante, que si no se mece como nos habíamos imaginado, sí se manifiesta crugiendo muy suavemente.

Ya en el campo, (una casa que se concluye, el hangar a lo lejos, el pañol de gasolina más cerca, la cocina y demás lugares domésticos), se nos indica nuestra habitación. En tanto, el teniente Carleton y mientras el jefe de la ruta teniente Alvaríño abre su correspondencia y el alférez Griva toma disposiciones, nos enseña una serie de curiosidades de la montaña; flechas de los campas, con su respectivo arco y carcaj; botes con la clásica pintura de achiote, la "chusma" albas y lindas plumas de garza; hachas primitivas de piedra, baúles y arcas fabricadas con modera de Chanchamayo. Por primera vez en la vida tenemos el deseo de ratear; pero el teniente Carleton, hombre aguzado, quizá si adivina nuestro mal pensamiento, y cierra todo con llave.

A las 9 y 30 nos disponemos a meternos en cama. Antes ha principiado lo que podríamos llamar la música de la montaña: el grillo—no el del hogar que diría Carlos Dickens—inicia su característico chirrido; el sapo su cloceo; los pájaros nocturnos sus raros conciertos y los árboles, ¡hasta los árboles! un sonido raro, al ser mecidos suavemente por el viento. Los zancudos, por fortuna moderados, zumban y giran incesantes a nuestro rededor, felizmente sin asustarnos. Y allá, muy cerca o muy lejos, en los altos y copudos árboles, semejando focos eléctricos, las luciérnagas (cocuyos) que prenden la fosforecencia

de sus alitas y las apagan luego, como si una mano invisible en las ramas cerrara un foco invisible también. (Eso sí, en honor a la verdad y en elogio a la selva, ni el tigre, ni la víbora, ni el chacal, ni el león nos acechan, quizá si para que desmintamos la fantasía tropical de quienes viven el trópico en su calenturienta imaginación.....)

Después de las diez de la noche, arrullados por la música de la selva, somos presa del sueño reparador. Entramos en el reposo. Y vivimos, en el sueño, el recuerdo del viaje y de las emociones del día.

Volando sobre el Perené.—

Al día siguiente, muy temprano, abandonamos el lecho. Son las 7 y 30 de la mañana—lo que vale decir que madrugamos.—Nos pregunta el teniente Alvariño si estamos en disposición de “hacer una pequeña excursión sobre La Merced y el Perené”. ¡Encantados! Es necesario que nos iniciemos.....

En el campo, la Pampa del Triunfo, la máquina está lista. Dos oficiales de mar, hábiles mecánicos, la revisan, ven el tanque, hacen funcionar la hélice, mueven las palancas. Vestimos el traje de vuelo: chompa de cuero, gorro de lo mismo, anteojos revestidos con jebe. Subimos, mejor explicado, trepamos a la máquina. El piloto dicta sus disposiciones. Nos amarran y el sitio inmediato al nuestro lo ocupa un mecánico.....

—¿Ya ?

—¡Listo !

Funciona la hélice precipitadamente. El ruido es ensordecedor. De pronto, se desliza la máquina sobre la tierra. Zapatea y sufrimos una sensación, si no nueva, un tanto perdida en el recuerdo. El avión se eleva, una vez iniciado el “decollage”. Y se eleva más y más. Estamos sobre la tierra. Somos un ave suspendida en el espacio. Al frente la alta, enhiesta, maravillosa montaña. Una serie de cerros, sobre los cuales, por decirlo así, se desliza la vegetación. Esos árboles que parecen pequeños son enormes. ¿Esta es la montaña vista desde la altura ? ¡Nó, es mucho más. Es elevarse a 12,000 pies sobre el nivel de la tierra, ver a ésta muy pequeña e insignificante. Es ir confiado en la pericia de un hombre y en la buena suerte.

El avión, ave mecánica que parece no moverse, avanza rápido. Bordeamos los cerros y los verdes picachos. Dejamos atrás el pueblecito de San Ramón, enfilamos a La Merced. El piloto desciende; baja tanto que el ruido del motor, además de ensordecernos, nos quema la cara. Evolucionamos sobre La Merced y saludamos a los que están abajo, agitando pañuelos que el viento quiere llevarse como debía llevarse la vida los malos pensamientos y los recuerdos ingratos.

Luego, estamos sobre un río. Sabemos que es un río: el Perené. Y evolucionamos, gallarda y magestuosamente, sobre la progresista colonia, donde todo trabajo y toda laboriosidad tiene su asiento. ¿Cómo describirla? Una agrupación de casitas rústicas, de buenos edificios montañoses, caminos que suben y bajan, puentes, ríos, vegetación y vegetación por donde quiera que se dirija la vista.

El piloto nos pasa un papel: "Estamos sobre el Perené", dice el mensaje. Y cuando volvemos la cara a verle, apenas si nos mira enamorado como está, más que de la maravilla de la montaña, de su palanca de cuyo mecanismo pende esta nuestra mísera vida

Han transcurrido veinte minutos. El teniente Alvariño da vuelta y enfila hacia La Merced, dá nuevamente la vuelta a los cerros, llega sobre San Ramón y desciende en la Pampa del Triunfo.

¡Hemos sentido la primera emoción aérea sobre la montaña.

Las haciendas del valle de Chanchamayo.—

En los días que permanecemos en Chanchamayo, tuvimos oportunidad de conocer, mediante gentiles invitaciones, las haciendas de "Naranjal", que semeja un castillo feudal, con el clásico puente, la puerta de entrada y la casa, típica, acogedora y simpática. El señor Leoncio Lanfranco, su propietario; su esposa, la señora Rosa Barrios Llosa de Lanfranco y los señores Enrique y Ernesto Barrios Llosa, nos hacen su huésped y nos colman de halagos y atenciones. Se juega billar. Se preparan "cocktails", porque allí no falta nada, se come espléndidamente y después de una amena charla, en la segunda noche de la montaña, se duerme hasta el día siguiente para pasear a caballo la hacienda y conocer las instalaciones para el trabajo del café y la destilación de la caña de azúcar.

Después sucesivamente, nos invita al "Milagro", propiedad de don Celestino Camacho, generoso anfitrión y hombre que conoce a la

perfección la historia de Chanchamayo, pues hace más de cuarenta años que vive en el valle. En seguida a "San Miguel", gran hacienda en la que se trabaja la caña de azúcar; "Cañaverál", cuyo nombre no necesita explicación y "Amable María", cuya casa está construída en lo alto de la montaña y ofrece al turista una preciosa e inolvidable vista panorámica.

En "Cañaverál", como antes en "Chalhuapuquio" y en "El Milagro", gustamos los riquísimos plátanos y las sabrosas yucas de la montaña, y nos deleitamos con la hospitalidad innata en todos los hacendados del feraz valle de Chanchamayo.

El día de partida en avión.—

Hemos vivido siete inolvidables días en Chanchamayo, siendo huéspedes de Chalhuapuquio, donde se han extremado con nosotros las atenciones a tal punto que no podremos olvidarlas.

Allí, en nuestras noches de la montaña, a veces a la luz de una luna maravillosa en la noche, y en el día siendo víctimas del calor y del sol del trópico, nos hemos enterado de muchas cosas. Allí hemos sabido que entre las cosas notables y los seres animados que viven en la montaña, existe la hormiga llamada "Yana-algo" (Perro negro), de regular tamaño, venenosa a tal punto que enferma y produce durante veinticuatro horas un estado febril, si acaso llega a tocar al individuo. Nos han contado—; no lo olvidó el cronista inteligente Florcita!—que la "Coqui" es otra hormiga muy dañina, que se distingue porque ataca toda planta útil, y capaz de llevar sobre sí un peso diez veces mayor al suyo sin auxilio de ninguna clase; y también supimos, por referencia, de "Cha-cok", la famosa hormiga policial, que no ataca al hombre y sirve para higienizar el hogar, pues persigue impertérrita y tenaz toda clase de bichos. Aparece en incontables regimientos, disciplinados con verdadera y maravillosa táctica militar y llega a sacrificarse por miles a fin de que quienes las siguen pasen de una banda a otra del más largo y caudaloso de los ríos. Es original su forma de dormir, cuando, después de una gran marcha, llega a un lugar. Se construyen una especie de caseta y unas sobre otras se entregan al descanso, cual si levantaran su tienda de campaña. Maravillosamente organizadas, tienen sus vigías, servicio de vigilancia y cuanto puede imaginarse el más hábil de los estrategas del más organizado ejército.

Y en la mañana del miércoles 13 del pasado junio, nos dispone-
mos a salir de San Ramón en avión, rumbo a Masisea. Todo está
dispuesto. Sin embargo, el cielo—este caprichoso cielo de la montaña—
principia a ponerse plomo y ennegrecerse. Impresiona el fotógrafo
de San Ramón las placas que van al pie de estas líneas. Son las 7 y 30
de la mañana. El teniente Alvaríño y el alférez Griva nos apremian.
¡Y el cielo que se va encapotando más y más . . . !

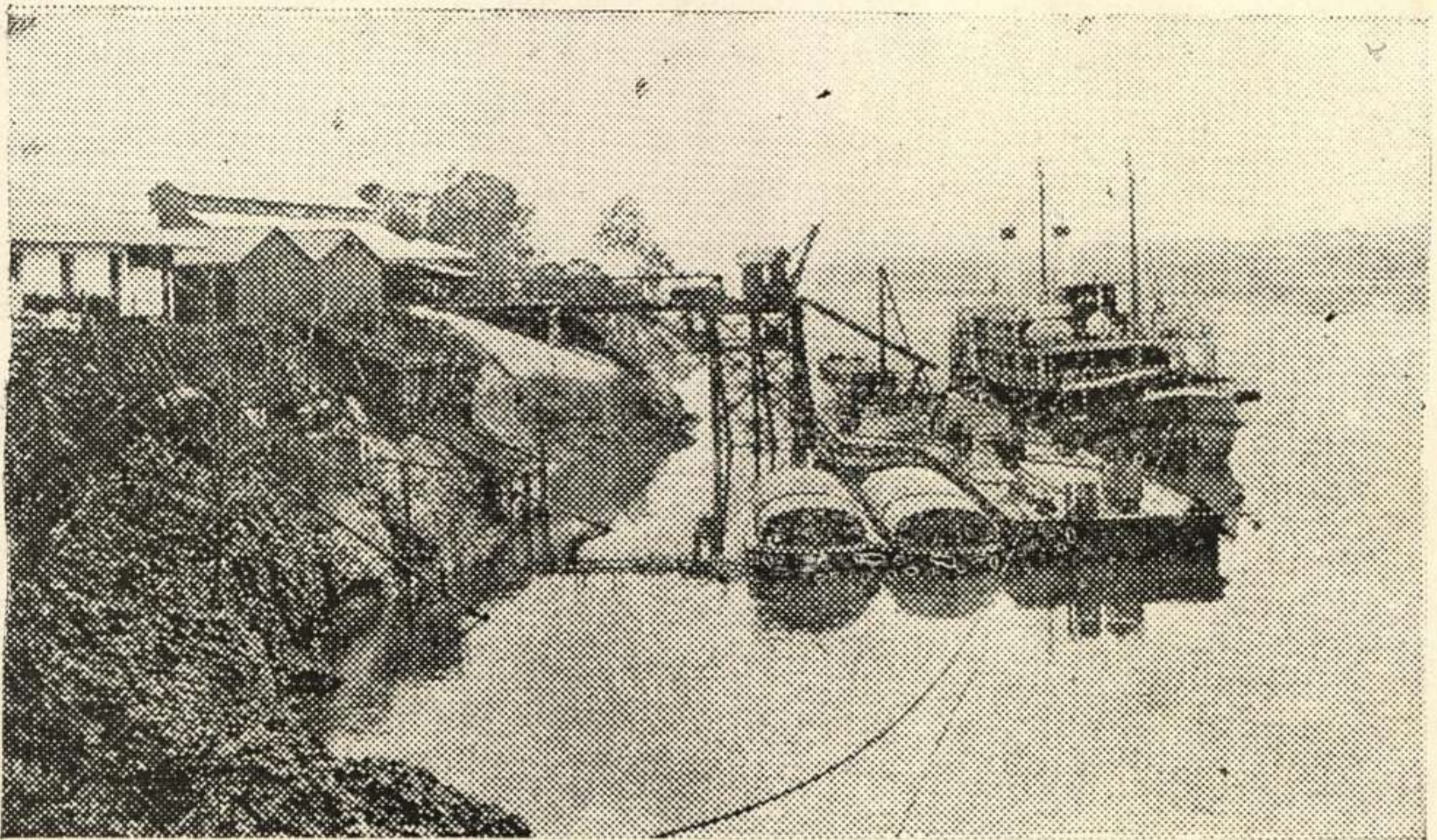
**La impresión del avión en la montaña. — San Ramón-Masisea. — En
plena Selva. — Frente al Ucayali. — Masisea.**

“Como decíamos ayer,” el 13 del pasado junio, día miércoles,
nos dispusimos a salir de San Ramón en viaje aéreo a Masisea, para
cubrir la primera etapa de nuestro viaje a Iquitos.

La impresión del avión en la montaña.—

En la mañana del día de nuestra partida, el señor Arturo Alvari-
ño—simpático y ocurrente conversador—nos habla de la impresión
que los nativos de la montaña experimentaron cuando vieron sobre
su cielo—cruzado antes tan sólo por las aves—el primer aeroplano,
que llegó a fines del pasado año piloteado por el comandante Grow,
uno, y por el teniente Alvaríño, el otro, que fué el primero en llegar
a San Ramón.

Nos dice el oficioso e inteligente cronista, que cuando llegó por
primera vez el avión pilotado por Leo—así llaman familiarmente en
Tarma y Chanchamayo al teniente Alvaríño—las gentes de la sierra
fueron presa de un gran susto, casi de un verdadero temor. Diz que
daban voces pidiendo a sus dioses que se fuera el “Pacha-Juicio” (ave-
mitológica que según su teogonía vendrá al mundo para anunciar en
la sierra el día del Juicio Final), pues, viendo por primera vez la
máquina ingeniada y realizada por el hombre para acortar las distan-
cias, creían que el “Pacha-Juicio” se había presentado sobre el cielo.



Un aspecto del Muelle de la Boath en 1928.



El Parque Central y el Obelisco erigido en memoria de los loretanos muertos en la guerra con Chile.

Después de no poco lapso de tiempo, se les hizo saber a los indios que lo que habían visto en el espacio no era el ave de la leyenda, sino el aeroplano, y se les explicó en quechua—el nativo idioma—la importancia y la aplicación de él. Y a fin de que pudieran entender mejor, se empleó una expresión gráfica: “No tenga miedo, esto es como un automóvil que vuela”.

Y aquí continúa el señor Alvaríño—surge un punto interesante. Este año las cosechas han sido malas, han escaseado las lluvias, llamando la atención lo ocurrido, y los nativos, no sabiendo a qué atribuir este cambio climatérico, creen, casi en su mayoría, que el avión que surca semanalmente el cielo de la sierra y de la montaña, se lleva consigo las nubes, y que por eso no llueve en la sierra como de costumbre, ya que el avión “las arrastra” a Chanchamayo, donde queda el pueblecito de San Ramón, en cuyas afueras se ha construido el hangar.

En lo que a los chunchos respecta—especialmente los campos—la primera vez que vieron el aeroplano, quisieron darle caza, ya que suponían que era “Aramendotse” (ave mitológica de ellos que también vendrá antes de que se concluya el mundo) y que, por ser tan grande, necesita mucho alimento, dando fin primero con las aves y animales de toda índole y luego con las plantas alimenticias, con lo que ya no tendrían ellos qué comer, quienes, como es sabido, viven de la pesca, la caza y del cultivo de la yuca y la pituca). Le hicieron algunos disparos—prosigue nuestro narrador—que, felizmente, por ser de escopeta, no alcanzaron al avión que volaba muy alto.

Pasado un tiempo, el experto piloto llamó al jefe de los campos y le mostró el avión, invitándole a hacer un vuelo. El señor de aquella tribu aceptó y, después de darse cuenta, con mirada inteligente y fácil percepción, de que no se trataba de la temida ave de la destrucción, se mostró contento de haber conocido la máquina y muy satisfecho del vuelo; pero esto no obstó para que los campos siempre que ven el aeroplano lo llaman “Aramendotse”, el mismo nombre con que lo bautizara la tribu desde el instante en que apareció por allí.

San Ramón-Masisea.—

Estamos listos a las 7 y 30 de la mañana, después de un competente desayuno en casa del gobernador de San Ramón, señor Barrios Llosa, quien, además, para que nos resguardásemos de los “zizangos”,

ya clásicos en Masisea, nos proporciona un par de polainas, que no caen muy bien que digamos con nuestro maltrecho viaje. ¿El zizango? ... ¡Nada, hombre, nada! Un animalito a que por todos conceptos no se puede ver (en San Ramón le llaman "Hapa", se adhiere a la piel, como la yedra al muro, y no lo saca nadie, no obstante que aconsejan la coronta de choclo, la thimolina y el alcohol para extirparlo. Muere en la piel, después de producir un escozor verdaderamente desesperante y de dejar una mancha roja, huella indeleble de su completamente antipática estada).

En condiciones de defendernos de la "hapa", nos dirigimos en un carro Dodge al campo de aviación, donde nos espera la máquina 1-R-6, tipo Keystone, con un motor Wright No. 774a. Está pintada de plomo casi color tierra y bajo la palabra "Keystone", hay otra: "Pronto". Despedidas, encargos, demostraciones de afecto y simpatía. Colocación del equipaje y de los volantes de saludo de "El Comercio" a Iquitos y poblaciones de la ruta. El motor que trabaja, la hélice que gira incesantemente, el piloto que dicta disposiciones y... ¡arriba!

La cabina de pasajeros la ocupamos el alférez Griva y el cronista. Faltan diez minutos para las ocho. La máquina se desliza sobre la tierra y nos elevamos orgullosos sobre la población de San Ramón, enfilamos hacia La Merced, bajamos casi rozando con los bajos techos de las casas montañesas, arrojamos un número de volantes y seguimos hacia el Perené. Ya hemos pasado por la colonia, no sin que podamos distinguir sombreros que se agitan y pañuelos que nos despiden. ¡Vamos bien ... ¡Chi lo sá..!

Arriba, muy arriba, demasiado arriba. Han transcurrido casi veinte minutos y ya estamos a ocho mil pies; después a diez mil y finalmente a doce mil. No se puede hablar. El alférez Griva nos escribe un papelito: "El tiempo está malo"... ¡Oh, este veleidoso tiempo de la montaña! Más arriba todavía: trece o catorce mil pies. Ya vamos a entrar en la selva. Y el tiempo se obstina en fastidiarnos. Comienza a llover. En la parte del rostro que el gorro de vuelo deja visible, nos caen las gruesas gotas de agua como alfilerazos. La máquina dá la vuelta. Regresamos a San Ramón, porque es imposible cruzar la selva.

Descendemos y aterrizamos. La lluvia sigue cayendo. Hay que esperar mejor tiempo, dice el teniente Alvariano. Y esperamos.

Después de almuerzo, nuevamente nos instalamos en la máquina. La lejana y peligrosa tempestad ha pasado. Ahora si es fácil continuar el vuelo.

En plena selva.—

“Despegamos” a las 2 y 30 de la tarde. El tiempo ha cambiado. El cielo está despejado y azul y las nubes plumizas y negras de la mañana, han desaparecido. Salimos del Perené y entramos a la selva. ¡Maravillosa, fantástica e indescriptible visión la que vivimos en la tarde del día 13 de junio último! ¿Cómo hacer llegar a los lectores la visión de la selva fructífera, feraz, pródiga y sorprendente en todo? Es un mar de verdura, en efecto; pero ¡qué mar tan insondable y tan grande! Los árboles pasan bajo nosotros, por mejor decir, nosotros pasamos sobre los árboles, a veces hasta tres y hasta cinco veces más alto que el más alto edificio capitolino. Al frente, atrás, a la derecha, a la izquierda, donde quiera que se dirijan los humanos ojos, todo es verdura gigantesca e imponente. Recostados en el soporte de la máquina, la vista fija en el panorama, no sentimos el mortificante ruido del motor, porque vamos maravillados de aquello. A veces la máquina sube, rompiendo las nubes blancas, maravillosos copos de imaginario algodón, que vienen a nuestro encuentro sin pretender hacernos daños; pero sí pudiendo procurarlo. A veces la máquina, dócilmente conducida por el experto piloto, teniente Alvariño, cae pesadamente desde la altura para seguir su marcha, su rápida marcha... ¡Y parece que no se moviera en el espacio!

Y la selva sigue. Apenas hacen quince minutos que salimos del Perené y tenemos de dos a dos horas y media de vuelo. Pensamos: ¿qué inspiración nos ha traído aquí... qué importa caer, si los ojos se llevan esta visión de naturaleza tan indescriptible... qué importa lo humano, si estamos fuera de la gleba y estamos identificándonos con las nubes y desafiándolas, con la audacia y el poderío de la inteligencia del hombre?... Nada somos arriba. Una nube que se deshaga, una fuerte lluvia, una tempestad que avance a nuestro encuentro puede destruirnos... ¡y sin embargo, allí vamos, no con la pretensión ridícula de ser héroes, si para captar una visión y unas emociones inolvidables!

Pasamos por un lugar. El teniente Alvarino, enamorado de su palanca, mirando al frente, presa como nosotros de la maravilla que sus retinas aprisionan, nos pasa un papel; "San Nicolás". Es una hacienda, es un fundo, es un lugar habitado por gentes. Y la selva sigue enorme, atrayente, tentadora. La selva parece tener alma de mala mujer. Quisiera uno dejarse aprisionar por ella. Quisiera el viajero quedarse allí, para vivir esa vida que le aparta del "mundanal ruido".

Han transcurrido quince minutos. Estamos sobre el río Pichis y pasamos veloces, imaginándonos en las mortificaciones y en las demoras que consigo trae el hacer ese viaje por la vía fluvial. A las 3 y 10, volamos sobre puerto Jessup. Un conglomerado de casitas a la orilla del río. De abajo nos ven seguramente. La 1-R-6, desciende, porque el piloto la hace descender, y vemos el puertecito fluvial. De arriba se ofrece pintoresco. Aún más, consuela en aquella inmensidad de maravillosa verdura, saber que bajo de nosotros hay hombres que piensan, aman, odian y tienen todas las grandes y mezquinas pasiones de los humanos. Ellos viven la vida de la selva: se arrullan con la música de la noche y con la música del madrugar. Y saben de las fieras, menos temidas quizá que las fieras pensantes. Y saben—¡enviables son!—de las maravillas de la selva.

A las 3 y 30 estamos sobre el río Palcazú, hilo de plata que se desliza tranquilo y suave como los buenos pensamientos, que como los buenos deseos alimentan al espíritu, él, agua blanca y pura, alimenta a la tierra y contribuye a su fecundidad y a su feracidad. Diez minutos después, los ojos distinguen hacia la izquierda otra población. No necesitamos preguntar su nombre, porque el piloto nos pasa otro papelito, en el que ha escrito con lápiz: "Puerto Victoria". Y transcurridos veinte minutos de vuelo, a las cuatro de la tarde, el avión pasa sereno y tranquilo, turbando a las gentes con el característico ruido de su motor, sobre "Puerto Leguía".

Ya falta más de una hora para llegar. Estamos a la mitad del camino y el tiempo comienza a ponerse malo. No obstante eso, la máquina sigue desafiando a la naturaleza. Es necesario llegar, y se llegará. Así parece pensar el piloto, y como lo piensa lo hace. A las cuatro y quince de la tarde, abajo vemos un río; ya no hilo de plata, imponente cadena de agua que zigzaguea: es el Alto Ucayali. Pasamos luego por una isla en el río: la de Chonta. A las 4 y 45 estamos sobre Tushimo. A los 13 para las 5 sobre una poblacioncita llamada Santa.

Y, finalmente, a las 10 para las 5 vemos la estupenda confluencia del Pachitea con el Alto Ucayali, donde hay una punta de tierra que avanza hacia uno de los ríos: el Ucayali. Minutos después, el piloto hace virar la máquina hacia la derecha y tenemos al frente el formidable Ucayali en toda su grandeza y abajo Masisea....

Hemos cubierto la primera etapa. La máquina dá una nueva vuelta y evoluciona sobre el río para tomar el campo de aterrizaje. Primero sube muy alto y después inicia el descenso. De tierra nos saludan con las manos en alto y haciendo flamear los pañuelos. Son los compañeros de los pilotos, que se satisfacen de la llegada sin novedad.

Faltan cinco minutos para las cinco de la tarde. Hemos demorado casi dos horas y media. La máquina baja, toca tierra, se desliza rápida y como si fuera a chocar con el hangar, gira y se detiene... Descendemos y saludamos a los amigos: teniente Cornejo y alférez Lecca, que llegaron en la mañana de Iquitos.

El gobernador y su familia nos atienden. Los mosquitos y zancudos del Ucayali nos mortifican. Tomamos agua, comemos naranjas y plátanos. Y comentamos el viaje, es decir lo comentan los pilotos, porque nosotros maravillados ante el admirable Ucayali (primera vez que veíamos un gran río, con perdón del Rímac), no sabemos qué decir y contemplamos el crepúsculo en las aguas tranquilas y verdes....

En Masisea se nos entrega inmediatamente un radio de salir del señor Víctor Israel. Llegamos a la casa de los pilotos y charlamos... Son las seis de la tarde. La música de los zancudos y sigue en competencia. Los amigos nos aconsejan no morir porque ya se irán, felizmente no son de los nocturnos cansar temprano... lo cansados que estarán después del día...!

Masisea. — De Masisea a Contamana. — Luchando con un fuerte temporal sobre el Ucayali. — Regreso a Contamana.

Después de comer en casa del gobernador de Masisea, siendo las 9 de la noche, contemplando el Ucayali, que ya comienza a manifestarse en su grandiosidad, y aprovechando de la claridad de la noche, charlamos animadamente con los tenientes Cornejo y Alvariño, los alfereses Griva y Lecca y el teniente de marina Rojas, que una vez cumplido su tiempo de servicios en la flotilla del Amazonas, ha llegado de Iquitos en la mañana en la máquina piloteada por el teniente Cornejo Portugal, el simpático piloto, que al hacer derroche de hospitalidad lo hace también de ingenio y de inteligencia. Ha llegado la hora de dormir, pues es fuerza estar en buenas condiciones físicas para emprender al día siguiente, muy de mañana, la segunda etapa aérea. El chirrido de los grillos y el iluminarse de las luciérnagas, van en competencia. En el departamento de los pilotos, bonito pabellón construido con todo confort por la firma Israel, hay que tener mucho cuidado al abrir y cerrar las puertas revestidas de tela metálica, a fin de que los mosquitos no se cuelen impunemente y molesten interrumpiendo el descanso.

Masisea.—

Masisea es quizá, el más extenso de los distritos de la provincia del Ucayali, calculándose su población total en 5,000 habitantes, en su mayor parte indios y mestizos. Su clima es bastante agradable, existiendo, como en toda nuestra región montañosa, bien marcadas las estaciones de invierno y verano con las características de la creciente y variante del río Ucayali, respectivamente. La capital del distrito es el pequeño pueblo de Masisea—donde están el hangar y la estación aérea—rodeado de fundos de particular importancia. En este puerto sobre el Ucayali hay, también, una oficina radiotelegráfica y receptoría de correos. El suelo es arcilloso, elevado y bastante accidentado, quedan-

do la pequeña población a 200 metros sobre el nivel del mar, poco más o menos; calculándose en 1,000 kilómetros la distancia entre Masisea y la frontera brasileña.

Como en el resto de la montaña, en los bosques de esta circunscripción hay multitud de maderas, aplicables para todos los usos. También en todos los grandes lagos adyacentes al Ucayali, hay criaderos del popular "paiche" (que se come fresco o salado) y de la "vaca marina", cuya carne, según la preparación, suele ser más o menos agradable al paladar. Los productos principales de la región son: algodón, ganados, cereales, caña de azúcar, frutos y tubérculos; pero todo en pequeña cantidad. Industrias en la verdadera acepción de la palabra no hay, pues las existentes lo son en muy pequeña escala, así, por ejemplo, la extracción de maderas parece que va desfalleciendo lentamente, quizá si debido a la falta de vías de transporte, habiendo por ahora mucha esperanza en la construcción del ferrocarril de Pucalpa a Tambo del Sol, cuyo trazo ya está hecho.

El habitante del distrito, como todo hombre montañés, es manso, dócil, trabajador y sumiso a las leyes. Se nos dice que hay un gran porcentaje de analfabetos y que hacen falta escuelas. Los indios existentes en la región están distribuidos en dos grupos: salvajes y semi-salvajes. Entre los primeros se puede contar a las tribus chama, que, no obstante vivir en perenne contacto con la civilización, es holgazana, muy viciosa y casi indomable. De las otras tribus la más dócil y la más propicia a la civilización, es la campa, que aprende pronto a hablar el español, va a las poblaciones, trabaja en las haciendas y se adapta fácilmente a la vida, sin despreocupar por ello sus costumbres innatas y sus ideas ancestrales.

Tal a grandes rasgos el distrito de Masisea.

Masisea-Contamana.—

Son las 7 de la mañana. ¡Arriba, todo el mundo! Es la hora de partir rumbo a Iquitos: nuevamente vamos a estar sobre la selva y ahora sobre el río. Vestirse, lavarse y desayunar rápidamente. El sol, el cálido sol de la montaña, cae inclemente encima de la tierra, del agua, del hombre. Abajo, en el río, está el hidroplano, sobre el que continuaremos la aventura con tanta suerte iniciada. Pintado de plomo tiene las mismas características que el aeroplano que el día anterior

nos llevara de San Ramón a Masisea, con el agregado de los flotadores. En la parte de atrás, luce el disco con el bicolor allí pintado. Se alista el avión. Se le revisa con cuidado. Nos colocamos el gorro y antejo de vuelo. Nos sentamos en la cabina, al lado izquierdo, ocupando el asiento del lado derecho el alférez Lecca, que, como nosotros, va de pasajero. Nos amarramos los dos, quizá si pensando que si acaso llega la muerte no podremos separarnos.

Gira la hélice, funciona el motor, la máquina "decolla" sobre el río en la distancia de algunos metros, en tanto hacemos adiós a los que en tierra, a la orilla del pequeño mar, quedan. Son las ocho y minutos de la mañana. Vemos a derecha e izquierda. La máquina deja el agua y principia a elevarse. Estamos en el espacio. Arriba el cielo, que no parece de muy buena guisa. Abajo el Ucayali cuyas tranquilas aguas se han agitado al paso del hidroavión. Y atrás la tierra, y los amigos, el hangar, las casas, el campo y los árboles que se yerguen soberbios y magníficos a ambas orillas del río.

¡El Ucayali! Sorprende esta visión de maravilla. (De nuevo le faltan las palabras al cronista para describirla). Inmenso es el río, que se extiende y se extiende frente y abajo de nosotros. En el pueblecito ha quedado, haciéndonos compararlo con la antigua diligencia que se empolvaba en el lento correr de los caminos, la lancha "Alberto", que ha llegado en la tarde del día anterior y se dispone a surcar el río rumbo a Iquitos. Y subimos y subimos. No decimos, mejor expresado, no escribimos palabra alguna al alférez Lecca, porque vamos anonadados. Han transcurrido seis minutos: estamos sobre Pucalpa, siendo fácil distinguir el trazo del ferrocarril a Tambo del Sol.

Y el avión sigue, como si marchara más despacio que los momentos fatales de la vida. El río forma un zig-zag y entramos a la selva. Primera sorpresa, pues suponíamos—¡oh ingenuidad! que se seguía el curso del Ucayali para ir a Iquitos. ¡No, lectores, no! El piloto tiene que ir hacienda hábiles maniobras, sorprendentes vueltas, sereno y con la vista al frente. Sus puntos de orientación son, en efecto, los ríos; pero no el punto a seguir como lo hace una canoa o una lancha o el lagarto que en el río mora buscando su presa.

Nuevamente el río y de nuevo la selva. La máquina pasa audaz, guiada por la serenidad del hombre, sobre aquella maravilla, sobre aquel panorama miliunanochesco y kaleidoscópico. Porque en la ruta no todo es igual. De pronto el río cabriolea, y forma aquí una laguna, allá una pequeña acequia, al otro lado un estuario, a veces una ria. Ora

sigue de largo, como trazado a compás y va ensanchándose. Ora disminuye como un verdadero hilito de plata, hasta que llega a un punto en que su poder es tan grande que pasa sobre la tierra y la socava y hace desaparecer.

Surge la tempestad en la selva.—

Y está, luego, en la selva. Los árboles enormes sin que haya un grano de tierra falto de vegetación y de feracidad, vienen a nuestro encuentro, pareciéndonos pequeños. La máquina baja, porque la neblina comienza a hacerse muy densa, impidiendo al piloto orientarse. De abajo, surgiendo de entre los árboles, pequeñas, insignificantes nubes, que semejan humo que saliera de la floresta, van elevándose como para llegar a nuestra altura. Por todas partes hay esta visión, cuando miramos abajo; pero, luego, al dirigir la vista arriba, es peor. Aquellas masas de humo, se han convertido en enormes nubes plumizas, negras, sombrías. Entonces — ¿por qué no confesarlo? — principia a apoderarse de nosotros cierto temor. E interrogamos al aférez Lecca:

—¿Vamos bien?.... ¿No constituyen las nubes un peligro?....

—No hay que preocuparse. Es una pequeña tempestad que se avecina. Mire al frente.....

Y vemos al frente, porque la máquina sube hasta cinco o seis mil pies, huyendo de las nubes bajas. Al frente, también viniendo a nuestro encuentro, como un deleznable y peligroso simoun, las nubes se acercan y se acercan. Después la lluvia; los alfilerazos que ya habíamos sentido. ¡Y las nubes negras, plumizas, sombrías! Pasamos por encima de un puesto en la orilla del río, y fijando la vista, fijándola hasta donde nuestras retinas pueden alcanzar, vemos un palillo de fósforo que se desliza en el agua y toma una de las vueltas del río: es una canoa. Una frágil canoa, que no teme a la tempestad; pero que puede ser víctima de ella, tan pronto o tan fácilmente como nosotros....

—Vamos llegando a Contamana. Fíjese a la derecha—nos escribe el aférez Lecca, — en tanto el piloto, como la figura de la seguridad, tranquilo, siempre con la mirada al frente y con la mano derecha en la palanca de la máquina, sonríe cuando volteamos a mirarle.

En efecto, cinco minutos más de vuelo, y a la derecha del río, que de nuevo se agranda y se hace imponente, divisamos, semi-oculta por la niebla, una población que se extiende en un enorme sector a la

orilla del río y que está tan alta como Masisea: es Contamana. Bajamos a cuatro, a tres, a dos a mil pies. El teniente Cornejo maniobra serenamente, seguramente y comienza el descenso.

Sobre el río estamos. Una vuelta, una espiral, una ascensión. Luego otra vuelta y más abajo, hasta caer en el agua y deslizarnos algunos metros. De tierra se agitan las manos de las gentes que nos saludan. La máquina da una vuelta y roza con un palo. El viento la desvió, haciendo exclamar al piloto: ¡Tiempo tan infernal!

Nos detenemos a la orilla. El alférez Lecca arroja a tierra un cabo, que es cogido por unos entusiastas jovencuelos, los que atan la sogá a una estaca. Nos quitamos el gorro y anteojos. Saltamos de la cabina. Prendemos un cigarrillo. Nos dan la mano, subimos a tierra y somos presentados a las autoridades del lugar: el gobernador, el jefe militar, los señores Hoyle, el médico titular doctor Castillo, antiguo amigo nuestro, quienes nos atienden con esquisitez y amabilidad.

Salida y regreso de Contamana.—

Después de permanecer más de una hora en el pueblecito de Contamana, capital de la provincia de Ucayali, de pasear su principal calle o sea el Malecón que tiene tres kilómetros, salimos de Contamana rumbo a Iquitos, siempre con el propósito de llegar ese día, desafiando al tiempo que comenzaba a empeorar. Habíamos recorrido en la ruta Masisea-Contamana 120 millas, en una hora y treinta minutos. A la salida del primer puerto en el Ucayali tomamos el vuelo directo a Pucalpa, pasando por Bahuanizo, último punto que vimos, volando entre la niebla a 2,500 pies. Después de navegar más de una hora en esa condición, descendemos nuevamente casi hasta tocar el río orientándonos por la Isla de la Unión, en el Ucayali, a 15 millas de Contamana. La tempestad arreciaba más y más.....

Al salir de Masisea, la neblina nos obligó a volar muy alto, como lo decimos más adelante. Después fuimos bajo la niebla. Al bajar, tomamos hacia la izquierda, buscando el río, que no obstante su inmensidad, estaba cubierto por la espesa y casi impenetrable capa de nubes. Fué en ese instante que encontramos la Isla de la Unión, la que nos sirvió de punto de referencia para recorrer las 15 millas que nos faltaban para llegar a Contamana.

Saliendo de Contamana, a las 10 y 12 minutos de la mañana, por todos los lados nos acechaban una espantosa niebla y la fuerte tempestad. Sin embargo, el piloto no se arredró y continuó su marcha ya volando alto, ya bajo, siempre entre las nubes o bajo ellas.

Después de 30 minutos de vuelo, ya el viento, que silbaba inclemente y que quería hacer su juguete a la máquina, se tornó indomable. Poco más o menos habríamos recorrido veinte millas sin ver nada de la selva, nada del río y a veces ni las alas de la máquina. Tal el grosor de las altas nubes que nos cercaban. Entonces el teniente Cornejo, lentamente, para defenderse de la fuerza del viento, dió una vuelta, a gran altura e inició el regreso. (Ya, in mente, íbamos pensando en la necesidad de volver al punto de partida.) El cielo era una masa negra que se nos venía encima. El viento que reinaba era bajo y la tempestad sumamente fuerte. Y así, luchando con los elementos, descendimos nuevamente en el Ucayali, donde, al sentir el ruido de la máquina, nos esperaban presas de verdadera inquietud por nuestra suerte.

Ya en tierra, el teniente Cornejo hace reparar un pequeño desperfecto y quiere tenerlo todo listo para partir en la tarde, pues abriga la esperanza de que el tiempo mejore. La lluvia cae sobre la pequeña población, cuyos habitantes casi todos llevan paraguas para ellos y nosotros.

¿Mejorará el tiempo? . . . ¡Ojalá nó, porque en Contamana se nos hace tan buena acogida, que bien vale la pena pasar uno o muchos días con tan buenas gentes! . . .

El pueblo de Contamana. — Una nota de amor patrio. — La etapa Contamana-Requena. — Requena-Iquitos.

Almorzamos, invitados por el jefe provincial, capitán Washington de los Ríos, el teniente Cornejo, el aférez Lecca, el alcalde, don Eduardo Scavino, el médico titular, doctor Castillo y el cronista, en el "Hotel Bolívar", modesta casa que lleva el nombre del Libertador y en la que la maritornes sabe preparar buenas viandas al uso de la región. Probamos el "seviche de paiche", una sopa con raras verduras y otros platos, no menos sabrosos. Después de almuerzo salimos de paseo a conocer detenidamente el pueblo, esperando que el tiempo mejorara. ¡Pero nada! Visitamos la futura estación radiotelegráfica, próxima a concluirse; la planta eléctrica, también en construcción; la iglesia, en cuyo altar mayor se yergue una preciosa imagen, obsequiada al pueblo por el jefe militar.

Luego, ya en la plaza del lugar, tenemos la nota simpática de la juventud escolar, que, según costumbre, semanalmente, el día jueves, recibe en las tardes la instrucción militar que le dan los miembros del cuerpo de guardia civil allí establecidos. Asisten al ejercicio más de cien muchachos de toda condición. Casi en su mayoría están descalzos; pero no obsta para que marchen durante varias horas, desafiando al desesperante calor, con el fusil al hombro, rústico fusil de madera que se construyen ellos mismos. El capitán de los Ríos les hace formar en columna de honor, y les dirige la palabra, refiriéndose en frases gentiles a la visita del representante de "El Comercio" a aquellas tierras. Los futuros soldados de la patria, los futuros soldados montañeses, escuchan con atención. Luego, hablamos nosotros. Decimos de la satisfacción grande que nos posee al poder anotar en nuestro diario de viaje la nota de los escolares contamanenses. Y en seguida, desfilan todos marcialmente y continúan el ejercicio.

Después visitamos las escuelas de mujeres, en las que se hacen labores de mano: artísticos bordados, tejidos y demás trabajos

de la índole; obras de mano, etc. Y así, se va pasando el día en Contamana, porque el tiempo en lugar de cambiar, se ha puesto peor, pese a los buenos deseos del teniente Cornejo Portugal.

Contamana.—

En tanto transcurren las horas, tomamos datos. La provincia de Ucayali comprende de norte a sur, los distritos de Emilio San Martín, Sarayacu, Catalina, Contamana, Callarúa y Masisea, que ya hemos descrito rápidamente. Cada uno de estos distritos ocupa enormes extensiones territoriales. Basta anotar que a partir de la Boca del Pachitea a la del Tambo, el viaje en lancha por el río Ucayali se hace de seis a ocho días y de este último punto a la vía del Sepahua en tres o cuatro días.

Funcionan en Contamana, capital de la provincia, un centro escolar de varones, con 324 alumnos; un centro escolar de mujeres, con 213 alumnas; una escuela elemental de varones con 93 alumnos y una escuela elemental de mujeres, con 202 alumnas, lo que hace un total de 832 escolares sobre una población de 2012 habitantes, que son los que tiene Contamana. Además, fuera de los planteles anotados, debido al interés del inspector de instrucción de aquella zona, don Manuel Rojas, funcionan en treintiocho lugares diferentes de la provincia, diez escuelas elementales de varones y nueve de mujeres, más veintisiete escuelas mixtas, con un total de 2184 alumnos y de 1487 alumnas.

El estado sanitario de la pequeña población, a estar por los datos que se nos ha suministrado, es bastante halagador, debido al celo del joven médico titular, doctor Fernando Castillo Sologuren y del inspector sanitario, señor Enrique A. Reátegui. Ellos han levantado el censo de la población que arroja la existencia de 1038 varones y 974 mujeres, que hace un total de 2012 habitantes. Merced a ellos se han realizado las visitas médicas de personas y domicilios, que han sido de útiles resultados para la salud de la población.

En materia de caminos, también se progresa por allí y se estudian proyectos de importancia. El capitán de los Ríos, cuyo entusiasmo por el progreso de la región es evidente, tiene la idea de abrir caminos a lo largo del río Ucayali. Por ahora se trabaja la ruta de Cushabataya a Pilluana, estando el primer lugar de los nombrados en la margen izquierda del Ucayali y el segundo en la margen derecha del Hua-

llaga. Este camino atravesará las Pampas del Sacramento, y su importancia en aquellos lugares no puede pasar inadvertida.

En lo que a industrias se refiere podríamos citar muchas en la provincia de Ucayali. La gran multiplicación de lagartos y cocodrilos que tanto abundan en los lagos y lagunas y que a veces se presentan en las playas de Contamana; el "paiche", exquisito cuando está salado y lo mismo cuando está fresco y, en fin, otras muchas que se podrían estudiar y aprovechar. Ya que a industrias nos referimos, diremos que tuvimos oportunidad de visitar la fábrica de aserrar maderas de los señores Hoyle, de distinguida familia trujillana y hace años establecidos en la montaña. El propietario y director de esta negociación, que cuenta con bosques de preciosísimas e inestimables maderas, es el señor David Hoyle, a quien eficientemente secunda su sobrino el señor Fortunato Hoyle, ambos verdaderos y amables caballeros.

Visitamos también la oficina del jefe provincial, perfectamente instalada, con todo el confort que pueda desearse en aquellas regiones y adonde trabaja con fervor y entusiasmo por aquella región el capitán de los Ríos, que ha publicado y tiene en preparación muy interesantes estudios sobre toda aquella región.

Salida de Contamana.—

Después de vivir nuestra segunda noche de la selva, de acostarnos temprano y de cuidar mucho que los traicioneros zancudos y mosquitos no se colaran por el "mosquitero", nos dispusimos al descanso para salir al día siguiente en la mañana. La noche es obscura. Frente a nosotros, el soberbio Ucayali semeja una taza de leche, tal su tranquilidad, lo que no es óbice para que lentamente vaya socavando los extremos de la población. Son las diez de la noche, y el pueblo duerme, sin que los grillos y algunas aves nocturnas y algunos silbidos prolongados—¿acaso de la temida "jergón"?—interrumpan su tranquilidad. Hay que caminar con una linterna de bolsillo, no para tropezar, si para evitar el equivocarse o pisar—dicen los bromistas del lugar, especialmente el ingenioso teniente Cornejo—a las "víboras", que por aquí, de noche, marchan en regimientos.....

¡Qué poco hemos dormido! Son las 6 y 30 de la mañana, y ya el teniente Cornejo, el alférez Lecca y el alcalde, van a despertarnos.

¡Arriba, listos, a desayunar, a marchar antes que se ponga malo el tiempo!..... ¡Este tiempo de la montaña....!

Nos levantamos y después del desayuno, previas las despedidas de estilo y de la respectiva y celosa revisión de la máquina, nos disponemos a continuar la ruta interrumpida el día anterior.

Como antes, la máquina se desliza sobre el río, recorre unos metros y pierde el agua se eleva y el piloto sigue la ruta. Sobre el río vamos primero. Sobre la selva, luego. Después otra vez en el río. De nuevo en la selva. Abajo, el panorama es bello, porque sale el sol, y los árboles proyectan magestuosas y serenas sus copas en el agua, que se ve a veces blanca, a veces plomiza, a veces verdosa. Hace cinco minutos que estamos en el espacio: son las ocho de la mañana. El hidroavión va aumentando su marcha, aunque a nosotros nos parece ir más despacio que nunca. El río se abre hacia la izquierda; nosotros le dejamos atrás y cruzamos sobre los árboles para encontrarnos luego, pasando sobre él porque sigue a la derecha y continuar sobre la selva. El alférez Lecca ha colocado su reloj, pendiente de uno de los soportes de la cabina. Y así, tenemos que ir contando minuto a minuto el tiempo y darnos cuenta de todo, de lo muchísimo que nos falta para llegar. ¡Ah, la inquietud de llegar a lo desconocido!

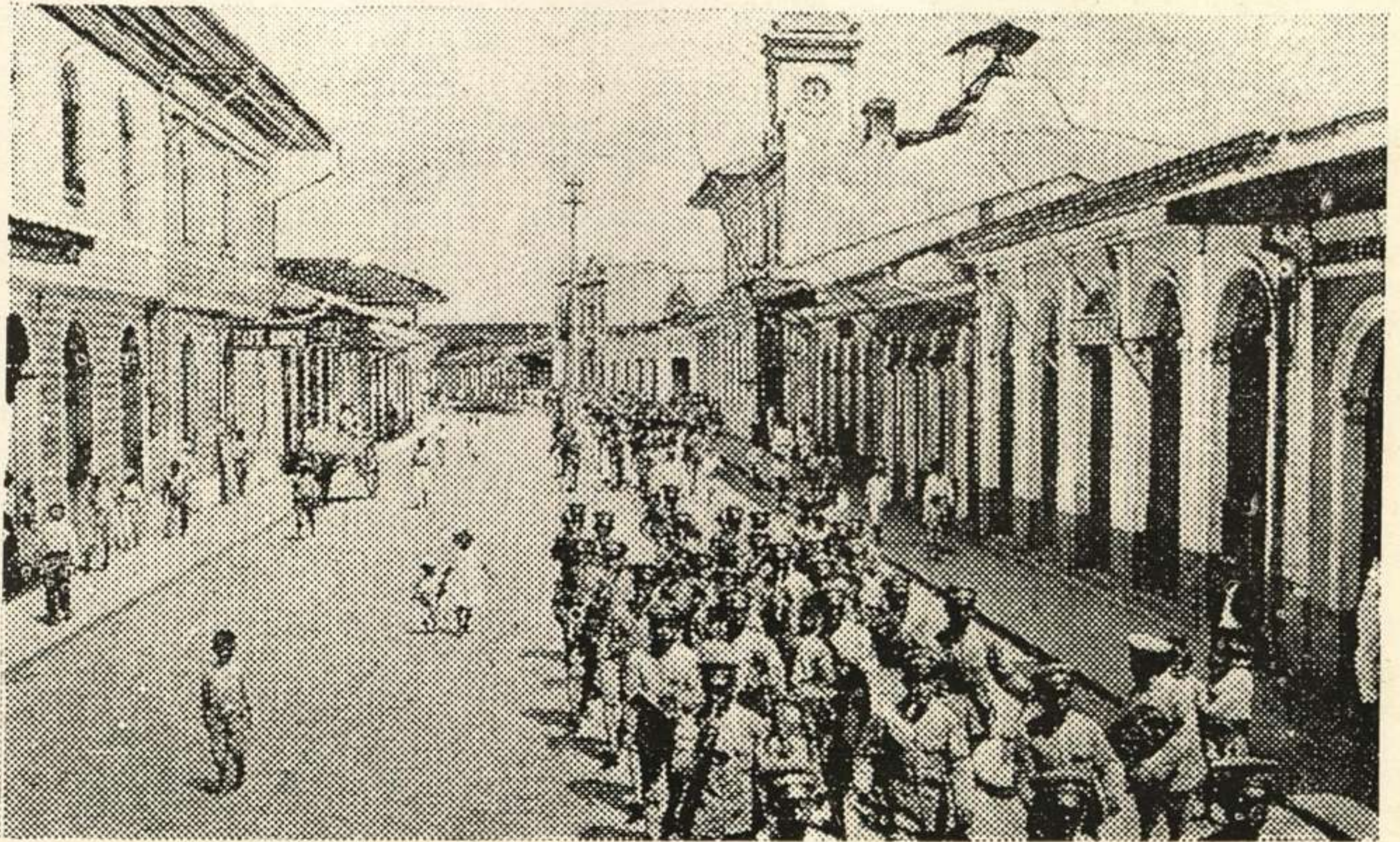
El reloj marca las 8 y 18. El alférez Lecca, nos escribe: "Los cerros del Gatún". En efecto, allí, a la derecha, apartados del río, están los cerros de ese nombre. Se les ve azules y verdes y se les contempla pequeños. El Ucayali sigue su caprichoso curso, que nos hace pensar en los agitados pensamientos de una imaginación calenturienta y febril. El segundo de los ríos del Perú parece no irle en zaga al primero y va al encuentro de aquel que ha de unirse con él para dar vida al mayor, casi con el deseo de enfrentársele y de desafiarle. Como diciéndole: yo, el Ucayali, señor de la selva, agua que eternamente fluye, caminante que va por la tierra sin descanso hace miriadas de años, yo, uniéndome con otro señor de estos dominios, mi hermano el Marañón, te damos vida, te formamos de nuestras aguas para que resultes grande, maravilloso, majestuoso, invencible y te entregues al mar.... Y sigue impertérrito, pero desafiador; tranquilo, pero temible; blanco y negro.

Hay que fijarse a la derecha, porque, no obstante que ya de la selva y del río comienzan a surgir aquellas columnitas de humo de que hablábamos ayer, se puede distinguir un pueblecito. Sí: Orellana

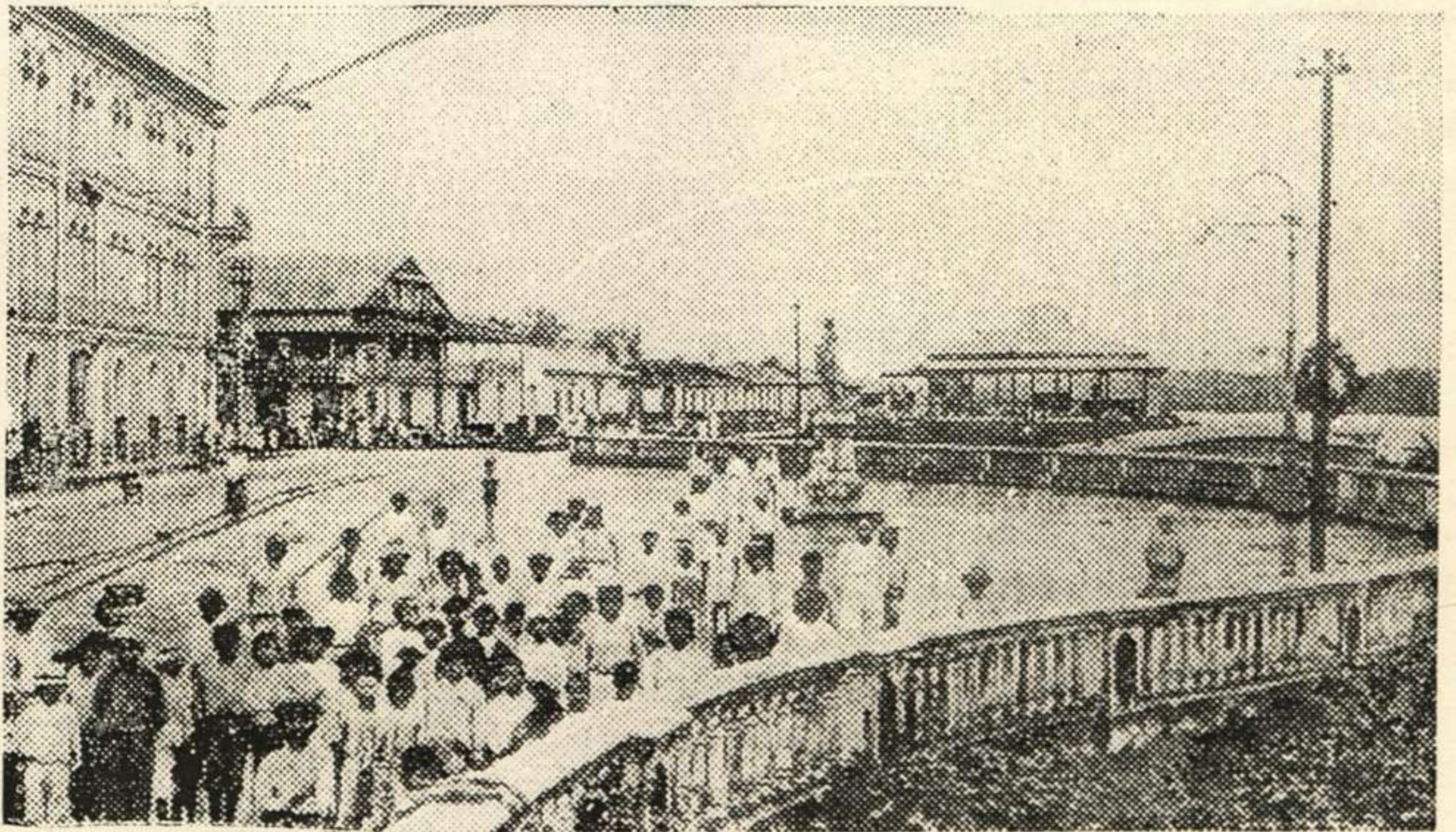
se llama. Bajamos un poco y las gentes nos saludan, pudiéndoseles distinguir. El reloj del alférez Lecca marca las 8 y 23. ¿No caminarán esas manecillas? Veintiseis minutos después, pasamos por unas casitas, que se ven muy chicas, muy insignificantes, casi imperceptibles. Tierra Blanca, es el nombre de ese lugar. Y a las 8 y 54 por Dos de Mayo, otra pequeña población, preparada para caso de emergencia en la ruta aérea Contamana-Iquitos, pues hay en ella depósitos de gasolina y aceite. Faltando dos minutos para las 9—ya una hora de vuelo—la tranquila y por supuesto escasa población de Mahuizo, escucha sobre ella el potente ruido del motor de la poderosa máquina.

El Ucayali va ensanchándose más y desviando mayormente su curso a la izquierda de nosotros. Ya el zig-zagueo no se hace tan pronunciado hacia la derecha. Es que el río, llevado por la fuerza de su obligación va en busca del Marañón, que queda lejos, muy lejos. La selva sigue siendo magnífica y fantástica. El cielo va perdiendo su azul inicial y las nubecitas bajas van subiendo, parecen empeñadas en viajar a la altura de nosotros. A veces cerramos los ojos para traernos presa en las retinas aquella visión; pero la vista, allí, no puede, ni debe, ni quiere permanecer inactiva. Si acaso no puede, después, reflejarse en el papel lo que se ha visto, los ojos tampoco quieren dejarlo de ver, quizá más fuertes, lo harán olvidar. Los árboles se agigantan y eso que vemos alto y que mientras más alto vamos, más imponente se vé el río. Somos egoistas y quizá si la altura nos está mareando, y pensamos en aquellos que no han tenido la suerte de nosotros. Abajo el río, es surcado por una canoa. La tierra se mete en el agua y forma un enorme parque de verdura, que parece hecho por la mano del hombre. Son las 9 y 30 en el reloj que camina al parecer tan lentamente como el avión. El teniente Cornejo—hombre sereno, seguro, tranquilo, firme en su obligación—nos dá en el hombro y nos señala la izquierda. ¿Qué hay?, escribimos al alférez Lecca. Y la respuesta no puede ser más categórica: lagartos.....

Miramos abajo, fijamos la vista y vemos unas hormiguitas que se mueven a la orilla del río. ¡Conque lagartos! ¡Lagarto! Felizmente el motor funcionaba bien, la hélice no se interrumpirá, el piloto es tan competente como hábil, la suerte nos acompaña, la tempestad se inicia ¡Conque lagartos! Allí están aquellos “angelitos del señor” “animalitos de la creación”, que principian por



Calle Próspero.—Iquitos.



El Malecón y la Plaza Ramón Castilla.

banquetearse con la pierna de cualquier hijo de vecino y terminan por inutilizarle. . . . ¡Lagarto!

El avión sigue rápido. Todavía volvemos la vista para verlos. ¿Cuántos serán ellos? El caso es que ahí quedan, tranquilos, tirados al sol, descansando sabe Dios de qué brega. Felizmente los hemos visto de lejos y a la altura. . . . porque de cerca, no los vemos.

Hacia la derecha, después de lo que podríamos llamar este mal paso, queda la cabeza del Puinahua. Allí se ve agua y vegetación en gran abundancia y un río que avanza. Ese es el sitio—recordamos en el avión—que el teniente Cornejo nos indicara, conversando, como la tierra de los zancudos. Diz que son grandecitos—“así nomás”—del tamaño de una mosca grande y, según el mismo gracioso aviador, a estar por el censo que efectuó la última vez que se vió obligado a bajar, la población de estos sinfónicos enemigos del hombre, asciende a novecientos noventinueve mil billones, con todo el resto de millones imaginables. . . . ¡Está poblada la zonita del Puinahua!

Hora y media después, cuando ya el mal tiempo se hacía más impresionante, divisamos a la izquierda, también medio oculta por la niebla, otra población: Requena. El piloto cruza la selva, entra al río, evoluciona sobre él, desciende lentamente y baja, tanto para dejar correspondencia como para tomar gasolina, ya que el tiempo se está poniendo malo y hay que aumentar el combustible, “en caso de emergencia” . . .

¡Primera vez que nos suena tan antipática esta palabra que tiene cierta música!

Requena-Iquitos.—

Cuando bajamos en Requena, el reloj del alférez Lecca (¡alférez Lecca, ¿qué marca tiene su reloj?), marca las 10 y 35 de la mañana. Han transcurrido hora y cuarenta minutos de vuelo. Dejamos la cabina, por supuesto después que el cabo ha sido afirmado a la estaca de la orilla, y subimos al pueblo resbalándonos por una tierra gelatinosa, arcillosa y fofa. Nos recibe el P. Giner, antiguo conocido nuestro, que se sorprende al vernos y nos invita a recorrer el pueblo, lo que hacemos de prisa, visitando el convento, el colegio de varones y el de niñas. Bien instalados y con todos los adelantos escolares modernos. Se preparan en el pueblo a las fiestas del domingo 17, día en que se inauguran las obras de la planta eléctrica. El teniente Cornejo nos apremia,

porque, mientras hacemos el recorrido, los minutos van demasiado de prisa. En efecto, nos despedimos y . . . otra ve en la cabina. ¡Bendita cabina!

Salimos de Requena a las 11 y 33 de la mañana. De nuevo, en la altura, nos enfrentamos al Ucayali y a la selva. Principia a llover. El alférez Lecca, sonrío y nos escribe diciéndonos que dentro de una hora y veinte minutos estaremos en Iquitos. ¿Marcharán ahora más de prisa las agujas de su reloj?

Los alfilerazos de la lluvia se presentan un poco fuertes. El piloto toma altura y sigue su ruta. Las nubes van en aumento. Han pasado varios minutos, y principiamos a bajar. Preguntamos el por qué suponiendo que vamos a afluiar y nuestro compañero de cabina nos responde que siempre hay encima de la selva ese mar de nubes y que, debido a la cantidad de ellas que impiden desde arriba ver el río, o sea el punto de orientación, descendemos. Y lo hacemos tan bajo, que a veces nos parece que la máquina va a acuatizar. Siendo las 12 y 4, pasamos por el pueblecito de Nauta. Tres minutos después, estuvimos sobre Playa Grande. Tenemos al frente la boca del Ucayali, enorme y prodigiosa. A las 12 y 9 minutos, un papelito nos indica: ancho del Río Amazonas. . . .

Allí está el Amazonas. Aquel que "humilde nace entre picachos fríos" y "soberbio muere rechazando al mar". Un minuto más de vuelo y sobre lo que se llama el nacimiento del Amazonas. Los dos rios que se unen en visión portentosa, en indomable poderío, en fantástica belleza: el Marañón y el Ucayali, para dar vida al Amazonas, al mitológico y legendario Amazonas, que ha inspirado a tantas imaginaciones y que ha contribuido a hacer conocer al Perú que posee parte de este mar que corre circulando por la tierra. La lluvia sigue un poco fuerte y la selva parece obscurecerse. En tanto, de frente, como impelidas por atrás, grandes masas de nubes avanzan a nuestro encuentro. A las 12 y 16 volamos sobre Puritania, hacienda de don Otoniel Vela que cuenta con un buen aserradero. La lluvia insiste en molestarnos. Con ella tenemos que llegar a Iquitos, y eso que felizmente, a la izquierda de nosotros hay, en las nubes, una formidable cortina de agua, la que no llegará a molestarnos.

El Amazonas nos conduce hacia Iquitos en su maravillosa marcha. A cada instante va ensanchándose más y haciéndose más caudaloso. Hasta lo que nuestra vista alcanza, ya que la niebla cubre la sel-

va; solo vemos agua. ¿Viajamos en un transatlántico del mar o en un transatlántico del aire? Viajamos sobre el río más grande del mundo y aquello no puede menos que abrumarnos. Y el Amazonas se ensancha más y más Un papel del alférez Lecca: ¡Iquitos!

Ya estamos sobre Iquitos. Envuelta por la niebla, a la izquierda de nuestra marcha, está la preciosa y acogedora población, emporio de cultura y de simpatía, colocada por la naturaleza y por el hombre en el corazón de la montaña del Perú. El reloj del alférez Lecca marca las 12 y 40 minutos del día.

El teniente Cornejo, en tanto su máquina llega a la ciudad, no enfila hacia el río. Quiere el gran piloto peruano tener una gentileza especial para con el corresponsal viajero de este diario y resuelve evolucionar sobre la bella y hospitalaria capital de Loreto.

¡Y comienzan sus hábiles maniobras! ¡Pero dejémoslo para mañana.!

Volando sobre Iquitos, población hospitalaria y acogedora. — Recorriendo la población. — Los progresos realizados.

Decíamos que a las 12 y 40, enfilábamos el Amazonas, ya en Iquitos, para acuatizar en el portentoso río, cuya visión es extraordinaria. Al llegar a la capital de Loreto, el "monarca de los ríos" se ensancha prodigiosamente y vista de la altura Iquitos es una isla, que tiene al frente otra gran isla, toda cubierta de enorme vegetación. La ciudad está rodeada de árboles grandiosos por donde quiera que el viajero aéreo dirija la mirada y al centro de esta arboleda están las casas, los soberbios edificios, las gentes que son tan buenas. En la isla del frente, todo es, como decimos, naturaleza, sin perjuicio de que, de trecho en trecho, se distingan pequeñas y aisladas casas. Y tras de ambas islas, la que constituye la población y la que a su frente está, se ve la prolongación del Amazonas, ya convertido en un mar, porque los

humanos ojos no pueden alcanzar a ver sus orillas. Es una masa de tierra que quita a Iquitos la vista del Amazonas más allá. Sin que esto obste para que de los altos edificios de la ciudad, y mayormente desde la altura, se vea el río que se prolonga y se prolonga por todas partes, encerrando a Iquitos entre sus aguas, que son de un pronunciado color verdoso, que no se asemeja, precisamente, al de las aguas del océano.

La máquina en que hemos llegado felizmente sin novedad, primero vuela alto. De arriba, entrando a la ciudad, surgen a nuestra vista, pequeñas en la tierra, las modestas casas que están cerca de Itaya, donde quedan el apostadero y el hangar. En ella habitan las gentes del pueblo; las modestas gentes que viven del oficio de lavanderas las mujeres, y de la pesca del "paiche" y de la "vaca-marina" los hombres. Después volamos sobre el barrio de Belén, populoso se ve que es, porque sus edificios bajos, surgen a la vista del viajero muy unidos, muy íntimos casi. Luego estamos sobre la ciudad; pero todavía muy alto, lo que no impide que se distingan los edificios hasta de tres pisos, las plazas públicas, el recto y uniforme trazo de las calles, las acequias que orilladas por la yerba se deslizan por los jirones apartados de la capital de Loreto. El hidroavión se dirige nuevamente hacia el río, desciende un poco y continúa evolucionando sobre la población, en tanto el teniente Cornejo y el alférez Lecca, dejan caer los volantes de saludo que "El Comercio" de Lima enviaba al pueblo de Iquitos en particular, y en especial al departamento de Loreto. De arriba nos es fácil distinguir perfectamente cómo, antes de caer, la masa de volantes se abre, y, juguete del viento, no llega a tierra, porque son cogidos por las gentes que fuera de sus casas y en los techos de todos los edificios, saludan gentilmente la llegada del avión que conduce a Iquitos al periodista que tiene la inefable satisfacción y el inolvidable orgullo de haber sido el primero en llegar a aquella ciudad por la ruta aérea.

Una nueva evolución, una nueva maniobra y estamos encima de los techos. Perfectamente distinguimos la torre de la iglesia Matriz, en la plaza de Armas; el monumento al Mariscal Castilla, en el Malecón; el edificio Israel, el más alto y más hermoso de Iquitos y todas las principales construcciones de la población. Y la máquina sigue de frente, recorre soberbia y magestuosa toda la extensión de Iquitos y baja para acuatizar gallarda y soberbia en el Amazonas, cuyas aguas surca veloz y rápida en la extensión de algunas millas, permitiéndonos ver, ya abajo y de cerca a la ciudad.

Y así deslizándose sobre las aguas del gran río, cuidando el piloto de no desviarse y de chocar con la rama de un árbol o con una canoa que marcha adelante, se detiene cerca del lugar llamado Itaya, donde quedan la base aérea y los hangares, construidos por la firma Israel completamente a la moderna. El hidroavión llega hasta el apostadero y de él descendemos los tres viajeros, en tanto el reloj del alférez Lecca marca las 12 y 55 del día. Somos presentados a los marinos que no conocemos y saludamos al teniente López Mindreau, amigo desde la capital. Una vez extraída la correspondencia y fuera nuestros equipajes, avanzamos a embarcarnos en la lancha oficial que ha de conducirnos al desembarcadero.

Rumbo al muelle oficial.—

La lancha se dirige al muelle, en cuyo recorrido demora más de diez minutos. El teniente Cornejo nos hace notar que mucha gente espera en el muelle; ya lo habíamos visto, pero nos parecía demasiada atención. En efecto, una vez en el muelle, saltamos a la lancha "América", donde recibimos el saludo del teniente Vargas Prada y del señor José del Aguila. Ascendemos las escaleras y en el Malecón, nos saludan el capitán Manuel Isaac Vélez, a nombre del prefecto del departamento, coronel Temístocles Molina Derteano; el señor José San Martín, alcalde de Iquitos; el gerente de la Booth, Mr. John Massey; el capitán de corbeta, José G. Carrillo, comandante de la flotilla de guerra; el sargento mayor Daniel Matto, jefe de la Guardia Civil y Policía en el departamento; el presidente y los miembros de la Sociedad de Beneficencia China; los representantes de diversas instituciones; el inspector de instrucción, señor Rodríguez Picón, y muchas otras personas, para quienes nuestro agradecimiento es muy grande, y cuyos nombres lamentamos no recordar. Recibimos,—y esto lo dejamos para lo último—ya que los últimos son los primeros—un estrecho y cariñoso abrazo de don Victor Israel, distinguido caballero a quien tuvimos oportunidad de conocer cuando, en enero del presente año, hizo un raid aéreo a la capital en compañía de su encantadora hija Nelly. Y recibimos, además, el saludo de los periodistas de Iquitos, de los directores y redactores de "El Oriente", "El Eco", "El Día", "La Razón" y "La Región". Todos ellos muchachos optimistas, buenos, sencillos, cariñosos, que hicieron grata y amable nuestra corta estada

en Iquitos. Y para que nuestra satisfacción fuera mayor, allí nos esperaban dos antiguos condiscípulos: el alférez Jorge Anderson y el señor Juan Stagnaro Ugarriza.

Y así, acompañados por todas estas personas, avanzamos hasta el "Palace Hotel", donde el señor Israel nos había preparado alojamiento en un departamento especial. ¿Cómo no sentirse atraído, presa, sugestionado por una ciudad que acoge en forma tan cariñosa y sugerente al viajero? ¿Cómo no hacer justicia a todos aquellos que manifestaron en todo momento su simpatía a "El Comercio" en la persona de su redactor viajero?

Después de almuerzo, el cronista recibió una serie de visitas de los más connotados elementos de la localidad. Todas las personas querían hacernos grata la permanencia—fatalmente muy corta—en aquella población, una de las más simpáticas del Perú. Y surgieron las invitaciones y las atenciones. En la tarde del día de nuestra llegada—viernes 15 de junio—efectuamos varias visitas de saludo siendo la primera al prefecto, quien en todo momento estuvo muy amable con nosotros, y nos invitó a acompañarle a las fiestas del domingo 17 en el pueblo de Requena; invitación que muy a nuestro pesar rehusamos, dados los pocos días que íbamos a vivir en Iquitos.

Visitamos los diarios, encontrando en todos ellos un evidente progreso periodístico, especialmente en "El Oriente", en "El Eco" y en "El Día". Las instalaciones son modernas, el personal de redacción competente y las ediciones, que salen después de las cinco de la tarde, todas tienen un completo servicio radiotelegráfico de la capital de la república y del extranjero. Fueron muy amables con el cronista, con el periodista que llegaba a aquellas acogedoras tierras en viaje aéreo.

En la tarde de ese día, fuimos invitados por el señor Israel a tomar el cocktail en su palacio, en compañía de su distinguida esposa y de sus señoritas hijas, Melita y Nelly. Luego, el señor Israel y sus hijas, nos acompañaron al local de la Sociedad de Beneficencia China, donde se nos agasajó con una champañada, en la que hicimos entrega del saludo del "Kuo-Ming-Tang" de Lima al de Iquitos, saludo del que fuimos portadores. En la noche, la dirección de "El Eco" nos ofreció un banquete, servido en el Hotel Continental, sito en la Plaza de Armas, en los bajos del Club Iquitos. El director de dicho diario, señor Angel Vidurizaga—moyobambino de nacimiento, periodista de

verdad, bohemio decente y distinguido y amigo de los que dejan huella en el espíritu—tuvo frases de elogio para nuestro diario, para sus directores y para el cronista. En esta fiesta se pronunciaron brindis muy afectuosas e inolvidables por el doctor Reátegui Morey, por el mayor Matto, por el señor Reátegui, agradeciendo a todos ellos quien estas líneas escribe. Después, el señor Stagnaro nos ofreció una champañada en el Club Internacional. Con lo que terminó nuestro primer día de Iquitos, que ojalá no hubiese terminado nunca.....

Recorriendo la población.—

Al día siguiente, muy de mañana—en Iquitos hay que ser madrugador, tanto porque así se estila, cuanto porque el calor obliga a abandonar muy temprano el lecho,—salimos de nuestro alojamiento y recorrimos la población en un automóvil, acompañados del mayor Matto, amigo de Lima y amable cicerone.

Principiamos nuestro recorrido por el Malecón Orellana, frente al río y de muy pintoresco aspecto. Es el centro de las oficinas públicas. En un edificio de dos pisos funcionan la prefectura y demás oficinas, todas ellas bastante bien instaladas. Visitamos, después, el cuartel del batallón de “Colonizadores de Oriente”, cuyo jefe es el comandante Oré; el de la Guardia Civil y el de la Policía de Seguridad, la Zona Militar, donde nos recibe el comandante Lembeck, jefe de zona. Luego, seguimos el recorrido en automóvil. Vamos por las calles bajas de la población. El chofer tiene que ir salvando baches, en tanto las gentes modestas y humildes, dedicadas están a sus menesteres domésticos. Por todas partes circulan muchachas y mujeres: color bronceo, ojos verdes, cuerpos ágiles y esbeltos, ropas limpias, los pies descalzos. Marchan parsimoniosamente, llevando sobre la cabeza, bien un cubo, bien una taza, bien un porongo de barro, que no oscila mientras ellas caminan. Vienen o van al río a lavar ropas de sus familiares y de sus clientes. La visión es pintoresca. Cabe la acequia, siempre orillada por la yerba, y que sube y baja, como sube y baja el automóvil que nos lleva; decenas de chiquillos corren, juegan, se detienen a mirarnos. ¡Cosa rara! Ninguno de estos chiquillos “ha peleado con el juez de aguas”, por el contrario parecen estar en muy buenas relaciones con aquella autoridad, cuya importancia a nadie debe escapar.

Se escuchan voces cantarinas. Las loretanas, suelen dar a la voz una inflección peculiar y única. El clásico "No vaaa...le", lo expresan con gracia, para manifestar que uno no está en lo cierto de lo que dice. A veces, cuando se las molesta exclaman el "Avii...se si va a seguir", que significa "no moleste usted más" o el "No fastidie" de la limeña castiza. Y así, se oye, pasando por aquellas calles que forman el populoso barrio de Belén, una serie de expresiones muy pintorescas y curiosas.

Pasamos frente al Cementerio, dentro del cual se yerguen algunos mausoleos y tumbas de buen gusto y de arte.

Seguimos y damos la vuelta por el Hospital de Belén, ya que, por la lluvia del día anterior, no es posible avanzar hasta los terrenos del Stadium. De regreso recorreremos una serie de calles. En unas abundan las barberías; en otras las dulcerías; en estas las chinganas; en aquellas los comercios al por menor. Pero en todo se observa poco movimiento comercial, lo que es más fácil ver en el centro de la población. ¡Iquitos está pobre... Aquel Iquitos de las fantásticas riquezas, del caucho que enriquecía de un día al otro, del perpétuo derroche, está pobre, está muy pobre Iquitos!

Llegamos a las calles centrales: la del Próspero, adoquinada en parte y donde están las casas fuertes, las imprentas, las sastrerías de lujo y todos aquellos establecimientos que dicen del progreso de un pueblo. También se les ve vacíos, desiertos, sin clientes. La calle del Próspero es una de las principales arterias de la ciudad. Hay en ella grandes almacenes, buenos edificios altos, residencias de lujo. Y llegamos a la Plaza de Armas, pintoresca y pequeña; sugestiva y atractiva, en cuyo centro se yergue un obelisco conmemorativo a los loretanos que murieron en la guerra con Chile y una glorieta para retretas. La Plaza está toda pavimentada con adoquines color ladrillo. En su cuadrilátero están la Iglesia Matriz, el local de la Municipalidad, los Clubs Iquitos e Internacional—cuyos presidentes, señores doctor Wenceslao Pinillos Rossell y señor Manuel I. Morey, tuvieron la gentileza de hacernos socios de honor,—el Hotel Continental, la lujosa residencia del señor Manuel Morey, verdadero palacio encantado, y otros edificios más.

Fuimos luego por la calle Raymondi, otra de las principales, la Ramírez Hurtado, Arica y Avenida Leguía, todavía en construcción, y que lleva al Stadium de Iquitos y a la pintoresca y sugestiva laguna

de Moronacocho, uno de los sitios más bonitos y de más preciosa visión de Naturaleza. Unicamente no nos llevaron a beber la famosa agua de "Sachachorro" que diz tiene la mágica virtud de quien la prueba no sale más de Iquitos, porque preso queda de los verdes ojos y de la cantarina gracia de una iquitense.... ¡Y cuidado que las hay como para dejarse aprisionar hasta el fin de los días...!

Cuando los conquistadores posaron sus plantas en los territorios bañados por el gran río llamado Amazonas, hallaron—dice la tradición—entre otras grandes naciones, la Iquita, que se extendía desde el Curarai hasta el río Tigre. Comprendía más de treinta parcialidades que ocupaban la extensa región que se llamó después, en los albores de la independencia, provincia de Mainas. De esta nación tan vasta y poblada proviene el nombre de Iquitos, que hoy tiene la capital del departamento de Loreto. Tal el origen de su nombre y tal, a grandes rasgos, la descripción de la ciudad, vista tan rápidamente por el cronista al día siguiente de su arribo a ella.

Han transcurrido dos días. Estábamos, al hacer esta crónica, el sábado del señor 16 de junio. Mañana es domingo. Todavía — nos dicen los amigos — quedan muchas cosas por ver. Ahora nos espera en su lujosa mansión el señor Victor Israel, que nos ha invitado a comer.

DESFILE DE LOS MOVILIZABLES.—LA FUTURA GRANJA MILITAR.—UNA TARDE DEPORTIVA EN EL ESTADIO — LA MANSION DE MR. MASSEY. — ULTIMOS DIAS EN LA CIUDAD AMAZONENSE.—

Domingo 17 de junio. El tercer día de nuestra estadía en Iquitos amaneció tan caluroso y sonriente como los anteriores. En esta, la primera ciudad de la montaña del Perú, la naturaleza y las gentes parecen identificarse en la bondad y hacer agradable la vida de sus visitantes. El sol ríe sobre las casas y las calles de la población. Refleja en las aguas del sublime Amazonas. Da maravilloso color a los árboles de los alrededores, y pone la nota de alegría y el bienestar en todos los que allí nacieron y allí viven . . . El sol de la montaña, toronado y voluble como todo en ella, menos la mujer quizá, hace más buenas y sanas a las gentes. Suele infundirles su pureza y ellas se identifican con el Padre Sol, como con el Padre Río.

Son las ocho de la mañana. El mayor Matto, cumpliendo como buen soldado el compromiso que con nosotros contrajera la noche anterior, llega a nuestro alojamiento cuando ya, ¡rara avis!, le esperamos listos para salir. Vamos al campo militar a presenciar los ejercicios de la juventud masculina de Iquitos y sus contornos. Se nos ha hablado del entusiasmo con que los jóvenes de toda condición social, acuden a cumplir su obligación para con la Patria.

De la calle del Próspero, enfilamos a la Avenida Leguía, que se prolonga en muchísimas cuerdas. Hacemos el recorrido en un ómnibus del servicio público, y después de pasar por el stadium, llegamos al campo de ejercicios, donde nos recibe amablemente el teniente coronel Manuel J. Oré, primer comandante del Destacamento Mixto de la Montaña. En el campo, mientras unos grupos de futuros milicianos reciben de los clases la instrucción en el manejo del fusil, muchos marchan y hacen evoluciones militares, en tanto otros descansan. El campo de maniobras es muy extenso.

El trabajo de los movilizables comienza a las siete de la mañana y concluye a las diez y media, hora en que los jóvenes, al mando de los oficiales y clases, inician el desfile hasta el cuartel, de donde sa-

len en correcta formación y a donde regresan para entregar las armas y retirarse a sus hogares. La asistencia dominical es muy halagadora, habiendo concurrido el día que nosotros presenciábamos el ejercicio, la cantidad de 458 jóvenes. Dominicalmente hay un número de 150, poco más o menos, que pide permiso para la no asistencia con una semana de anticipación, y unos 400 jóvenes, vecinos de los pueblos y caseríos distantes más de cuatro kilómetros de la población, y que, por razón de esta distancia, no están obligados a concurrir a la ciudad; pero reciben su instrucción militar en los pueblos, conforme a los recursos de cada región y empleándose para ella a los individuos licenciados del ejército.

Los movilizables además de la instrucción militar, reciben lecciones de moral patriótica y ciudadana a base de ejemplos de la historia militar, dictadas por el subintendente de guerra de la región, mayor don Alejandro Bustamante, cooperan también, por compañías, durante una hora cada una de ellas, en los arreglos del campo de aterrizaje que construyen las tropas entre el stadium y la futura granja militar: campo que tendrá una extensión de 600 por 200 metros y que se utiliza y utilizará, no solo como terreno para ejercicios militares, sino también como campo de aterrizaje en el futuro.

En tanto, los movilizables desfilan. Muchos de ellos van descalzos; otros pobremente vestidos, pero todos, decididos y entusiastas, marchan con arrogancia militar y paso marcial hacia la ciudad donde les esperan los suyos. El pueblo, los viejos y los niños, las madres y las novias, los ven con orgullo y satisfacción. La mañana del domingo es de gran ardor patriótico en esta ciudad que tan de verdad siente el amor a la Patria. . . .

LA GRANJA "GENERAL MUÑIZ"

Cuando los movilizables, marcando el paso, se pierden en la avenida que les lleva a la población, somos invitados a visitar las obras de la Granja Militar "General Muñiz".

También se trabaja allí activamente. Mientras unos soldados, bajo la vigilancia de los oficiales, cubren el techo con palmeras por ellos mismos tejidas, otros transportan ese material de las orillas de la

laguna de Morona-Cocha, que queda allí cerca, y otros cuidan los sembríos y se ocupan en talar la mayor parte del campo, luchando así, de continuo, con el peor enemigo de la construcción en la montaña: la vegetación. Hoy se deja un campo completamente talado, y al día siguiente, para desmentir la naturaleza la clásica frase del bárbaro conquistador, vuelve a crecer la yerba . . . La historia de la Granja "General Muñiz", es, a grandes rasgos, la siguiente:

A pedido del comandante Oré, el comité Pro-Stadium que preside el coronel prefecto don Temístocles Molina Derteano, dueño de los terrenos de las nuevas urbanizaciones entre la ciudad de Iquitos y el lago de Morona-Cocha, dicho comité obsequió al destacamento los lotes de selva Números 107, 108 y 112 (importe, Lp. 28.1.63), procediéndose entonces a rozarlos y a obtener leña de esta arboleda. Iniciándose los trabajos en el mes de mayo de 1927.

Con el valor de la leña, fondos provenientes de pagos mensuales de Lp. 6.0.00, de derechos de cantina en el destacamento y mediante la cuota voluntaria de cada oficial, que redime el uno por ciento anual de sus haberes para el incremento de los fondos de la granja, se adquirieron por cuenta propia y por valor de Lp. 72.2.50 los lotes números 102, 103, 104, 105, 106, 109, 110 y 111, habiéndose ensanchado la propiedad alcanzando un área de 41,781 m² (cuarenta y un mil setecientos ochenta y un metros cuadrados).

Veinticinco hombres del destacamento trabajan diariamente en las diferentes labores al mando de un oficial. En la granja, se construye actualmente una casa de campo que rivaliza con las construcciones adyacentes empleándose materiales de la selva (vigas, paredes de pona, techo de palmeras tejidos, etc.), mide treinta por veinte metros.

El objeto de esta labor tendrá su desarrollo en el futuro con el levantamiento de un verdadero cuartel militar, que corresponda a las necesidades de la región y del que carece la guarnición de Iquitos; por cuanto las tropas están alojadas actualmente en la antigua factoría, que no tiene cuadras ni compartimientos especiales para oficinas y servicios, y tan solo un perímetro de cuatro mil metros cuadrados.

La denominación de la Granja "General Muñiz" ha sido acordada espontáneamente por los jefes y oficiales del destacamento.

inspirándose en los méritos que adornaron la vida del ilustre general don Pedro E. Muñiz, cuya constante labor por el bienestar del ejército y su nombre frente a la granja, perdurarán su recuerdo y gratitud.

La granja se encuentra cercada con alambres y pilastres de madera; existen sembríos de yucas, plátanos, árboles frutales y jardines, todo lo que se presenta en un aspecto de progreso. También una sección de avicultura y cría de ganado cabrío y vacuno en pequeña escala.

UNA TARDE DEPORTIVA

Antes de las doce del día, después de refrescarnos cerca de Morona-Cocha con sendos vasos de "Orange" helada, bebida gaseosa muy agradable, en el automóvil del doctor Enrique Vigil, distinguido médico y simpática persona, reergesamos a la ciudad para tomar el "cocktail" en el local del Club Iquitos. Somos varios amigos, y la charla sobre Lima y cosas de la capital se prolonga y se hace más y más interesante. El doctor Vigil y Mr. Massey, cuando nosotros hablamos de la atracción de Iquitos y de la montaña en general, de la simpatía de aquella ciudad tan limpia y tan hospitalaria, cuyos principales y aún los más modestos edificios están revestidos con vistoso azulejos, lo que llama la atención al visitante, también ellos elogian el espíritu de las gentes de Iquitos y hablan con un tan férvido entusiasmo que es deber hacerlo constar. El primero de estos caballeros, hace más de veinte años que reside allí; el segundo, más de veinticinco. Y, así, ¡cosa curiosa! y que dice de la sugestión y de la atracción de la montaña. En Chanchamayo, en Masisea, en Contamana, en Requea y finalmente en Iquitos, hay gentes que tienen, como el señor Rosendo Mendivil, cumplido caballero jefe de la oficina de la Recaudadora, treinticinco años de residencia allí. Hombres que no conocen Lima y han estado cuatro y cinco veces en Europa. Limeños a quienes les parecería un sueño volver al terruño, como allí están como la hiedra al muro adheridos hasta el último de su vida. ¡Sugestiva y atrayente es la montaña! Hace presa en las vidas y hace presa en los espíritus. Y cuando como el cronista se ha ido y se

ha vivido allí menos días de ensueño y de poesía de naturaleza y de belleza en el máximo grado, entonces, al regresar, se torna con la nostalgia de la montaña Y el recuerdo de ella será imperecedero, como son los fugaces momentos de satisfacción en la vida

Después de almuerzo, concurrimos a un interesantísimo espectáculo deportivo en el Stadium Leguía, inaugurado en julio del año pasado, y construido por todas las instituciones con el apoyo del gobierno y la colaboración del prefecto, coronel Molina Derteano. El stadium tiene una tribuna toda de cedro, con capacidad para cinco mil espectadores. Buen campo de fútbol, con "gras" inglés, pista de carreras a pie y en bicicleta, y en general cuanto se puede desear para dotar a Iquitos de un cómodo local para torneos deportivos. Ese día, fuimos invitados por los capitanes de ambos equipos a dar el "play" inicial. El desafío se había concertado entre los teams del Atlético "José Pardo" y el de la flotilla, obteniendo el triunfo el primero de ellos.

Regresamos al centro de la población. Y en la Plaza de Armas, a la hora de la retreta, vimos desfilar a las bellas y gentiles iquiteneses, teniendo la satisfacción de ser presentado a muchas de ellas. Admirando su gracia para conversar, su cultura y su distinción. Aquella noche, el redactor de "El Día" y director de la "Escuela Vocacional", señor Fernando Michaud, nos invita a comer. Y, de sobremesa, la charla se hace muy amena con los ingenieros, señores Gandolfo y Cabrera, que al día siguiente deben salir en viaje de estudio al Rio Napo. Porque allá, aquello de salir de un día a otro al Napo, al Putumayo, al Ucayali, a cualquiera de los rios, es moneda corriente. No llama la atención.

ULTIMOS DIAS EN IQUITOS

La mañana del lunes la dedicamos a hacer nuevas visitas. Siendo una de ellas a las oficinas de policia, muy bien organizadas en el servicio para la población y los rios.

El mayor Matto tiene la gentileza de invitarnos a almorzar a su casa, donde conocemos a algunos de los principales elementos de la ciudad. Entre los invitados figuraba la señorita María Antonieta Mo-

rey y del Aguila, educada en Inglaterra; y no conoce Lima; -, distinguida, bellísima y muy culta; un verdadero exponente de la mujer lorehana. En la tarde, visitamos el local de la Corte Superior, con el objeto de saludar a su presidente, doctor Ricardo Alvarino, quien en todo momento fué muy gentil con nosotros.

Luego, a las seis, fuimos invitados a conocer la mansión de Mr. John Massey, gerente de la Booth. Se trata de la más elegante y cómoda "bung-allaw". En ella no falta absolutamente ninguna de las comodidades modernas. Se la vé rodeada de altos árboles. Con invernaderos, con jardines, con profusión de todas las plantas y flores del trópico, aquella casa es la más definitiva manifestación de la caballerosidad inglesa. Allí el visitante es exquisitamente atendido. Después, en compañía de varias personas, Mr. Massey tuvo la gentileza de invitarnos a un paseo nocturno hasta la pintoresca y poética laguna de Morona-Cocha, y en seguida a un banquete. La noche en grata compañía, fué agradable y deliciosa como todas nuestras noches de Iquitos.

Nos queda un día, el martes, pues veinticuatro horas después, muy de mañana, tenemos que abandonar, con hondo pesar, aquella tierra tan acogedora, tan buena, tan noble. En la mañana iniciamos las despedidas. Recorremos el local del Colegio Nacional, sito en la Plaza Cavero, cuyo director antiguo amigo nuestro, el doctor Pedro del Aguila Hidalgo, nos atiende con amabilidad y nos hace pasear el local, obsequiado al municipio de Iquitos por la Cámara de Comercio de la ciudad. Visitamos las escuelas oficiales y otros planteles de instrucción. Y visitamos, también, la admirable colección zoológica de Mr. Harvey Bassler, que posee toda clase de animales de la selva, entre ellos dos "tigrillos", dos "jergones" y más de quince monos de variadas familias, no faltándole el "nocturno", que es muy interesante y raro. El señor Bassler, sabio y gran naturalista, posee, además, el más valioso y completo museo de la montaña.

Después de un almuerzo en casa del teniente José Estremadoyro, el piloto que al día siguiente nos llevará a Masisea, asistimos a un té en el domicilio de la distinguida señora Zoila del Aguila viuda de Morey, quien, en compañía de su señorita hija María Antonieta, extremó sus atenciones para con nosotros. Luego a una recepción en el palacio del señor Manuel Ignacio Morey, presidente del Club Inter-

nacional, modelo de caballero, conversador ameno y cultísimo, Tanto el señor Morey, como su esposa, su señorita hija, su señorita hermana política, tuvieron para el cronista gentilezas que nunca sabrá cómo agradecer.

En la noche, el suprefecto, señor Vinatea Reynoso, nos invitó un banquete en el Hotel Continental. Fiesta inolvidable, tanto por la amabilidad del anfitrión, cuanto porque en ella se hizo derroche de humor, de camaradería y de espontánea y natural alegría. El señor Vinatea Reynoso y las demás personas que usaron de la palabra, tuvieron frases de elogio para "El Comercio", a las que respondimos con la doble emoción de la gratitud y de la partida.

Y así concluyó nuestra última noche en Iquitos, riendo aquel verdadero torneo de frases chispeantes entre el teniente Cornejo y los amigos Calixto y Polianich, distinguidos comerciantes, y admirando la parsimonia y seriedad de Manuel Ignacio Morey y la risa franca y sincera de Vidurritzaga, el colega entre los colegas.

Es tarde. La ciudad duerme, Hay que dejar el lecho temprano. Hacer las maletas, ¡Oh, la última noche en Iquitos, qué inolvidable es...!

Benjamín Romero.

INDICE DEL TOMO XLV

TRIMESTRE PRIMERO

	<u>Página</u>
Ciclo de lluvias.—F. G. Fuchs	1
La trascendental experiencia de Michelson.—Ing. J. C. Corral.	2
Censo de la Ciudad de Huancayo	17
Una excursión a la cima del volcán Misti.—Dr. Oscar Greulich.	23
Factores climatológicos de la ciudad de Lima.—Dr. Benjamín Mostajo	31
Relación de la Expedición comercial del Pacífico al Amazonas. —M A. Mesones Muro	41
Observaciones Meteorológicas de Puerto Chicama (Enero a Marzo de 1928)	
El gran imperio preincaico fué quechua y costeño.—Ing. Ma- nuel Elguera	97

TRIMESTRE SEGUNDO

La gran ciudad prehistórica de Teotihuacan y las Revela- ciones de la Arqueología.—Dr. Horacio H. Urteaga	105
Estudios de etnografía y medicina salvaje. Por el R. P. Fray W. Fernández (continuación)	120
Los Cunibos del Ucayali.—Por Eurico G. Stahl	139
Dos vistas fotográficas de las ruinas de Teotihuacan, las pirá- mides del Sol y de la Luna	167-168

Observación. — Ni la Sociedad Geográfica de Lima ni la Comisión de publicaciones se responsabilizan de las apreciaciones o referencias sustentadas por los autores de los artículos que inserta este Boletín.

Suscripciones. — Se reciben en las principales librerías de Lima.

Precio. — Esta publicación sale a luz cada trimestre. Cada número Lp. 0.2.00.
Año adelantado Lp. 0.7.00.

Avisos. — Para los precios consultar a la Administración del Boletín.

Bibliografía. — De las obras geográficas que se remitan en doble ejemplar, se dará cuenta en la respectiva sección.

Canjes. — Toda publicación recibida en cambio o donación, enviada a la Comisión, al presidente de la institución, o al bibliotecario, pasa a incorporarse a la Biblioteca de la Sociedad, en donde ha de ser consultada.—La lista de canjes pasa de 300; y la biblioteca cuenta con 20,000 volúmenes.

Socios. — Tienen derecho a recibir las publicaciones de la Sociedad. Son colaboradores natos del Boletín.

Colaboradores. — Tienen opción a solicitar 25 ejemplares del trabajo del que son autores.

Reclamos. — Para todo lo relativo al Boletín, dirigirse impersonalmente, así:

SOCIEDAD GEOGRAFICA DE LIMA

PERU (*Am. del Sur*)

LIMA

COMISION DEL BOLETIN

PRESIDENTE, el de la Sociedad, Sr. V.-Almirante M. M. Carvajal

VOCALES, Señores Dr. Horacio H. Urteaga; R. P. Francisco Cheesman Salinas; Dr. Jenaro E. Herrera; Ing. Juan N. Portocarrero; Dr. Enrique A. Tovar.

Teléfono 33819.

Casilla postal 1176.

Imprenta Americana. — Plazuela del Teatro